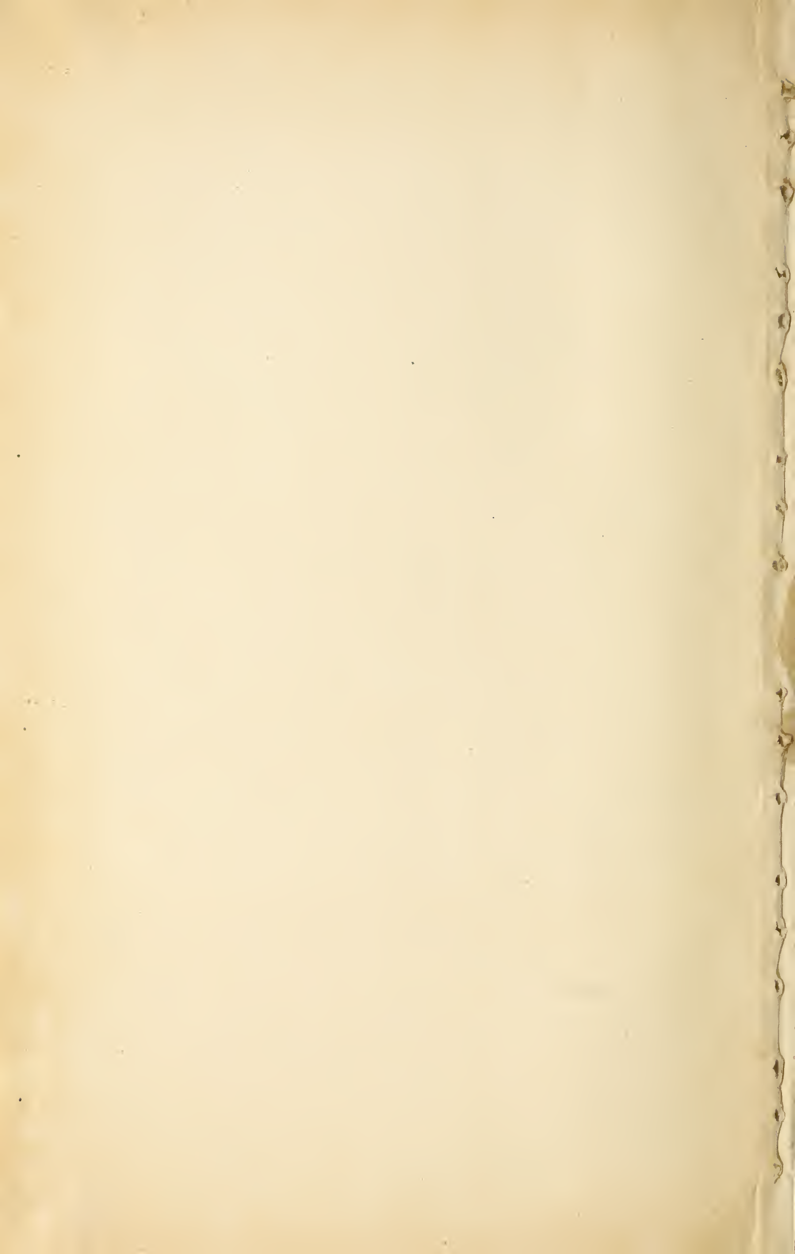






GRANDES ESCRITORES VENEZOLANOS

# JUAN VICENTE GONZALEZ

# PAGINAS ESCOGIDAS

SELECCION Y NOTAS DE

MARIANO PICON SALAS



ANTOLOGIAS "VICTORIA"

MANRIQUE & RAMIREZ ANGEL · EDITORES · CARACAS 192-

# PAGINAS ESCOGIDAS

GRANDES ESCRITORES VENEZOLANOS



## JUAN VICENTE GONZALEZ

# PAGINAS ESCOGIDAS

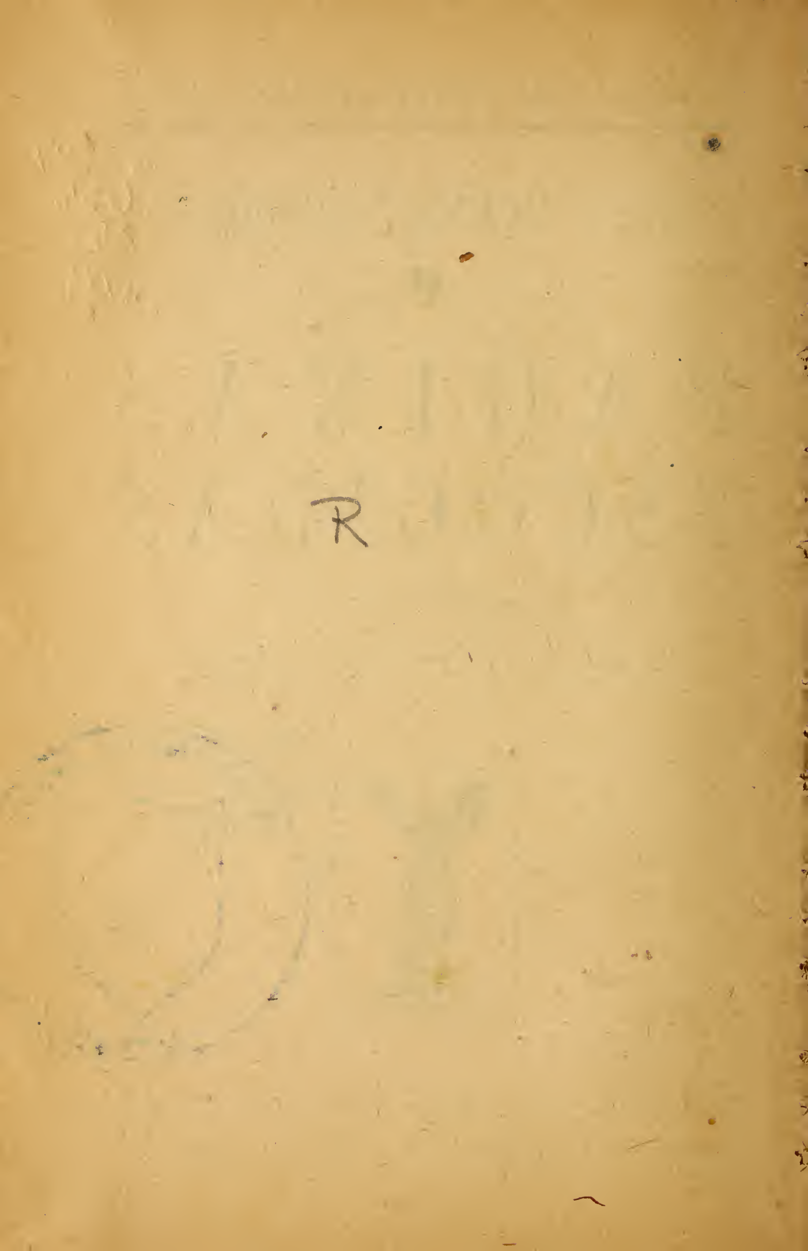
SELECCION Y NOTAS DE

MARIANO PICON SALAS




ANTOLOGIAS "VICTORIA"

MANRIQUE & RAMIREZ ANGEL - EDITORES - CARACAS


R

# NOTA SINTETICA SOBRE EL ESCRITOR

JUAN VICENTE GONZÁLEZ *fué el más vehemente de los escritores venezolanos de su época (1808-1866). Nacido en días turbulentos para el país—los de la Independencia--acaudaló a pesar de ello una erudición copiota y desordenada, en que entraban por igual los idiomas vivos y los idiomas muertos, las Matemáticas y la Literatura, la Historia y la Economía Política. Erudición más de lector que deja a la imaginación invencionera y viva llenar los vacíos del papel escrito que de aprendizaje metódico y riguroso: tienen los temperamentos así, cuando están complementados por una exhuberante aptitud literaria mayor facilidad y dinamismo para descomponer y divulgar y hacerlas fuerzas de revolución en la masa las ideas de los sabios: como no están restringidos dentro del marco severo de las disciplinas científicas, pueden aplicar unas a otras, conducir la verdad desde su campo limitado y frío a las animadas campiñas de la ficción, crear el símbolo, hacer carne la estatua; son los enciclopedistas del siglo XVIII, es Rousseau, es Diderot; son los agitadores contemporáneos, los comunistas de 1830, los socialistas de 1860: en nuestros*

*pueblos hispano-americanos han sido los polemistas, los jefes y escritores de partido, los iconoclastas de toda especie: el chileno Bilbao, el argentino Sarmiento, y—pésele a su acendrado catolicismo que en el fué sentimiento de poeta más que principio de razonador—el venezolano Juan Vicente González. Si otro venezolano, Andrés Bello representa en la tradición literaria hispano-americana la rigurosa preceptiva; armoniza en su prosa castigada las teorías disimiles, ha estudiado Filosofía Escolástica y Derecho Público Inglés, este Juan Vicente González caracteriza la inquietud romántica, la reacción contra las formas estancadas, la revolución del siglo XVIII que en él luchaba como en Chateaubriand y Lamennais, como en el propio Lamartine, como en otros grandes escritores de hace un siglo, con un fervoroso catolicismo poético que había suplido a la adusta Teología de otros tiempos. Bello, Rector en Santiago y González, periodista en Caracas: a diferentes funciones responden diversas aptitudes de espíritu. En el ambiente conservador de Chile Andrés Bello es un organizador: no choca con revolucionarios y católicos, a todos los armoniza, ve llegar sus ochenta y cinco años entre el respeto y el cariño de todas las gentes; su obra fué lenta, tesonera, se conservó inalterable en la castidad de las ideas, sin torcerlas, sin aplicarlas tendenciosamente al interés y la vehemencia de sus pasiones humanas. En un ambiente más caldeado tuvo Juan Vicente González el fuego y la exuberancia de un removedor: no fueron las ideas para él sino medios de una propaganda; si Bello juzga impersonalmente, fuera de sí, desde una amplia perspectiva, como un clásico, Juan Vicente González transforma de acuerdo con su sensibilidad teorías y conceptos, no tiene perspectiva, tiene espesor y profundidad, es un romántico.*

*Liberal de los de 1830, su nombre figura en el 40 con los de Tovar, Espinal y Urbaneja entre los fundadores del periódico* El Venezolano. *Pero cuando pocos meses después de dirigirlo, Antonio Leocadio Guzmán define el programa de su periódico que era según Gil Fortoul, "vulgarizar los rudimentos de la política y del gobierno, avivar el instinto nivelador de la democracia, abrir horizontes nuevos a la mirada de la multitud y pintar en ellos a toscos brochazos paisajes de libertad y redención",* (1). *Juan Vicente González se retira. Comienza desde entonces aquel odio magnífico que ha de ser la gran pasión de su vida y que estallaría fulminante, en 1847, desde las páginas de* El Diario de la Tarde, *contra Guzmán y sus tendencias. Antonio Leocadio Guzmán quería hacérselas en su pequeña república del Trópico de Tiberio Sempronio Graco. Guzmanillo de Alfarache lo llama Juan Vicente González. Recorre para herirlo todos los diapasones del insulto: habla en ruidoso estilo catilinario o bien le toma el pelo en argot criollo o le zahiere con el epigrama o riega a los cuatro vientos la historia doméstica, el correveidile de la esquina. En 1859 ante la desunión del partido conservador en tan angustiosos días, para barrer cuánto resabio de monagismo aún quedaba en el país, funda* El Heraldo. *Aquí toca el vértice su espíritu agresivo. Conmina y así conminaría en la corrompida sociedad de Roma, Juvenal; satiriza y así sería la sátira de Crisóstomo en una Bizancio degenerada y fastuosa, se ríe y así llegaría demoliendo la carcajada de Pietro Aretino hasta el palacio de los pontífices y los príncipes. Todo es este estilo: roca de profeta o púlpito de sacerdote, ballesta o fle-*

---

(1) José Gil Fortoul.—*Historia Constitucional de Venezuela.* Tomo II, pág. 185.

*cha, carcajada o lágrima. No hay en la Historia de América sátiras políticas con que comparar los editoriales de* El Heraldo, *acaso las "Catilinarias" de Montalvo: para definirlas habría que pensar en un Rochefort que escribiese con la pluma de los grandes románticos—de Chateaubriand, de Lamartine.*

*Vida tan agitada, cuando no en las luchas del periodismo en las luchas del pan—desasnando muchachos en un colegio de Caracas—no pudo hacer libros serenos y reposados. Pero su gran espíritu no descansa. Páez, el antiguo Páez, sobre cuyas proezas había escrito cantos de Ilíada, el Páez de 1862 octogenario y muñeco de una camarilla, lo reduce a prisión y en hojas de papel que le arranca al carcelero escribe su "Historia Universal", sin un libro, sin rectificar con nadie el dato, confiando a la memoria poderosa la fecha, la narración del suceso. Faltaba un espacio con que llenar un número de* El Heraldo *y* escribía una primorosa *"Meseniana".* No *pudo disciplinar su grande espíritu. Comienza unas lecciones de "Literatura en la Edad Media" y trasladándose al tiempo, escribe y publica dos hermosos capítulos. ¡Qué prosa! Cuenta como un poeta la corrupción del Latín para formar las lenguas romances; los elementos híbridos y pintorescos que el Norte arrojó sobre el mediodía le sugestionan; deja entre párrafo y párrafo un juicio sobre San Agustín, lleno de gracia, fondo, movimiento, encuentra en la época que estudia grandes crímenes y grandes virtudes humanas y, ¡siempre el polemista! no desaprovecha la coyuntura de compararlos con crímenes y virtudes de la Venezuela de su tiempo. "Aliviamos nuestro corazón—escribe—pintando sus torturas de todas las horas durante el infame mando de los Monagas cuando parecíamos pintar la de algún bárbaro de las Galias o de España. Tal jefe burguiñón es José*

*Tadeo; tal amigo nuestro, vendido a los tiranos, era Arcadio, el hijo de Lidonio; José Gregorio era Gondebaldo; Aper o Veccio el proscrito patricio era Uztáriz, y en la carta de Lidonio a Broba su discípulo y pariente, deseabamos que el público leyese nuestros propios sentimientos. Los hombres instruidos harán las alusiones". (2) Y durante cuatro, cinco o seis números salen en* El Heraldo *las lecciones de Literatura, pero en otro número se suspenden para darle cabida a una* Filosofía de la Economía Política *que no concluye tampoco.*

*Un día moviendo a tumultos entre la juventud universitaria llega a Caracas—1864, 1865—la encantadora "Vida de Jesús" del apóstol de Tréguier. Monseñor Guevara y Lira se consterna, los canónigos llenos de indignación, comentan todas las noches en las veladas del Palacio Arzobispal aquel dulce veneno que ha venido de Francia. Precisa atacar la obra: Juan Vicente González va a refutarla. Aparece en la* Revista Literaria *la introducción a una réplica brillante y hermosa. Como un analista de estos tiempos que antes de estudiar la obra estudia el autor se pone en el alma de Renán, le va siguiendo de niño en las campiñas bretonas, en el Seminario de San Sulpicio, en el viaje a los lugares mesiánicos. Va anotando las crisis psicológicas del grande escritor: del misticismo risueño lleno de leyendas, de ingenuos dioses marinos, poética mezcla del paganismo del norte, de los mitos escandinavos con el Catolicismo, de su hogar de Tréguier, al misticismo confuso, lleno de las tentaciones de Abelardo del Seminario de San Sulpicio, al positivismo de Comte y al análisis de los cristólogos alemanes después, a la incredulidad luego.*

---

(2) *El Heraldo,* número 10.—Caracas: 3 de marzo de 1859.

*Y cuando va a comenzar la refutación del libro no sigue saliendo la* Revista Literaria, *no continúa el trabajo sobre Ernesto Renán.*

*Así y todo—inconcluso, fragmentario, desordenado—Juan Vicente González fué el fundador del nacionalismo en nuestra Literatura. Mientras los señores de 1850 yacían dormidos bajo la luna quejumbrosa de Nicomedes Pastor Díaz y los románticos españoles, o vagaban sonámbulos entre la floresta delirante poblada de lances y personajes del viejo Dumas, y querían remover la sociedad con "El Judío Errante" o con "Martín, el Expósito", González pintaba la psicología de nuestros caudillos en la Biografa de José Félix Ribas, remozaba el Castellano que se escribía entre nosotros que era de dos maneras: o recordaba la Curia y la Notaría colonial y arrastraba con su monótono són de carreta las cláusulas áridas y amplificadas, o era una jerigonza bárbara, un estilo cortado francés aprendido en Sué y en Dumas y en los folletineros españoles que no sabían imitar ni a Sué ni a Dumas: puso de moda este estilo aquellas expresiones de "corría el año", "temblaba como la hoja en el árbol", "y un beso largo resonó en la estancia" que aún hacen el regocijo en quien sabe que rincón de provincia, en quien sabe que casa vieja de Caracas de alguna abuela que repasa su tomo de "La Novela por entregas", de algún boticario romántico de Baruta o de San Sebastián de los Reyes, de algún muchacho travieso y soñador de doce años que se inicia en la vida y en los sueños con algún tomo—Pérez Escrich, Fernández y González, Tárragò y Mateos—encontrado en una alacena de la casa, cerca de un casquillo oxidado, un reverbero de latón y un frasco de bicarbonato.... Remozó el castellano Juan Vicente González: le dió matices nuevos, puso toda la inquietud del siglo en sus*

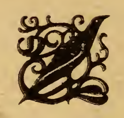
*cláusulas sonoras; la música de los escritores que vinieron una generación, dos generaciones después de la suya, es hija de su música. En un cuadro heroico de Eduardo Blanco se ve la influencia de la* Biografía de Ribas, *cuando Marco Antonio Saluzzo llora la muerte de su hija recordamos las* Mesenianas, *cuando Laureano Villanueva o Nicanor Bolet Peraza escribían sus editoriales políticos imitaban viejos editoriales de* El Heraldo.... *Cada editorial de* El Heraldo *es un capítulo de nuestra historia social: lo que no se escribe en la Historia, el suceso, el minuto, la sensibilidad de una sociedad, de un grupo, de un individuo—en un momento dado, la* intra-historia *que diría Don Miguel de Unamuno, allí está escrita. Cuando un afán de burda imitación extranjera nos invadía, mostró Juan Vicente González lo débil de todas las imitaciones, nos invitó "a hilar la seda de nuestro lino, chupar nuestra propia miel, cantar nuestras canciones", nos enseñó que "teníamos un árbol, un panal y un nido".*

*Juan Vicente González murió pobre, en Caracas, en 1866. De sus escritos sólo se han recopilado en libro la "Biografía de Ribas" y la "Historia Universal". Hay por ahí, en dos o tres folletos muy viejos que casi nadie conoce, algunas composiciones más. Los otros están, en papeles que amarillean, incompletos, en la* Biblioteca Nacional. *El polemista político no se separó del artista literario. Se teme remover antiguas cenizas, algunos tímidos contemplan todavía sangrante y enhiesta, la tremenda picota de* El Heraldo. *Tiene que advenir una generación que ya de las sátiras de ayer no mire sino la "eloquentia sermonis", extraiga el arte de esos párrafos de prosa combativa, ponga donde debe estar entre los cinco o seis grandes nombres de la tradición literaria hispano-americana—menos correcto que Bello, pero*

*mucho más inquieto, menos clásico que Baralt pero mucho más coloreado, menos abundante que Sarmiento pero más artista—a Juan Vicente González....*

*M. P. S.*

Caracas: 1921.



# I

# ALGUNAS MESENIANAS

PARA *ver lo que son las* Mesenianas *trasladémonos al tiempo. Fuerón muchas de ellas escritas en días amargos para el país de Venezuela. Mandaba Monagas y la República era la heredad de los caudillos. Los hombres de letras, patria y linaje o comían el pan del destierro, lejos de los suyos, tronchado su ideal, o encerrados en sus caserones de Caracas, vivían en los recuerdos, pobres, con las manos atadas. Junto a una playa pestosa del Pacífico se va a dormir la noble ancianidad de Gual. El señor Tovar en un cuarto piso de un apartamento de París. Una docena de amigos conducen al Cementerio al señor Toro una fría tarde de diciembre de 1865. Cuando ha terminado la vehemencia del escritor político, habla el corazón de Juan Vicente Gónzález. Escribe estas páginas de lágrimas. Son estas páginas "los sueños de sus largas noches, sus cantos en prosa, sus lágrimas condensadas". ¡Su venganza!*

*La voz de los oprimidos contra el déspota. Contra la guerra civil que se traga la arrogante juventud de un Andrés Pinto, la fogosa juventud nacida para el laurel latino, de Mateo Vallenilla. De lágrimas de madre, de no cuajados azahares de novia, de las heridas de la patria, en fin, se hicieron estas* Mesenianas. *Una generación las aprendió de memoria, otra generación vino y las aventó al olvido bajo el rótulo simplista de "¡Romanticismo!"*

*Yo las quiero mucho, porque fueron ellas, en una vieja colección de la* Revista Literaria, *en mi casona de provincia, las que me revelaron a los doce, a los catorce años—aquella formidable patria ida que dió un Congreso de 1830 y una Convención de 1858....*

## MIS LIBROS

¿Por qué he de luchar yo con las tempestades políticas, contra el movimiento continuo de las pasiones, con la ambición, las venganzas y crímenes de los hombres? A mí no me tienta el esplendor de honores ni riquezas: más que lanzar mi nave al proceloso mar, amado de aquilón, me es grato, cerca de la orilla, en tímida barca, cruzar sonriendo las tranquilas aguas del lago. La política es una Diosa austera y sangrienta: su templo ahuyenta por el cruor de la sangre que lo ennegrece: esos ambiciosos que corona la fortuna, son víctimas destinadas a sus cruentas aras.

Cuando se tiene un amigo, cuando horas enteras, en el rincón del hogar, hablamos dulcemente, con franqueza y lealtad, de la infancia, tan rápida, de las locuras de la juventud, el tesoro que ama el avaro es despreciable, y nada tiene el mundo que pueda turbar nuestro corazón. Yo tengo mis amigos, tan fieles y discretos que no hablan a mi oído, por temor de que los oiga, y hablan a mi corazón con tanta timidez y encanto que su voz parece el soplo de la inspiración, una voz interior, un rayo que brota del alma misma. Este lenguaje misterioso como el del amor, púdico y ligero como la gasa que cubre un bello seno, da un placer al espíritu que le hace odioso cualquier otro. ¿Quién halló un amigo tan seguro y firme, tan simpático y tierno como un libro?

La copa de la sociedad reboza en tedio: cerca de uno conocido de muchos años, puede hasta olvidarse el trato de los demás; es el mayor bien de las relaciones del mundo: la constancia del trato es la amistad; el tiempo que corre constituye su encanto, y en mi ansia de ilusión, conservo con vigilante celo las únicas que tengo, juzgando hallar en ellas esa amistad pura que huyó con la verdad al cielo y que debe colocarse entre las más bellas fábulas de la antigüedad.

...Tú, tú no eres infiel, amigo mío: con tu calva frente, majestuoso de genio, rico de pensamiento, con esos ojos que cierras para ver mejor en el porvenir, llamarte amigo es una gloria, un consuelo. Tú conoces el idioma de los Dioses, tus cantos resuenan como el clarín guerrero, los ríos que atraviesas conservan para siempre el nombre con que los llamaste. Homero, tu eres el Dios del canto, el primer genio de los tiempos heroicos; y tú, sin embargo, eres mi amigo.

Allá en las tinieblas de la edad media, entre lo pasado y el porvenir, una figura adusta y grande se dibuja a mis ojos: su voz hace olvidar la del país de los bellos cantos, la Provenza; dicta una lengua que nadie podrá alterar y anuncia un porvenir de entusiasmo y de luz. El como Dios formó un cielo para sus amigos y creó un infierno de horrores para sus contrarios. Este teólogo, este poeta habla conmigo diariamente, y en largos coloquios, ya suspira de amor con la adúltera de Rímini, ya me hace estremecer con el castigo del traidor a la patria, en el suplicio de Rugiero y de Hugolino. Beatriz convertida en la *gracia* por el poder del genio habla también conmigo, y soy el confidente de la amante por mi adoración al poeta.

Entre las nieblas del Albión, Shakespeare como un héroe de Mowern, se levanta grande, majestuoso y sublime. La edad media con su valor, su genio, su poder de acción, sus corazones de bronce, yo la aprendí de él. ¡Y comprendía las pasiones más dulces del alma: Desdémona! Julieta! Ofelia! ¡y mientras yo ha-

blo con tan ilustres amigos, con ese Calderón, Iris de poesía, con esas creaciones del Tasso, Gœthe, Chateaubriand, con la encantadora Armida y la tierna Herminia, ¡y oigo el triste gemido de Margarita y Atala, se quiere que armado de la espada, aparezca entre los enemigos de mi patria como la sombra irritada que a las orillas del Egeo ponía en fuga a los ejércitos de Jerjes!...

No..., dejadme entre mis héroes, dejadme oir las lecciones sublimes de estos genios. ¿Qué decía, almas magnánimas y generosas? Ah! ya escucho vuestra voz: en ademán austero sus sombras me excitan al combate: de entre las cenizas de Ilión sale un canto fúnebre en honra del valeroso Héctor, que supo morir por la patria. Ese poeta, el amante de Beatriz, es el patriota, el fogoso Gibelino, el proscripto de Florencia, que va llorando por todas partes a la adorada patria. Anoche... no es una ilusión: espesas eran las tinieblas que me rodeaban: mi corazón temblaba con inquieto afán, cuando de en medio de los libros una voz me llamó tres veces por mi nombre, apellidándome cobarde, aguijoneándome al combate: era la voz que escuchó Aristodemo junto al ara fugitiva de Mecenia, la que despertó los corazones griegos por la voz de Demóstenes, la que, como una lava, brotaba en ondas de fuego de los labios de Mirabeau.

Patria! soy tu soldado, y moriré junto a tu altar: tu nombre resuena en mi corazón como el de la joven que se ama después de luengos años de ausencia. ¡Libertad! yo veo esa horda manchar tu nombre y amenazar tus altares. Con la trompa de Tirteo yo convoco al combate. ¡Ciudadanos! a la voz del peligro regocijémonos: despreciarlos y vencerlos da la gloria y el renombre de los héroes!

(Del *Diario de la Tarde",* número 121.—Caracas, octubre 19 de 1846).

## A TEOFILO E. ROJAS

(Meseniana con motivo de la exhumación de sus restos).

Triste fatum.—VIRG.

¿Publicaré los sueños de mis largas noches, cantos en prosa, lágrimas condensadas, preludios fugitivos del canto eterno al dolor que suena en mi alma?

Anídese ésta en el silencio, sorda germinación del espíritu; que se lance a contemplaciones abstractas, atmósfera del pensamiento tranquilo; o que despedazada, cautiven sus fragmentos las realidades crueles, mis días son tristes sobre la tierra. Creen algunos al leer escritos los acentos escapados a mi corazón, que son creaciones del ingenio, frívolos juguetes de la exaltada fantasía. Miden por sus sensaciones los latidos de mi pecho, arrojan mis dolores en el molde de sus vanidades, y acusan de exagerada mi imaginación por la debilidad exagerada de la suya. Ay! esos pensamientos son los ramos agitados por la tempestad del árbol de mi vida; y al tocarlos, brotan sangre como los del bosque encantado por Armida.

Mi estilo no es el pan laborioso del hombre, regado con el sudor del rostro: como la vegetación de los climas meridionales, espontánea, poderosa, él viste risueños valles o escarpadas rocas, multiforme, quimérico, estravagante, pero expresión purísima de mis sentimientos. Idéntico conmigo, si cristalizáseis las ideas que hace visi-

bles, no obtendríais un mosaico de abigarrados colores, sino un mineral fundido con la sangre de mi pecho, al fuego de mi corazón.... ¡de mi corazón consumido en busca de la gloria y la felicidad!

¡Gloria! ¡felicidad! Diosas mentidas de que no he columbrado ni ligeras sombras, ni aun para burlar mis brazos! Si existiéseis en alguna región, yo os habría alcanzado. Sois la luz fosfórica de la vida moral; y el que sigue vuestras falaces apariencias, cae, agobiado por la fatiga, pálido, frío, sobre el polvo que nos separa de la eternidad...

Así caíste tú que las perseguiste, emprendedor, ufano, sobre el audaz hipogrifo de tu genio. Hallaste en lugar suyo el inexorable destino y el dolor y sucumbiste al fin en la cruel y prolongada lucha. Pero, amigo... sucumbiste como fuerte: ahí, extendido, sobre la tierra tienes el aire del gladiador romano, que muere entre los aplausos de la multitud, sin cerrar los ojos ni expirar, hasta haber derramado la última gota de su sangre. Tu poderosa cabeza, trono del dolor, fué la última en desfallecer suspendida como un escudo hasta el postrer momento, sobre tu cuerpo exánime y helado.

¿Cómo pudiste, en juveniles años, con esa pasión por la vida, esa superabundancia de fuerzas, ese denuedo contra el dolor físico, marchitarte como se seca la flor ligera de los campos? Tú dabas besos de amante a la naturaleza, estrechabas en tu seno a la creación entera, la interrogabas en sus misterios, la admirabas en su magnificencia. ¡Sobre la orla de su manto duermes ahora el último sueño, severo, frío, silencioso!...

Naciste fuerte de cuerpo y alma como los atletas antiguos. Se desarrolló tu espíritu en el estudio, tu corazón en el amor, tu cuerpo al aire libre de los campos. Tú no habías nacido para la meditación ociosa, la estéril contemplación, ni te agradaba ver flotar y prolongarse las sombras de la imaginación sobre la trasparencia de tus noches. El pensamiento era tu vida; su condición la actividad, hombre del norte, especulativo y práctico a un

tiempo, distinto del hombre oriental, que se empapa en el aire tibio de sus climas, bajo un cielo claro, al solitario arrullo del ritmo melodioso de su corazón. ¡ Tú no recuerdas ya aquellas horas deliciosas, en que siguiendo, con el *banquete* en la mano, los giros sublimes de Agaton y de la bella extranjera de Mantinea, al yo caer fatigado por el largo camino en los espacios, una fina y maliciosa sonrisa contraía tus labios, y me sonrojabas con las espirituales burlas con que Sócrates debió perseguir los sueños de Platón bajo los Pórticos de Atenas!

¿ Hay pequeñez o grandeza en coronar las sienes con las frescas guirnaldas de la ilusión, y marchar siempre, siempre, en pos de una colina perfumada, que habitan hombres fieles, unidos con un santo amor, soñándola sobre cada horizonte que se divisa, y tras cada horizonte que desaparece? Porque sobre tu frente, amigo, nunca lucieron sino los rayos de la razón, y a tu poderosa naturaleza no bastaban la leche y miel de los niños, sino que le eran necesarias las sustancias más fortificantes de los leones. Tú despedazabas sobre mi cabeza esas flores azules que hasta el aire puro marchita, alzado como el señor de la realidad, entre las ruinas de mis dulcísimas quimeras....

Te engañaste, cruel enemigo de los sueños de mi alma. Ahí sueñas tú también. ¿ No sé yo acaso que el calor suave que traspiró un punto sobre tu frente, ese rayo de luz fugitivo, que llaman sonrisa, que se deslizó por tu labio, eran sueños, los sueños dulces, melancólicos, que preceden a la noche eterna del sepulcro? ¿ Hay nada tan poético como el sueño de la tumba? ¿ No me pediste para estos días de abandono y soledad cantos de mi corazón, lágrimas de mis ojos?

¡ Ocho años en el pensamiento continuo de la muerte! ¡ Ocho años, puesta la vista sobre las riberas impasibles de otro mundo! Si algún día fueron tristes y áridas para tí, yo sé que las cubriste al fin con el césped fragante del deseo, las iluminaste con la luz de la fe, las aromaste con las rosas divinas de la esperanza. Era la

señal de tu última estación sobre la tierra porque cuando el amor abrasa el alma, el objeto amado no tarda. A fuerza de contemplar la vida serena de los cielos, de escuchar sus rumores dulces y apacibles, de soñar en sus goces variados y eternos, terminaste por desdeñar la vida agitada de la tierra, por ansiar aquellas auras y arrojarte en ellas. Es la historia de aquella niña cuyo amado se le había ido al cielo: "Cielo hermoso, gritaba, escucha mis ardientes súplicas, desciende sobre la tierra para que pueda entrar en tí". Una noche sus piés vacilantes la llevaron a la orilla del mar tranquilo: en su seno mira juntos el cielo, la luna y los hermosos astros: "gracias, dice, oh cielo, que escuchaste mi súplica: tú desciendes a la tierra para recibirme; la luna y las estrellas me invitan con amor: tierra, adiós para siempre!" y las ondas tranquilas la llevaron al cielo.

Todos tus hermanos recibieron al nacer un don precioso; pero a tí te había reservado el destino el más grande que alcanza el hombre, el de coronar, como una viva gloria, las honradas sienes de tus padres. ¿Cómo se han convertido en ciprés y abrojos el laurel y las rosas?...

A mí no me parece tan lamentable la suerte de Pompeyo degollado a la vista de Cornelia, y recibiendo los últimos honores, en la noche, a ocultas, por un esclavo griego, en una tierra extranjera. El gran Pompeyo había recorrido un vasto campo de poder y de honores, y nada faltaba a su grandeza sino morir así, después de haber sobrevivido a Farsalia. Ni lloro más el destino de su vencedor: con todo su genio y sus victorias y su gloria, conquistador y tirano de su patria, su nombre resonaría menos en la historia sin los puñales de Bruto y Casio. A vivir más, se habría hecho llamar como Nerón y Calígula, *Augusto, Dios*, y habría arrojado sobre sus hombros la púrpura prosaica de los Galerios y Heliogábalos.

Faltar a un alto destino; tener el pensamiento sin la acción; sentirse encadenado con las fuerzas de un gigante; ese largo suicidio del genio, del talento, hé aquí

grandes, terribles desventuras. Pensad en Germánico espirando antes de realizar su ideal querido: la felicidad del mundo; suponeos que Colón muere sin hallar auxilios para buscar su mundo; recordad a Chènier junto al cadalso sintiendo bajo su mano el pensamiento que bullía; al hijo de Napoleón que se extingue joven, sin recoger la herencia de poder y gloria de su padre. Esos son los destinos trágicos de la historia. Esquines los simbolizó en su Prometeo; Saintines en aquel *Mutilado,* lleno del espíritu de las Musas, sin lengua para hablar, sin manos para escribir....

Tú, tú faltaste a tu destino: ese es tu crimen; esas son mis lágrimas. Fuiste solo una esperanza; fuiste apenas la aurora de un porvenir; con la savia de las encinas, fuiste pequeño arbusto cargado de botones... que nunca abrieron. Por eso los que no te han conocido, preguntarán fríamente por el objeto de mi dolor, por eso es tu destino el más triste de mi país.

Quisiera tener la encantada redoma de licor de ambar para derramarla en tus labios, y volverte, mi dulce amigo, a la vida y a la amistad. Paladín gallardo de lo grandioso y lo bello, las letras te darían sus lauros, la libertad sus palmas, el amor sus coronas de olorosos jazmines y azucenas... No; bastante caro has comprado tu reposo. Duerme tranquilo, amigo, en tu última morada: el sueño cierra nuestros ojos todos los días; la muerte los cierra después del día de la vida. El sueño es la dicha y la necesidad de la naturaleza.

Sobre tu sepulcro, amigo amado, quiero llorarme a mí también. Lo mejor de mi vida, la inocencia cándida, la fe, el amor, la esperanza, el entusiasmo, las ilusiones, todo lo que da la juventud y los años llevan, ha muerto. A tu lado permíteme colocarlas religiosamente; era la parte más preciosa de mí. ¡Reposen a la sombra del amigo muerto! Lloro, pues, al llorarte, en tu sepulcro, mis años huídos, los amigos de mi juventud, mudos para todos o para mí, la soledad que planta su sitio a mi alrededor, y esta muerte del corazón, mil veces más doloro-

sà, que precede a la muerte del cuerpo... Un lugar, un lugar también para tu amigo; porque dime ¿qué me hago, si a la sombra de estos cabellos blanqueados, lo que nace es la desconfianza, el egoísmo, la vileza? Yo envidio la paz de tu delicioso sueño.

(De *El Heraldo*, número 3.—Caracas, 8 de abril de 1859).



## MATEO VALLENILLA

Triste ha sido mi destino: las flores caen marchitas del árbol de mi esperanza, y si alguna llega a ser fruto y madura, la cruel mano de la muerte me la arrebata. Esta alma gentil que comparé a Reinaldo, amor y orgullo de los ciudadanos, ha huído en un instante a la eternidad. Ayer nomás, hijo mimado de la fortuna, alentado por un amor inmenso de gloria, soñaba una corona perpetua de honor y aplausos; y he aquí cómo la muerte ha helado su corazón heroico y cómo duerme para siempre, mártir de la sociedad, sobre las rosas de su sangre.

¿Cuándo habremos de ver alma tan noble, espíritu más generoso, porvenir más cargado de esperanzas? Vistamos duelo eterno por su incompleto destino! Que su nombre despierte los gemidos profundos de la lira! El alzó su espada en medio de los gritos de la Patria moribunda, y su valor ha dejado cubierta la frente cicatrizada y sangrienta de Venezuela con palmas de inmortal gloria.

Vallenilla llevaba en las venas la sangre ardiente de Bermúdez. Nacido a las poéticas orillas del Manzanares, la pensadora Germania le había instruído en la ciencia difícil de la guerra. La suerte le había hecho nacer para los combates. Niño, representaba una vez batallas sin sangre con soldados de plomo, cuando escucha de repente en su eléctrica ciudad el eco belicoso del clarín; tiembla, se levanta en silencio, arroja al fuego sus gue-

rreros de estaño y los ve desaparecer con ojo fiero y arrogante... Crece, oh, niño! que la lid te espera.

De tiernos años, él lucha con gloria aunque sin fortuna el año de 53. Tiranos estúpidos sembraban la rabia y el crimen donde la paz había levantado por largos años su discreta mansión; desheredaban a una raza de ciudadanos de cuanto les hacía dulce su pacífica libertad, manchaban con un espíritu inexplicable de venganza la sosegada vida de nuestros campos. Cuando maduró su juventud, al sol ardiente de su alma, la hora de los déspotas había sonado también, y él fué de los primeros en tomar las armas para precipitar su caída.

Al lado del teniente de los Monagas, sostenedor falaz de la libertad que odiaba, la Providencia le colocó sin él saberlo, para el día del inminente peligro, que su leal corazón no osaba prever. Soñó el sucesor de los tiranos que sostenido por los esclavos perversos de la blasfema anarquía, la nube de sangre que se formase de su aliento, cubriría para siempre a Venezuela. Y velaba junto a él, en silencio, como el castigo que sigue al crimen, el héroe formidable de agosto, el rayo de la guerra, el Comandante de "Convención"!

Los hombres del Destino viven poco. Nacidos para un fin, fenecen al cumplirlo. Conquistada el Asia, Alejandro expira; reunido el mundo en Roma, César muere; Tito cae, después que sirve a las bondades del cielo; Atila, después que obedece a su cólera. Vallenilla fué el alma de la gloriosa decisión que salvó la Patria, el terror de la barbarie, el inmortal 2 de agosto. Cumplido su destino, él vuela a dar cuenta al Dios que le había enviado.

Yo no lo lloro: se le ofreció la disyuntiva de Aquiles y escogió como el hijo de Peleo. Morir al ruido alegre de las trompetas, en la embriaguez del combate, entre los cantos que la victoria entona, es mil veces más dulce que esa muerte dolorosa y lenta que aguarda a todos en el lecho de enfermo, decaído el espíritu, trémula el alma sobre el abismo de la tumba, triste con los úl-

timos adioses de la doliente esposa y de los dulces hijos. El corazón magnánimo se avergüenza de esa prosaica muerte, y prefiere, en el campo de batalla, junto al árbol en que cayó vencedor, un sepulcro protegido por fresca sombra y una sencilla inscripción.

Yo lloro sobre esta sociedad quebrantada, viuda con su temprana muerte; sobre los bienes que hacía esperar su valor sin ambición innoble; sobre nosotros que morimos en él y que vemos con esta muerte despojar a la Patria de su más bella corona; y lloro sobre ese destino de Germánico, triste y engañoso escarnio de la esperanza pública.

Un pino se elevaba solitario sobre las frías cimas de una árida montaña. El dormía; la nieve y el yelo lo cubrían con un manto blanco. En un sueño, él ve un palmero, y este palmero, solo en un valle aromático, se levantaba en silencio, besando a veces con el plumaje de sus hojas la tierra querida que le sustentaba. ¿Qué alma egoísta, desde sus muros de yelo, no ha visto ese palmero, dulce sueño de amor y felicidad? ¿Quién no ha gustado de la frescura de su sombra ni oído al aura juguetear entre sus hojas, antes que le arrebatase la borrasca? El pino envejece en paz bajo su fría capa de yelo; el gracioso palmero, adorno y gala del perfumado valle desapareció en las ondas del torrente.

Ah! Yo que le enseñé niño, que le amé joven, y que admiraba el generoso ardor de su corazón de héroe, por más que quiero distraerme del sentimiento de su pérdida con la contemplación de su gloria, caigo al fin bajo el horrible peso, y hallo que las lágrimas llenan mis ojos y embargan mi pecho los gemidos. Hay otro que llora también, sin treguas, sobre esos días cortados en flor, sobre sus modestas virtudes, sobre las dotes pacíficas y suaves de su corazón: un padre amoroso que no volverá a verle ni a estrecharle más, y que va a precipitar sus pasos llenos de tristeza hacia el sepulcro helado. Que el dulce amor filial, escapado por algunos momentos de lo que fué, venga a rodearle cariñosamente, a suspirar a su

lado y a gemir. Recordar llorando es el único consuelo de los que han habitado largo tiempo el planeta de la amargura.

. . . . . . . . . . . . .

Valerosos soldados de *Convención!* Bien os está ese dolor silencioso al lado de vuestro Jefe! Pálido, mudo, cerrados para siempre los ojos que aterraban al enemigo, y señalaban la hora del combate y de la persecución, vosotros lo conducís en vuestros fuertes brazos, a él, que os conducía incesantemente a la victoria... Cubridle cariñosos con la bandera triunfante de vuestro Batallón; que acaso se conmueva su marcial espíritu y vuelva a latir su pecho, al amoroso contacto de la adorada enseña. No! De ese reposo sin sueños nadie despertó jamás; y si ha escuchado los cantos de victoria y el femenil llanto de esos feroces que inmolásteis a sus manes, yo no sabría decíroslo... Inanimado llevan a la estrecha mansión al batallador invencible; el guardián misterioso de la sociedad, ignorado de sí mismo, el héroe del 2 de agosto, el vencedor de Maiquetía, Guarenas y La Guaira, duerme entre sus compañeros de armas el profundo sueño de los valientes!

Señor! Suba a tu celestial trono como un incienso sagrado, la preciosa sangre del hijo ilustre de la patria! Que sea la última que se derrame sobre esta tierra, cuyos frutos van a saber a sangre! Aparta, Dios mío, el cáliz de tu cólera, y derrama sobre este país, que has dado muestras de amar tanto, la copa de tus misericordias.

(De *El Heraldo*, número 66.—Caracas, 16 de noviembre de 1859).



## 24 DE NOVIEMBRE

¿Por qué esta tarde más triste que las tristes tardes de Caracas? ¿Qué hay de aflictivo en la tranquilidad de las hojas, en el ruido tenue del aura que las acaricia, en lo inmoble del horizonte sin nubes, en la suave oscuridad del Oriente, en ese ocaso alumbrado por una luz remisa, que tiene toda la tristeza de un adiós, toda la solemnidad del último supiro? No sé por qué en esos momentos pesados que presiden a la noche, tiernas memorias vienen a la imaginación, ni por qué llama a nuestro espíritu la luz que huye, el sol que se oculta, los recuerdos de nuestra infancia, de algún amor infortunado que dejó su huella, de los padres y amigos que desaparecieron. Luna! Tú que has recibido la herencia del moribundo día, revela a mi corazón los misterios de nuestras dolorosas tardes...

Ah! Tú vienes al espacio, silenciosa, tranquila, como el genio del dolor, mientras las auras abren sus alas para llevar en triunfo los apacibles encantos de tu luz... ¿Qué nueva tumba visitas? Díme: ¿de qué ciprés acaricias las hojas, plantado por la mano de un pueblo? Sin duda has despedido a las estrellas que te acompañan siempre, para llorar en la soledad la muerte del Poeta.

¿Conque murió Bello, el que yo juzgaba no había de morir nunca, como el grande Elías? Conque el hijo de Caracas, su gloria imperecedera, el que redimía nuestro nombre, célebre por ignominiosas revueltas, duerme

el último sueño? ¡Y Venezuela no viste de luto! ¡Y acentos lúgubres no despiertan en las calles silenciosas el eco del dolor!

¡Qué hombre y qué destino! Modesto y puro, como soñamos a Virgilio; de un embarazo ingenuo y amable y una esquivez sencilla y llena de atractivo, la ternura de su corazón traspiraba sobre su frente. Eran necesarios los relámpagos de sus grandes ojos para adivinar el genio que se albergaba en aquel niño prodigioso. Dormido bajo un rosal a las orillas de Anauco, es fama que las abejas depositaron en sus labios la miel de la palabra.

¿Cuáles fueron los primeros ensayos de su melodiosa lira? ¿Cuál fué su primera evocación poética? Porque niño todavía, cantaba, imitando a Virgilio, los pastoriles amores de Tirsis y de Clori, y ajustaba a su tierno labio la trompa épica, vistiendo de galas castellanas la armoniosa Eneida; porque en la adolescencia apenas, seguía con el puñal de Merpomene, tras la huella de Voltaire, y fluían de su boca versos como los de Villegas y Garcilaso.

Contempladle en su primera juventud: ese niño serio y distraído lleva un alma tierna y amante del estudio, enamorada del campo y de la soledad, modesta y moderada, nutrida en esa mediocridad doméstica, que nos hace sentir y amar más todas las cosas.

Cantaba con la alondra que saluda los rayos primeros del sol, despierta a los hombres con gritos de alegría y los llama al trabajo, a la sombra del bosque, convidándonos al reposo, a los tristes recuerdos, a la oración y sabrosos sueños: sus versos exhalaban el aliento del más suave amor.

Jamás cantó su Musa la libertad sanguinaria, la patria frívola y envilecida, ni celebró a los tiranos como genios sublimes, ni dijo que sus hijas *eran perlas que esparcían la dulce claridad de la luna.*

Bello presidió a nuestra primera aurora literaria; su gusto puro dió a la generación que creció a su lado lecciones de ternura profunda, de suave y armonioso

lenguaje, no escuchadas hasta entonces, despertando nobles ecos en las almas de genio, abriendo para todos el *ancho río de la palabra.* (1)

¡Cómo pintarle en la serenidad de su luz, en la variedad de sus colores! ¡Cuán completo sería el talento poético de Bello, *único talento incontestable*, cuando transformado en la capital de Inglaterra por las necesidades imperiosas de la vida material; dividido en diferentes direcciones; casi mutilado por la desgracia y la incertidumbre del porvenir, en la inmensa fecundidad de su espíritu, en la infinidad de rayos que lo constituían, aún nos quedó el gran poeta, en medio del erudito y del político y del metafísico y el legislador, y del primer filólogo, entre cuantos hablan la lengua castellana!

¿Queréis tener una idea de Bello, perdido en la inmensa Londres? Figuraos a Homero transportado a Cartago: ¿cuál habría sido la suerte de Melesígenes, entre los aristócratas de la rival de Roma, hablando de las glorias de Aquiles y de la fe conyugal de Andrómaca, entonando el canto de las Musas, ante los ávidos mercaderes, adoradores de Molok?

Terrible debió ser la lucha del Poeta! Hablábale el Genio en su misterioso lenguaje: tejían las Musas a su alrededor ligeras y graciosas danzas; el canto nacía en su pecho, melodioso, inextinguible; y era fuerza que huyese del Genio que inspiró sus primeros años y que esquivase a las Musas que amaba, y que sofocara el canto que se elevaba en su corazón... a fin de irse en busca de la gota de agua para sí y para el dulce nido, que colgaba en la tierra del extranjero.

¿Dónde halló momentos para cantar "La Zona" en que nacimos; para celebrar las glorias de la patria; para recoger en urnas expiatorias la sangre de sus mártires; bañar en luz sus cadalsos, coronar la frente de los vencedores?

(1) Dante.

Es que la poesía es la historia universal del corazón del hombre. Es que el verdadero Poeta no se abate nunca ni por sus propios males y dolores. Más viejo que lo pasado, más joven que el día presente, sigue imperturbable su camino bajo el cuadrante de la eternidad! ¿Se pone acaso el sol en el imperio de la poesía? Su mundo es de cristal trasparente, y el Poeta no necesita girar a su alrededor para llegar al otro hemisferio y vivir en lo futuro. El hombre vulgar adora la esperanza, madre de la desesperación; Bello vivía en la certidumbre y gozaba de ella...

¡Cuántos espectáculos peligrosos le ofreció su siglo! El fuego del Genio oscurecido por el humo del sentimiento; vivos colores sirviendo a la indecisión de la duda sacrílega; una precipitación inquieta, como si el fin próximo del mundo amenazase cortar la estrofa entre dos rimas; poetas sin fe, que ignoran adonde van, de donde vienen, qué buscan, cuyos versos parecen expósitos, sin solar ni nombre; imaginaciones cansadas, que imitan en sus ritmos el fastidio y que oscilan entre la vigilia y el sueño, entre la poesía y la prosa!

El vate caraqueño es el sacerdote que ha tributado a las letras culto más puro. Su estilo es tranquilo y sobrio, sus términos modestos siempre con esa dignidad que nace de la paz de un alma superior a todas las cosas.

El supo reunir todo lo que la lengua castellana ha tenido en todos los siglos de bello, de rico y grande; gracia, flexibilidad, dulzura, fuerza, elevación, profundidad, con una libertad juiciosa.

El no fué de esos bardos caprichosos que tienen a los veinte años el invierno en el corazón, y que se envuelven, como en un manto en el desprecio de los hombres. Era el poeta de la naturaleza y la patria mas sobre todo, de la religión y de la piedad.

Nuestro vate amaba demasiado la gloria para no amar las alabanzas; pero amaba a éstas de lejos, evitándolas en el teatro y las calles. Gustaba de hacer bellas co-

sas que llenasen de admiración pero en el silencio y a la sombra, sin dejar de vivir con los dioses ocultos.

Premióle el cielo, conduciéndole por la mano a una nación hospitalaria, sentada sobre la cumbre de los Andes, bañada su planta de oro por el Pacífico, donde el viejo Araucano defendió con valor su independencia, donde el moderno Araucano escarmentará a sus antiguos vencedores. A los acentos de su lira árboles y peñascos corriéron a escuchar al nuevo Anfión; la ruda Beocia es ya tierra amada de Minerva. Su vida fué la paz y la gloria de su patria adoptiva; ¡ que al respeto por sus cenizas, como a la urna de Aristodemo, quede unida para siempre la felicidad de Chile!

En su seno inclinó la frente pálida, llena de pensamientos; allí sus hijos llorosos, su inconsolable esposa, han recogido el supremo aliento del hijo de las Musas; un pueblo reconocido le lleva luto...!

Ah! ¿Por qué no dirigió sus pasos a la amada patria, hacia los sitios encantados que amó niño, donde la anciana madre le esperó hasta ayer, donde lloran hoy sus hermanos y deudos? Hace tiempo que habría descansado de la vida el Gran Poeta; señalado con dedo mofador y objeto de sacrílega risa, el generoso anciano habría mendigado como Homero, habría sido proscrito como Dante; como Tasso, hubiera sido preso por loco; como Camoens, habría perecido de hambre en hospital oscuro. Salvóse el Néstor de las letras de la gloria del martirio!

(De la *Revista Literaria,* pág. 305 y siguientes.—1865. Caracas).



## FERMIN TORO

Pereció como perece un instrumento divino en la discordia de los elementos terrestres, resonando en el universo.

Toro.

Es media noche. Silencio dulce y triste envuelve la tierra adormecida. La luna pálida va visitando las dispersas nubes; las estrellas del cielo se miran en los ríos; las cimas de los árboles se estremecen, murmuran y parecen pensativas... Aún está más triste mi corazón. En vano un aire fresco acaricia las hojas; el Otoño imita en vano las galas de la Primavera, y flores del color del cielo recogen en sus tiernos pétalos las gotas del rocío. ¿Qué nuevas desgracias amenazan a mi patria? ¿Qué reciente crimen se ha cometido en nombre de la santa libertad?

Es que acaba de abrirse una tumba, y ha caído en ella el último venezolano, el fruto que crearon la aplicación y el talento, y que sazonó la paz en los envidiados días, que para siempre huyeron, de gloria nacional! Llorarle es afligirse con los destinos de un pueblo condenado a vivir de la ceniza de sus días pasados!

Oh! ¿Quién me diera las alas del canto, para volar hacia esos tiempos, praderas cubiertas de rosas, donde la libertad sonreía como la flor del Loto sagrado, don-

de una nación dormía, a la sombra de las palmeras, entre sueños de amor y de felicidad?

Cuatro jóvenes, cuatro árboles llenos de perfume y vida, alzaban allí sus altivas copas, ornato y gloria de la Patria; y a todos, a todos los ha segado la muerte!

Por nueve años, bajo caney pajizo, extraño a las cosas de la vida, errante con los astros por los espacios del cielo, atento a la divina música que los guía; con la pluma en la mano, o bien mustio y silencioso, viendo las olas crecer, enfurecerse y estrellarse a los pies de su morada, languideció el menos joven de aquellos varones, el que plantó en Venezuela el árbol hermoso de las Matemáticas. El mar con espantoso estrépito invade ya el sepulcro que encierra sus restos abandónados!

¿Quién es aquel que lucha y lucha con el destino adverso y cae al fin, como el gladiador romano, arrojando del abierto pecho roja sangre que acusa la injusticia de los cielos? Rota tiene en la heroica diestra la espada de Catón; el ajeno egoísmo y la vileza encadenan sus gigantescos miembros; en sus entrañas ceba su pico hambriento el buitre de la desesperación. ¡Id, ninfas del Océano, id a saludar con vuestro armonioso canto la tumba del nuevo Prometeo!

Y tú, oh poeta, creíste evitar los decretos de la suerte, cambiando por otra patria la de tus padres y amigos: llevaste a orgullosos y antiguos pueblos la soberanía del genio y el artificio mágico de tu estilo. El extranjero puso a tus piés coronas, y te sentó, asombrado, en medio de sus Maestros... Y caíste, sin embargo a su tiempo, como una fruta madura que el aire desprende. Pertenecías a la gloriosa pléyade que debía desaparecer!

Cajigal, García, Baralt! no es que crea que habríais cambiado los acontecimientos a haber vivido más. En el drama del tiempo tiene cada hombre su papel trazado de antemano y cuando un actor desaparece es que nada tenía que hacer sobre la escena. Vuestra vida no habría detenido la República en su curso fatídico; la muerte os libró de más amargos desengaños. Pero ¿quiénes os

sucedieron?... La yerba ha nacido y medra sobre el césped blanco, y crece, para insultar vuestras tumbas, la infausta ortiga!

Con los funerales de Toro, yo hago vuestros funerales, amigos muertos!

Ah! ¿Qué hiciera yo para hablar dignamente de tí, hombre excelente? (porque la escasa fuerza que me han dejado el destino y los años la consume el dolor....) Esposo a los veintiún abriles, viviendo del pan del pobre, sujeto a penosos deberes ¿cómo logró su espíritu abarcar el círculo inmenso de los conocimientos humanos? Las ciencias morales y políticas, las metafísicas a que no basta la vida, las ciencias naturales que fueron el consuelo de sus últimos años, todo lo dominó su inteligencia vasta! ¡Qué de aptitudes! Cuántos talentos que harían la gloria de muchos hombres! Niño aún, sobre el coro de una Iglesia, su inspirado violín sorprendió una vez al auditorio atónito. El amor, como a la hija de Dibutade, le enseñó el arte de Apeles. Semejante a aquella luz que alumbró al mundo antes de la creación de los astros, una luz divina iluminaba su alma antes que el sol del estudio la vivificase. Los más vastos sistemas eran reminiscencias para su espíritu. Pensando en sí, defendió la existencia de las ideas *innatas!* Su alma elevada, rodeaba como el cielo, cuanto hay sobre nuestra cabeza y a nuestros piés!

La naturaleza le había hecho orador. Con la firmeza, flexibilidad y energía que distinguieron su palabra, con el brillo y magnificencia de lenguaje, inseparables del fuego del corazón, viósele siempre del partido de las nobles y generosas causas. En tiempo en que las Cámaras sabían guardar su gravedad, estuvieron muchas veces para olvidarla en un entusiasmo sin ejemplo. Poseía el principal elemento del orador, una voz de corriente pura y extenso aliento, de sonido precioso y claro, de acento distinto y vibrador, que marcaba todos los movimientos de su alma sublime. Era una voz, eco de su espíritu, música de su genio, dulce y flexible, patética o irri-

tada, que sonaba a veces como el clarín guerrero llena de ritmos y armonía.

Como político, Toro fué de esos espíritus ideales que sueñan hermosas teorías sobre el cabo de Suniun o en los jardines de la Academia. Abrasaba su alma el amor de la libertad, llama celeste, y el amor de los hombres que en él no se debilitó jamás. Cuando el demonio tentador de la gloria, el odio a la injusticia, la impaciencia de vengar los ultrajes de la Patria, lo arrastraron a ardientes polémicas, o a peligrosas resoluciones, su espíritu, en emoción perpetua, se esparcía sobre todos los objetos colorando las palabras, animando y engrandeciendo los hechos.

Tres veces visitó la Europa, al servicio de la República. Con célebre apellido, joven, de maneras brillantes, de palabra viva, lleno de talento y gracia, una nación grande le ofreció en su seno honores y fortuna. Todo le convidaba a aceptar. ¿Qué le esperaba en un país que se había convertido en cementerio de sus hijos, en el loco de sus tiranos? Por qué preferir a la gloria y el respeto, el menosprecio de la ignorancia y el odio de la envidia? Mas Toro no vacila: por bella que sea la tierra del extranjero y por grandes promesas que haga, jamás reemplaza a aquella en que nacimos. Todo lo desdeña, y después de haber asegurado la paz de la República, vuelve, nuevo Anacarsis, a morir en su seno.

En todas partes se agita el hombre sobre el mar de la vida, llena de vanos dolores. Pero en nuestra tierra desgraciada, hasta la copa del placer se llena de agenjo; la primavera de los años se extingue sin honor, suspira la virtud en el menosprecio; toda esperanza es quimera; la existencia es un sueño doloroso... Para estar tranquilo, habría tenido que vivir sin entrañas en medio a las convulsiones de la historia contemporánea. Pero ¿cuál sería su dolor al ver la patria amada convertida en sepulcro de ilusiones muertas? ¿Al asistir a la crucifixión de un pueblo infortunado?... Sobre la cima del pensamiento, al abatir sobre el sombrío valle que ha-

bitamos su mirada de águila, despedazado el corazón, bajaba a mezclarse en nuestras tristes miserias, para alegrarse con nuestros vanos contentos, dar lágrimas al dolor, consuelo al infortunio, excusa a todas las faltas, súplicas por todas las desgracias, animación a todas las esperanzas. El desdén de su labio silencioso, era piedad; su erguida frente no acusaba a sus compatriotas envilecidos sino al destino inexorable.

Cuando escritores como Toro, juntan a un noble carácter un bello talento, son semidioses, héroes y salvadores de su patria; son los sumos sacerdotes de un templo, donde se precipitan todos para ofrecer al cielo sus temores y esperanzas, y donde los oprimidos respiran el aire de la libertad, mezclando alegres cantos al triste són de sus cadenas.

Adoran unos el honor, otros la gloria; y hay quienes prefieren la virtud o la bravura, la libertad o la verdad, el amor o la amistad. Toro era el Panteón de todos estos sentimientos: su ardiente corazón era un ciclo lleno de divinidades, el santuario del amor y de la poesía.

El ciñó a la frente todas las coronas que penden del árbol de la vida: la corona de laurel que las Musas tejen; la fresca corona de rosas del amor; la que el estudio prepara y viene tras el afán y los años. Las rosas brotaron espinas sobre sus sienes; la corona del poeta se desvaneció a sus ojos entre el tedio y la amargura; la de las ciencias, severas y tristes, que guardaba para la edad madura, cayó de su frente ¡ay! en el sepulcro helado.

Yo te saludo, amigo, no en esa fosa estrecha, sino en los espacios luminosos, donde innumerables astros giran con desconocida armonía sobre este pequeño túmulo que llamamos nuestro universo!

Antes del día supremo, habías ido a buscar en medio de la naturaleza la armonía y el amor que no hallaste en los hombres. Viviste en los campos oyendo el so-

plo de los vientos, atento al variado color de las trémulas hojas, poniendo el oído al religioso murmullo de los bosques agitados. Y cuando viste a lo lejos las confusas sombras, mensajeras del pálido reposo, contemplaste el mundo como una flor fresca y te reclinaste en su seno, sonreído. ¡Los cielos te coronan!

(De la *Revista Literaria,* Págs. 395 y siguientes.—Caracas.—1865).



## ANDRES AVELINO PINTO

Non odi un lamento
Cual d'aura notturna?
Non vedi quell'urna
Che s'alza laggiú?

Un forte lá giace
Fra mesti claromi:
Spargiamo que'flori
Suli'alta virtú.

ROSSETTI.

¿Esa que miro sobre la dura tierra, maniatada, medio oculto el rostro en descompuesto velo, desatada al aire la cabellera undosa, esclava que pregona el pregonero, esa es la patria mía? Cuántas heridas! qué palidez! qué sangre! Díme, díme, madre amada, ¿quién ultrajó tu beldad y mancilló tu decoro? No habrá quien te vea y no diga suspirando:—Ella fué grande y tuvo nobles y valientes hijos; ya no es la misma. Cómo has caído de la excelsa altura? Todos te traicionaron? Nadie luchó por tí? Ninguno de los tuyos te defendió? Ah! Baja avergonzados los ojos y llora, sí, llora, que bien tienes de qué, Patria querida.

Mas en medio del llanto, la desconsolada matrona saca de los abismos de su dolor, acentuada de suspiros, una voz de angustia y desolación profunda y de amor y de esperanza.

"Degradados por la corrupción, dice, mis hijos me han vendido, entregando su cuello al yugo, sus piés a las cadenas. No hay miseria que no sea suya, dolor que no pese sobre su cuerpo, vergüenza que los haya perdonado; polvo sangriento que se mueve y agita y en que ha muerto hasta el instinto de su destino: viles, que por el pan que se les arroja en el lodo, ahullan la adulación y la mentira. La esperanza parece extinguirse en una noche eterna".

"Pero a través de tan espesas tinieblas, yo diviso a un joven, a un héroe, cuyo brazo romperá estas prisiones, cuya espada es la suerte de Venezuela. En la Oriental playa el hijo de la piedra, inmoble como sus paternas rocas representa el honor y la lealtad proscritos de esta tierra: cultivador divino que siembra sobre los campos de batalla la salvación de sus hermanos. Su amor enjugará mis lágrimas y coronará mis sienes su laurel verde".

Y una sonrisa melancólica y fugitiva contrajo ligeramente su labio, como la de la virgen, que espira en el supremo éxtasis de una esperanza santa.

Engaños! Ilusiones tal vez! He aquí un mensajero que nos dará alegres o tristes nuevas. Hábla, dínos qué traes:

—Oh Patria! oh ciudadanos! Infeliz de mí que debo ser el primero en revelarles la terrible calamidad! Cúbranse las ciudades de tinieblas de duelo y las vírgenes humedezcan con lágrimas su seno. El terror de los guerreros, el valeroso Pinto ha muerto.

---

¿Por qué la alegre fiesta, los bulliciosos cantos, la marcial música y esas serpientes de fuego que surcan el aire, lo abrasan y estremecen? ¿Qué celebran las campanas de la ciudad, ebrias sobre las altas torres, con sus victoriosos repiques? Y ese carro, que tiran esclavos vestidos de ciudadanos y guerreros, qué Dios arrastran

hacia el templo del Dios de la paz? La mecha del cañón ha encendido ya los tristes cirios; y se cuenta que en sus nichos de piedra, los antiguos mártires de la verdad y la fe han vuelto los desdeñosos rostros por horror al sacrílego incienso. Ya llega el coro de los vencedores semejante al de las Ménades sobre el antiguo Citerón. A través de la ciudad desierta ellas pasean sus gritos, sus vivas y sus cantos. ¡ Cómo alternan con los melancólicos ecos, que se alzan al rededor de la Patria moribunda!

LAS MENADES

Coronadas de flores, sonriamos de esos sueños con que divertían nuestra infancia viejos caducos. La fuerza es el derecho. Adoren los necios el deber, la fe, el honor, dioses impotentes que inventó la debilidad y la superstición. El mundo es del crimen. La virtud abandonada mendiga sobre la tierra o yace en la tumba. Subamos al asalto de las leyes: lancémonos sobre la Patria.

PRIMERA VOZ

Señor! Tu clemencia ha muerto en la eternidad? Se ha agotado tu promesa en la duración de las edades? Dios ha olvidado su piedad? Ha encadenado la misericordia en su cólera?

Oh, gloria de Israel, muerta sobre tus montañas! Cómo han caído tus valientes? Se escuchan mis gemidos y nadie me consuela. Mis enemigos saben mis dolores y se alegran. Dios mío, por qué me aflijes así?

No lleves esa nueva a Gaza ni la publiques en las calles de Ascalón para que no se alegren las hijas de los Filisteos, ni triunfen las hijas de los incircuncisos.

Oh, montañas de Gelboe! ¡ Qué el rocío ni la lluvia caigan jamás sobre vuestras cimas! (1)

---

(4) Los Salmos y el Libro 2° de los Reyes.

LAS MENADES

Bien está la tierra sobre el que amó la hipócrita virtud y el honor estúpido. Breves días conceden los dioses a esa raza, digna de perecer, mientras prolonga los años del malvado en la prosperidad y el orgullo. Y qué es *bien?* Qué es *mal?* En el olvido de todo despreciemos lo verdadero, lo grande y bello, los ojos de la historia, la dignidad, la fe, el derecho, la ley, la gloria y a los que están en el sepulcro.

SEGUNDA VOZ

No hay valor a prueba del destino. El rayo de muerte hiere el laurel en las sienes. Pero las acciones heroicas exhalan siempre un dulce perfume y florecen en la cenizas de la tumba. La memoria del guerrero que dió su sangre a la Patria no perece jamás... Morir joven! Ah! La muerte en la juventud es un signo del amor de los cielos (4) Vale más una vida corta llena de acciones gloriosas que una larga existencia entre crímenes y traiciones.

LAS MENADES

La fortuna nos sirve. Está lejos, bien preso, bajo la tierra fría; no duerme un sueño pasajero. Ya no veremos la sombra de su espada pendiente sobre nuestras cabezas. Fundemos sin temor el reinado de la desigualdad y la injusticia. Ríamos, gocemos en el regazo del ocio; respiremos el perfume de las flores; cojamos sin cuidado el fruto que madura el pueblo hambriento, que trabaja, aplaude y muere. Viva Gessner! Muera Guillermo Tell!

---

(5) Píndaro.

TERCERA VOZ

Oh, mariposas doradas de la esperanza! Habéis huído. Del océano de los celestiales bienes, mezclábase una gota a nuestra vida de aflicciones, de esperanzas engañosas. Esta gota acaba de caer en el seno de la avara tierra; quién irá a buscarla al tenebroso abismo?

Sembrar la rabia y el crimen con todas sus traiciones, donde la paz esperaba una morada; desheredar una raza de ciudadanos de la dulce libertad y de las leyes; hacer estéril el sacrificio; manchar la gloria, aun la virtud, qué espectáculo y qué objeto de alabanzas!

Madres, que por un dichoso presentimiento leeis en vuestros tiernos hijos el porvenir, mirad bien en ellos, si los combates y heridas de nuestros padres fructificarán en sus hijos.

LAS MENADES

Esos hipócritas aguardan una ocasión para deponer sus fingidos desdenes. Encontremos motivos a su secreta complicidad y llamarán virtud la fe violada, y adorarán de rodillas la traición santa. "Negociante, este es un hecho consumado. No más revueltas, no más ondas sobre la Patria fatigada. Todos los gobiernos son de hecho. La servidumbre es la paz".—"Propietario, la ley fundamental eternizaba la anarquía. La Dictadura presidirá el orden y asegurará la paz en vuestros campos..." ¡Ved cómo cada corazón encierra una oculta bajeza, que prospera bajo la primer mentira!

UNA VOZ DE MADRE

Yo tenía dos hijos. El más pequeño me lo trajeron una tarde, pobre niño, pálido y frío. (1) Después no lo he visto más. Me quedaba otro que iba al campo, cui-

(6) Presentación Pinto, asesinado en la revolución del 54.

daba de su madre y sus hermanos, conversaba a solas en la noche, y que se hizo soldado y se fué una vez a la ciudad. Cierta ocasión volvió y me dijo:—"Adiós, madre mía; yo parto al amanecer".—No sé por qué me pareció que no le vería más... Quién sabe noticias suyas? Siempre con su patria! Pero ésta no perecerá y su pobre madre puede morir un día. Para distraer mis pemas yo cuento uno a uno todos los objetos de su uso. Yo saco al sol sus camisas blancas y las guardo con mejorana y romero. Ah! todo me da tristeza, el viento que pasa, la hoja que cae, el sol que se vuelve al otro lado para suspirar. Si duermo, siempre le veo pálido y serio. Yo bebo el dolor en la copa del día y en la copa de la noche. Si sabéis de él, decídmelo, los que cantáis alegres... Pero sus cantos huyen y se pierden en el silencio de las desiertas calles, irónicos, como una sonrisa infernal; fríos como la mano de la muerte. Quién dice una palabra de consuelo a la afligida madre?

PALABRAS QUE ESCAPAN DEL CORO DE LAS MENADES

Oh sacrificio generoso!... Sólo por patriotismo y abnegación hollaría las leyes!... Qué desprendimiento! ...Aceptar el poder por horror a la sangre!... ¿Qué gloria igualará a la tuya en las futuras edades, oh sostenedor del Poder Civil?

UNA VOZ DEL PUEBLO

Sólo los esclavos y los demonios son hechos para las cadenas. Oh República! Oh templo de inmortales sombras! ¿Sufrís sobre vuestros atrios ese pabellón de un día?

UNA VOZ DE MUJER

Una estrella resplandecía en el cielo; su brillo era encantador y sereno.

Y yo sabía su lugar en el espacio. Cada noche sobre el quicio de mi puerta, yo la buscaba y distinguía.

Y largo tiempo la contemplaba lleno de contento porque yo gustaba de su luz brillante y pura.

La estrella ha desaparecido. Yo la busco, ay! ella no existe.

---

Dos granaderos se dirigen hacia el lugar donde agoniza la infeliz Patria, dos granaderos que llegan del Oriente, pensativos, con la cabeza sobre el pecho, llenos de sombría desesperación. El más viejo, cicatrizado por la guerra, de frente espaciosa y calva, de expresión marcial, animadas las facciones por el relámpago de sus miradas, interrumpiendo los fúnebres cantos, dice:—"Yo le ví morir, y mis manos arrojaron sobre sus fríos restos la tierra primera que los cubrió. Cerrados los negros ojos que abrasaban con su fuego, pálidos los labios que inspiraban el valor y el arrojo, inanimada la diestra, espanto de los enemigos, parecía sobre el lecho de ensangrentadas hojas que bajo el acero de su espada, dormía el sueño de los valientes. Poco a poco fué desapareciendo su grande y gentil figura entre las lágrimas de los que venció tantas veces, y la consternación y el asombro. La Gloria guarda su sepulcro".

Por qué no quiso el destino que los veteranos cerrasen los párpados de su Jefe y le acompañasen con llanto a la mansión eterna? Secretos del cielo. Bajaron los enemigos de sus montañas a disputar sus restos; bregaron, encarnizados, por conquistarlos, y dueños del lecho fúnebre en que eran conducidos, no los ultrajaron furiosos, sino que los honraron, atónitos, llevándolos largo espacio entre sus brazos, y depositándolos con respeto en la morada de Dios. ¿A qué el interesado duelo que ordena mañana el Dictador, tras el impío contento? Las armas del enemigo celebraron primero los funerales del héroe.

La vida de Pinto fué un iris de bellísimos colores. Hijo del campo y la naturaleza, su vida militar está encerada en seis años, que bautiza la sangre de un hermano, y consagra la suya; soldado de la libertad, cuando apenas sombreaba su labio ligero bozo; salvaje invencible, que defiende su vida entre montañas y riscos; león que se fortifica para la hora del combate; Alcides, que preludia sus gloriosos trabajos.

Tejió el cielo su destino con los de la revolución de Marzo. Cuando Carabobo lanzó el grito de que ha renegado después, el valeroso joven, levantados Los Teques y San Pedro, se avanzaba a las cercanías de la capital, y sin más ejército que ocho compañeros de fortuna, rendía el batallón *Zapadores* con sus oficiales, y seguía a la Victoria con los soldados que fueron del Dictador. Estrelláronse allí los impetuosos esfuerzos de la tiranía.

Las glorias de marzo y sus vicisitudes y tragedias, son las glorias, vicisitudes y tragedias de la vida militar de Pinto. Brilló con la luz del alba en la aurora pacífica de la Regeneración. Asombró con inmortales hazañas en los días sublimes de esa Iliada incomparable. Probó el infortunio al aparecer la mano que debía herirlo y no bajó al sepulcro sino con esta revolución querida, víctima de la misma suerte, y asido al victorioso pabellón que la representaba.

Qué vida y qué destino! Barcelona le abre sus puertas y le invoca como su salvador. Coro le saluda al frente de su hueste, hermoso de promesas y esperanzas. Ilustró el Palito con personales combates digno de Ayax y de Aquiles. Llevó la luz de su acero a los oscuros antros de Moron y Ocumare. Su espada dispersaba a los enemigos como disipa el viento las hojas secas. Dos veces con cuatrocientos hombres da paz a Barlovento; dos veces respira el Tuy a la sombra de sus laureles.

Y antes, en Coplé, él solo, a la cabeza de sus valientes, resiste largo tiempo el ímpetu de las huestes enemigas. En vano redoblan éstas sus esfuerzos, a vis-

ta del corto número que las combate; el valor multiplica a los defensores de la ley. En vano, rechazadas muchas veces, vuelven el rostro, avergonzadas de su derrota; la muerte las aguarda. Disipado el humo de la atroz contienda, divísase el heroico joven, terrible, sobre un lago de sangre, entre amontonados cadáveres, rodeado de veintisiete oficiales heridos o muertos... Era el momento para los adversarios feroces. ¿Por qué vacilan espantadas, sus homicidas falanges y huyen sobre sus caballos los nómades de Oriente? Deslumbrados por el resplandor siniestro de la fulmínea espada, dispérsanse, perdidos, por eriales y pampas y a orillas de los ríos, como si resonase a sus oídos el estridor de mil aceros.

Duerme ya en paz y descansa de las fatigas de la vida. En medio de las sangrientas fiestas, que su corazón amaba, reclinóse sobre las rosas de su sangre y cerró los ojos para siempre. Cayó como place a los hijos de la guerra: al estampido de la bala y los gritos de la pelea, en la embriaguez voluptuosa del peligro, perfumado por la pólvora, consagrado por el rayo.

Bello es morir en la primavera de los años cuando agitan el pecho sueños hermosos de ambición y gloria; antes que el desengaño hiele nuestra fe y la helada mano de la experiencia marchite nuestras ilusiones. ¿A qué la vida, cuando han caído deshojadas las flores de la esperanza? El águila que baja a visitar la tierra no se detiene largo tiempo; sacude el polvo de sus alas y sube al cielo.

Pinto no era de los que arrojan miradas tímidas a su alrededor cuando se habla en alto de la Patria. Para su generoso espíritu la previsiva cautela era una traición. A haber vivido más, ya que el ejemplo no hubiera tentado su alma, el dolor y la rabia la habría despedazado. ¿Cómo habría sufrido al ver el honor y la virtud gemir y perecer, mientras la lealtad y el crimen ríen y truenan entre el oro y la seda? ¿Qué habría dicho cuando el tirano hubiese impreso su pie sobre el encorvado cuello de un pueblo libre? ¿Cuando la adulación corte-

sana le atormentase con su falsedad estúpida? Cuando le lamiera la hipócrita envidia y le lanzara la venganza su mirada de hiena? ¿Qué habría hecho, cuando la revolución de Marzo, dulce amor y cuidado de su corazón, perecía sofocada bajo la férrea máscara de la deslealtad y la perfidia?... Descansa en el sepulcro, amigo mío...

Es para otro que recorriste la República, esforzada y terrible, exponiendo tus preciosos días que sacrificaste en flor; por otro, que ayudaste a esa prodigiosa epopeya, que va abismarse en la noche eterna del olvido; para el que nos impuso al héroe del 24 de enero, y le temió cobarde y le imploró cautivo y esperó a que le derrocasen los fuertes para sucederle; para el que dió su espada por almohada a la Patria incauta, a fin de herirla, aleve, en el sueño de la confianza, para el que une su coy de vergüenza a los caballos del Sol, para el *Padre de Venezuela*, el *Ciudadano Esclarecido*, el *sostenedor del Poder Civil.*

Oh si tú vivieras! Te habrías adelantado ya a pasos de gigante, para tomar cuenta de las ultrajadas leyes al violador inicuo. Despertaría tu voz al engañado ejército, que no se cubrió de tanta gloria sino para oscurecerla, y que parece no esperaba sino un desterrado para hacer un Dictador. "Id, les dirías con atronador acento a los que quedaran sordos a la voz del deber: habéis negociado, nuevos Judas, con la sangre de los mártires; y pues ha marchado por sobre la de vuestros compañeros el Tirano caduco, no lamer más sus pies, para que marquen bien vuestra frente abyecta".

Lealtad, honor, deber, todo yace en la abierta tumba. En ella, al lado del guerrero, es preciso, amigos, que hagamos lugar a una joven hermosa, víctima, como él, de temprano destino. Los dos platicarán en la noche sobre sus burladas esperanzas. Yo le desciño la corona de laurel, señores; la marchitó la traición; la de rosas sienta mejor sobre su frente pálida! Ahí, ahí estás bien, oh, virgen de marzo, nacida para breves días de gloria

y angustia. Ambos fuísteis segados en la flor de la vida, aún no maduros para el sepulcro. Dormid allá, soñad sueños de ventura en el alegre país de lo pasado, donde es verde la esperanza y la virtud no es un vano sonido y resucitan los muertos y brillan las blancas flores de la fidelidad y el honor. El sol se ha enfriado desde el día de vuestra partida; las rosas han perdido su perfume; la vida su juventud. Las mismas guirnaldas de laurel, que tejió la mano de la Victoria, cuelgan, convertidas, en coronas de ciprés, sobre la tumba de un pueblo. Y sí a vuestros pies, Muertos queridos, cabe un corazón que fallece de dolor y decepciones,—yo se que el sepulcro repara todos los males—guardadle un puésto, que ya voy...

(De la *Revista Literaria*, páginas 417 y siguientes.—Caracas, setiembre 12 de 1865).



## FRAGMENTOS DE UNA MESENIANA

### I

POETA.—¿Por qué deseáis, amigos, que vuelva al antiguo canto, y pedís sentimientos, imágenes, un eco de sus pasados sones, a mi helado corazón? Ya no se cubre de alegres flores mi fantasía: huyó aquel enjambre de quimeras que revoloteaban sobre mi frente y la acariciaban con sus alas. Esta encarnizada tensión del espíritu todas las horas del día sobre objetos reales, le han profanado completamente; y la ambrosía que gustó sólo ha servido para hacer este ajenjo más amargo. Mi vida se ha estrechado! Cuántas lágrimas corrosivas corren de mis ojos sobre la triste realidad!

AMIGOS.—La imaginación duerme, pero no muere: en sus abismos sin fondo guarda el mar sus tesoros: la esperanza es la primavera del alma, no esperas?

POETA.—Ah! si la esperanza extendiese de nuevo su risueña verdura sobre mis ilusiones extinguidas! Yo lo sé; las melodías de la santa poesía volvieran a mi alma, como esas aves que pasado el invierno, vuelven solícitas a su nido antiguo.

AMIGOS.—Dínos, ¿y la gloria? ¿y el amor?

POETA.—Esos nombres no resuenan en mi oído por primera vez. ¡Como que acompañaron mi infancia feliz y mi juventud! Sí, lo recuerdo bien: huyeron también traidores como mis otras ilusiones... Eran dos coro-

nas, amigos míos, pendientes del árbol encantado de mi vida: pensé que riendo, jugando, las tomaría al extender la mano: la fresca corona de laurel, que las musas tejen, y la corona de rosas del amor....

La corona de laurel! Me pidieron por ella obras originales, poderosas; y gracias que el esclavo pueda cargar con su cadena!

La del amor! Vosotros no comprenderíais mi pesar: puse la corona de rosas sobre mi cabeza, y creí religiosamente que había encadenado la felicidad; espinas brotaron bajo las rosas, y de las heridas profundas, sangre a torrentes....

Sólo una corona divisan ya mis ojos, triste y de severa belleza: nadie me la envidia, porque es la corona fúnebre de la muerte.

AMIGOS.—Pero hay algo que animará siempre tu espíritu inflamable, la patria, la justicia, la libertad. Por qué no entonas, nuevo Tirteo, animosos himnos en su alabanza? Mézclese tu musa al combate, vista el fiero casco de la guerra...

POETA.—Dejad dormir el canto sobre la abandonada lira. Guardad silencio a esos mártires que reposan sobre las rosas de su sangre... Ved si hay urnas... Silencio! Paz! La Patria se asemeja a aquella princesa encantada por un genio, de que hablan las crónicas de Oriente. Los padres alistaron a sus vasallos, el estruendo de la guerra sonó sobre el raptor; pero en la noche, las lágrimas de la infeliz bañaban los cabellos de los guerreros y sonaba tristísima su voz:—"Paz, padres míos, que vuestros combates prolongan mi esclavitud; escrito está que no romperé el encanto hasta que, dormido el opresor, recobre yo las fuerzas que me han arrebatado vuestros locos furores".

AMIGOS.—Pues bien, arma el fuerte brazo con el cruel azote de la sátira; y suene su chasquido sobre el cobarde, el peculador soez, el egoísta. Mientras coronados de baldones, sufren los hombres generosos y valientes, comen ellos el pan que se les arroja, y ríen indife-

rentes, o ayudan al ultraje, gritando *crucifige* sobre el infeliz.

Poeta.—Más que la sátira que desenmascara, merecieran esos la conciencia que han perdido de su vileza. Que los cobardes se envuelvan en la mortaja de su oprobio! Contempladlos!... les va tan bien!... El egoísta es el fariseo político; se gloría de su crimen como de su prudencia. "Las piedras lloran a veces su estado, dice un poeta, y es fama entre ellas que un dios va a convertirse en piedra para libertarlas de su dureza". ¿Qué esperanza hay, pues, para los egoístas? ¿Qué dios querría convertirse en uno de ellos?

No creáis lo que acabo de deciros.... Libertad! Gloria! Patria! Una interminable risa es el eco de esos nombres en el corazón! Jah! jah! jah! Gloria! Patria! Libertad! ¡Dioses crueles que alimentan sus aras con sacrificios y la vida del ciudadano, por un poco de ruido, de gusto clásico, que llaman honor! Las manos, mis amigos! y tejamos graciosas danzas ante el altar siempre coronado de siemprevivas del poder. Aspirar sus auras y merecer sus favores es la más bella ambición de la hidalga juventud. El hombre de corazón sombrío perezca enhorabuena en los juegos sangrientos de la guerra. Pero ¿a qué estos bárbaros combates con el hijo perfumado de Venus, dulce embeleso de su madre, soldado valeroso en las lides más nobles del amor? En la cumbre a que yo no alcanzaré de vuestra elevación, no me olvidéis, jóvenes patriotas, y arrojadme una miaja del pan que va a nutriros... Jah! jah!...

Quiero saber qué veneno basta para envilecer un corazón.

Amigos.—Tú amas la naturaleza, cántala; canta al cielo y sus nubes y a la tierra, ese viejo niño que el sol nutre con la leche de sus rayos y a las flores amorosas que lanzan de su seno y a las florestas sonoras, verdes palacios de las aves. Pero, háblanos más bien de tus propias sensaciones; y, pues el entusiasmo animó tus ojos, coloreó tu frente, hizo que tu mano buscara el extendi-

do pecho, dinos lo que agitaba tu corazón, cuando a la luz de tus bujías, a la más hermosa luz de los ojos de la hermosura, y halagado tu oído por ecos melodiosos, soñabas y gozabas tan profundamente.

II

. . . . . . . . . . . . . . .

Poeta.—Pasad, pasad, visiones, con esas miradas de hada con que engañáis mi corazón... Amigos.... ¿Véis esas lágrimas que pasan, lágrimas con vida, y esos suspiros sin voz? ¿Esos pensamientos desnudos, esas alma en busca de un cuerpo por sobre el negro limo del mundo?... Pasad, pasad, visiones...

Esos rasgos encantadores han fatigado día y noche mi pensamiento. Esa figura de peregrina gracia ningún estatuario la soñó! Delineóla un ángel con el perfume de una rosa! ¿Qué griego habría podido imaginar sus ojos, comprenderlos siquiera? Amigos, yo los ví, yo he comprendido esas románticas estrellas, cuyos fuegos mágicos alumbran esa belleza antigua. Una sonrisa de felicidad indecible flotaba sobre sus labios. Ella entró con victoriosa seguridad: cada paso parecía una sonata de timbales y trompetas. Qué magnificencia de formas! Qué prodigalidad de gracias! Hé aquí una hermosura a quien la Grecia habría erigido altares...

. . . . . . . . . . . . . . .

Pero ¿qué voz de inefable dulzura hiere mi oído y arrebata mi espíritu a los espacios infinitos de lo ideal?

En la *Norma*, Cecilia, (1) tú me diste un trago tan copioso del cáliz de la armonía, que aún suspiro y canto embriagado con tu acento.

---

(1) Prima donna alemana de una Compañía de Opera italiana que visitó a Caracas.

Tu voz es tan pura, tan inmaterial, que cruza el alma con un rayo de luna, consolándola como una promesa, extasiándola como una inspiración.

Díme, dónde has hallado esos sonidos? ¿Recogiste por ventura las dulcísimas notas de Malvina perdidas sobre las rocas de Morven? Hija de Germania, ¿aprendiste del pagano Goethe el idioma de las fuentes, de los ríos, de los mares, de su naturaleza Dios, sobre las alturas de Brochen, teatro de la noche segunda de Walpurgis? ¿O eres la sombra poética, espiritual, de la hija más bella del corazón de Schiller, la ingenua, la sublime Tecla? ¿Has escuchado en la noche el canto de las estrellas y las flores, y los adioses de las nubes cuando abandonan, al amanecer, las cabañas de tu país? Por eso después de oirte, hasta la voz tan dulce siempre: *yo te amo!* será ronca y árida para el oído.

Tú no pudiste representar completamente a Norma. Hay algo tan casto, tan virginal sobre tu frente de nieve, que mal podrías remedar la marchita frente de la sacerdotisa druída. Yo había conocido bien que bajo esas miradas de *Madona* y esa sonrisa angelical, tú tienes un corazón de hielo que vive de los ecos que nacen de tu garganta, se arrullan y vuelan, prisma tu dulce voz de ruídos melancólicos, alegres, voluptuosos, fugitivos, ligero soplo aéreo, iris de sonidos que embriagan y enloquecen... sin conciencia, confiésalo, de tu misterioso poder como el sol lo está de su esplendor.

Canta, Música, canta, que el universo entero te acompaña.

El águila canta, pero satisfecha con la fiera armonía de su alma, no canta sino para el sol.

Las esferas cantan, y es al són armonioso de sus liras que danzan al rededor de sus soles, y despiertan las flores en los valles y melodías misteriosas en los bosques.

Y el ruiseñor también canta, pero su canto único es para la purpurina rosa: la rodea con su amoroso vue-

lo, se precipita ardiente sobre sus espinas, se desmaya... y canta. (1)

Tu voz, Cecilia, es también aguda como el dolor; heriría como una espada sin aquellos bajos suavísimos, tan tiernos aún cuando expresan la ira, lechos de suspiros y notas melancólicas donde se adormece el alma.

Nunca Bellini, *el divino maestro,* helios del mundo, tuvo un intérprete más digno. Tú expresas sus armonías, sus relámpagos vibradores, sus sueños centelleantes, esas mariposas de melodía que giran y estampan divinos besos en el alma. ¿Por qué el Señor no le dió ese acento al aura, a los árboles que el viento agita, al Anauco que corre pensativo con sus guijarros?

Pienso a veces que eres una creación de mi fantasía. ¿Serás, dímelo, el suspiro de algún alma, el sueño de algún corazón? Cuando cantas, ¿no eres la onda del Rhin que gime? ¿O eres una sombra cubierta hasta los piés por nuestros largos deseos?

Cecilia: anoche el cielo era de un azul puro y las estrellas dejaban sorprender sus misterios. Yo leí tu horóscopo. Estaba en una ciudad inmensa. El pueblo más brillante del universo parecía no tener sino un corazón para sentir las melodías de una voz: un nombre resonaba entre aplausos, se grababa por el bronce y corría en hojas infinitas sobre la tierra... Damas y caballeros en el delirio de su entusiasmo tiran de su carro; una lluvia de flores cae sobre su cabeza y ante sus pasos!.... Entonces, Cecilia! envíame una rosa de las que se hayan enredado en tus cabellos... para que exhale su resto de perfume en mi sepulcro.

(De la *Revista Literaria,* págs. 423 y siguientes).



(1) Hoffman, "Amores de la Rosa y el Ruiseñor".

## ECO DE LAS BOVEDAS

### I

Solo, Dios mío, con una espada al cuello, yo vago y lloro en tus caminos. Nunca del árbol de mi vida colgaron flores, y áloe y mirra destilaron solamente sus tallos heridos. Como el pájaro implume bajo el ala de la madre, yo no hallé otro regazo que tu providencia, en mi infancia sin madre, en mi adolescencia abandonada, en mi juventud sin amores.

El dolor ha sido el pan de mis días y el sueño de mis noches! Y yo había nacido indolente, distraído, alegre, ligero como la hoja que arroja el viento, libre como el aire de la montaña.

Tú me llamaste, Señor; ¿cómo resistir a tu imperioso reclamo? Blanqueaste mi primer bozo en milagrosa señal del dón con que me favorecías, la experiencia de los años y la visión del porvenir. Fortificaste mi pecho contra el peligro; lo cubriste con la cruz de tus guerreros; me diste tu arco y tu honda, y el amor de los combates y el menosprecio de la muerte.

Yo he sentido escaparse de mis labios atónitos sonidos extraños que espantaban como el trueno y herían como el acero. Para enmudecerme, los enemigos de tu justicia me han arrojado entre cadenas, creyéndose seguros, porque no veían la mano que escribía en la noche sobre sus paredes. Están juzgados. ¡Ay! Esos que se agitan convulsivos, son fantasmas que remedan las forma de la vida, sombras que van a desvanecerse entre los sueños de la victoria.

Héme aquí, Señor, lejos del combate, al recobrar las fuerzas, resignado y sereno entre los hierros de tus enemigos. Prolonga estos días de preparación. Déjame que adore y que bendiga tu nombre en el solitario apartamiento.

No está bien la calma en medio de la guerra, ni sienta bien el ocio al soldado de mi justicia. ¿No tienes la eternidad para descansar? ¡Ea! Yo te armaré de mi fuerza. Ve y habla a los tiranos y a los pueblos. Díles que la hora de mi justicia se acerca y que has visto a los buitres dar gritos y mecerse sobre sus cuerpos. Ay! de quien se adormece en la soledad y la quietud! Ay! del obrero perezoso y cobarde que reposa antes de la hora y se retira y se sienta a la sombra, mientras sus hermanos se fatigan bajo el sol!

Señor, yo iré y les hablaré en tu nombre, y les contaré lo que me has revelado en tus santas visiones; pero ellos no me escucharán y riéndose y agitando la cabeza dirán de mí: *In furorem versus est.*

Pero los buenos te escucharán y tus palabras que desdeñan los malos, se estamparán sobre su corazón con caracteres de fuego. Ellas serán para los tiranos que te persiguen, espectros que los visiten en sus noches sin sueño y los toquen como manos de muerto y los llenen de frío pavor.

Un momento más, Señor, y voy a obedecerte.

Anda: la hoz está al pie del árbol; es preciso que nada los excuse en mi día que llega.

## II

Pater noster qui es in cœlis.

MATH.—6. 5.

Tu siervo está pronto, Dios mío.

Pero ¿qué es la misión que me das, sin la fuerza necesaria para cumplirla? Sin esta virtud de lo alto, todo esfuerzo es vano, toda palabra estéril.

Permíteme que implore tu nombre con las palabras que me enseñaste:

"Padre nuestro que estás en los cielos, que sea santificado tu nombre".

"Que tu reino llegue y sea cumplida tu voluntad en cielos y tierra".

"Danos hoy el pan material y el pan espiritual del alma".

"Remítenos nuestras deudas, como nosotros remitimos las suyas a nuestros deudores".

"No nos sometas a la prueba de la tentación; más líbranos del malo".

Así sea.

## III

Non est enim mortus... Sed dormit.

MATH., cap. VI. v. 34.

Ephpheta.

MAR. cap. VIII, v. 34.

Era la noche. Tinieblas espesas, palpables, envolvían mi lecho, como un vapor impuro, sofocante.

Profundo silencio: ni el ruido del viento que agitaba el cercano mar, ni el del cáncer marino que penetra y araña las salobres grietas. Sólo a veces percibía el són monótono de la onda que venía a estrellarse contra la roca.

Perdido yo en una región vaga que no era la vigilia ni el sueño, ni tenía conciencia de mi ser, ni reposaba tranquilo, sobresaltado, inquieto, entre sombrías visiones.

De improviso me pareció que un espíritu me arrebataba a través del guardado peñasco; y por entre áridos valles, hondos abismos y escarpadas cimas, me llevaba a la cumbre de un monte, a cuyos pies yacía una vasta llanura circuída de ríos.

Alzábanse de ella, como de un mar emponzoñado e inmoble, exhalaciones corrompidas y fétidas. Un cielo ardiente y sin estrellas la cubría como un techo de plomo. Y brotaba de su seno olor de sangre y aliento de muerte.

El espíritu de Dios la contempló largo tiempo con una mirada fija, que parecía más bien de dolor y piedad que de cólera; y ante las vanas pasiones de esperanza y temor que me hizo ver bajo espantosas figuras, y el cobarde egoísmo y la tímida duda y la bajeza de sentimientos, que son los signos de la muerte de un pueblo, él decía:

"Eso que ves, polvo de hombres, tumba llena de podredumbre y huesos, fué una nación en otro tiempo".

"Vedla. Ninguna aspiración noble, ninguna creencia, ningún pensamiento común, ningún amor. Todo ha muerto en ella; todo lo ha perdido, hasta el instinto de la conservación".

"A tal abismo llegan los pueblos en que se ha extinguido la vida del espíritu; en que el sacrificio es odioso y los apetitos mandan y se ha olvidado el deber y la justicia".

"Busca ahí una huella siquiera del sentimiento de sí mismo, de dignidad, de honor, de vuelo generoso, de lo que hace que la muerte sea la vida y la inmortalidad".

"El se entregó al genio de la bajeza; yo le entregué al látigo de un amo".

"Para anticiparse la paz, que yo le preparaba con la abundancia, invocó la servidumbre; y se ha consumido al sol de las revueltas, flaco bajo la vara de su tirano, destinado a servir de ofrenda a sus contrarios por su ingrata cobardía".

"Mírale y díme si hay en él algo del hombre".

"Se mueve... bulle; como se mueve el cieno que fermenta, como bulle el gusano...

. . . . . . . . . . . . . . .

El espíritu se detuvo un momento y continuó.

"Y yo lo había plantado como una viña sobre fértil collado para que fuera el amor y la gala del cielo y tierra; y yo lo había plantado como cedro del Líbano, hermoso en ramas, frondoso en hojas, de grande altura y extendida copa".

"Que más debía hacer con él y no lo hice? El día de sus peligros, cuando la esperanza había huído de su corazón, yo embracé mi escudo y armé mi diestra en su defensa. El fuego de mi espada espantó a sus enemigos y el fragor de mi trueno los dispersó en las soledades".

"Eh! Inutilizó mis prodigios y desdeñó mi protección! Su ceguedad exhumó el ídolo que había derribado mi justicia, y cubriendo de oro y seda sus manchas de homicida y adúltero, le colocó sobre mi trono, implorando al monstruo como al Dios del amor y de la paz. Mi menosprecio le había arrojado en un sentina de vicios a fin de que colmase la medida de sus iniquidades; y él para colmo de su vergüenza, le hizo *Señor de la vida y de la muerte*".

"Sobre la cloaca moral en que se amontonan y fermentan las heces impuras de la humanidad, las conciencias corrompidas, las almas bajas, flotan como espuma ante mi cólera, las miserias de ese pueblo"...

El espíritu se cubrió con sus alas, como si llorase, y mirando de nuevo la ciudad difunta, exclamó:

"*Ah! cuántas veces quise reunir sus hijos, como el ave reune sus polluelos, y ella no lo quiso!*

"¿La fuerza es superior a la conciencia? ¿Se destruye por ventura el deber? ¿La iniquidad prescribe? ¡Qué son las cadenas sino un poco de hierro que el León lima con sus dientes! La abyección de las naciones es el poder de los tiranos.

"Probaré otra vez a dar vida a ese Lázaro. Huya el espíritu de confusión y vértigo que le envié".

"Y luégo, animando sus labios una sonrisa desconocida a los hombres: "Despertad, huesos áridos! gritó tres veces. Yo quise romperos, como una vasija inútil

y os vivificó mi amor. Renunciad a las abominaciones de la idolatría, y arrojad al Cedrón el ídolo inmundo. *Ella duerme. Ephpheta. Abríos"*....

. . . . . . . . . . . . .

¿Cuándo se oirá, pues, ¡oh Señor! el canto de tu victoria?

"En los bellos días del pueblo de Dios, ultrajado un Levita del valle de Sichon en el honor y vida de una esposa amada, con mano firme la dividió en pedazos a fin de distribuirlos entre las once tribus. Todos concurrieron a este trágico llamamiento desde Dan hasta Betsabee y des Galaad hasta Maspha y todos juraron el castigo de los hijos culpables de Benjamín. Si los de Jabes de Galand, de la tribu de Manasses, por fingido amor a la unión abandonaron la causa de sus hermanos, ellos sufrieron la pena del perjurio y la deserción".

"¡Que estos veinte puñados de ceniza que arrojo al viento, vayan a excitar a las veinte hijas de la patria, a la venganza de la justicia y al castigo del traidor!" (1)

(De la *Revista Literaria*, págs. 280-284 y 298-300).



(1) *Nota del compilador:* Alude Juan Vicente González en el "Eco de las Bóvedas" a la prisión a que fué sometido durante la Dictadura de Páez en 1862. Respecto a los motivos de esa prisión y su animadversión a Páez y Rojas véase la "Historia de la Revolución Federal" por el Dr. Lisandro Alvarado. El Dr. Alvarado es hasta ahora quien con mayor penetración y certeza ha juzgado a González como periodista político.

# EL TROVADOR

....Demissorum.. tempus....
hominum....

Juv.

Vivir quiero conmigo.

Fr. Luis de León.

En noche tan oscura, cuando la tempestad brama en el bosque, ¿quién hace estremecer las puertas del castillo? ¿Quién a estas horas vaga en busca de un asilo? Es un trovador sorprendido por la noche y la tormenta. Que éntre el poeta, grita el caballero; y las damas y donceles se adelantan presurosos a recibirlo.

—¡Buenas noches, valientes caballeros, nobles damas! ¿Qué hada me ha transportado de repente a este palacio de las huríes? ¿Qué cielo es este tachonado de las más hermosas estrellas?

—Canta, trovador, dice el castellano: estas damas admirarán tus cantos y de castillo en castillo resonará tu nombre; tú sabes mil historias de amor y de caballería; dinos, si quieres, las aventuras del que va a Palestina y muere en brazos de la Condesa de Trípoli; o cuéntanos los desdichados amores de Cucy, los devaneos de Rudel; o bien, repítenos los heroicos cantos de Beltrán, si no prefieres entonar una triste Lais sobre tu

propio corazón y tu destino. ¿Quién no ha llorado sobre tus desgracias?—El trovador pensó un instante y suspiró; el entusiasmo agita su pecho y la voz del canto baja a sus labios:

"Traedme, oh amor! un soplo de mis juveniles años para animar los conceptos de un corazón ya tibio! Los días pasados de entusiasmo y esperanza fueron como las flores. ¿Qué queda en mi alma sino el perfume que libé en su cáliz? ¡Y aún danzáis a mi alrededor desnudas, fugitivas, lindas, imágenes de mis pasados sueños! ¡Huid, infieles, que me basta vuestra memoria, este sello que estampásteis beso a beso sobre mi corazón! Aires de la juventud! el movimiento de vuestras alas aún despierta en mi seno un ardor silencioso. ¡Cómo latía ardiente, desesperado, el mágico vislumbrar de la hermosura! Tras la breve e imperceptible huella, por entre el peligro ondeante de la seda, mis ojos volaban como tras de una exhalación misteriosa y fugaz que va a perderse entre el oro y las rosas de la aurora; había desaparecido ya y mi alma se iluminaba con el divino crepúsculo; la imaginación, verdad pura, me había llevado a una esencia de amor, encarnada en el velo de la poesía. Era la primera edad de mi razón. *Traedme, oh amor! un soplo de mis juveniles años para animar los conceptos de un corazón ya tibio!*

El tiempo maduró mis ilusiones: desdeñando la realidad, mi espíritu se lanzó en la región inmensa de las quimeras. ¿Habéis visto sobre los picos de las montañas que se alzan en los aires, girar, en dorada aureola, las nubes, hijas del cielo? Así proseguía, lejos del mundo, mi carrera solitaria, al través de mil esferas que iluminaban mi corazón. ¡Días únicos de felicidad! La naturaleza, ninfa seductora y gallarda, me hablaba en su divino lenguaje; ella comprendió mis quejas y dió suspiros a mi amor; el árbol agitó su copa para saludarme; la rosa me contó la brevedad de su vida; la fuente suspira por mí, huyendo, y la luna me sigue con sus embriagadoras miradas. Oh sueño delicioso! visión ligera!

meteoro de brillantes colores! Mujer! un cetro en la mano, tu enseñoreas nuestra alma; te despliegas a nuestro ojos húmedos, bella como una tarde voluptuosa del Ganges, imponiendo al corazón temor y esperanza; nos alumbras con tus brillantes ojos, nos enredas en tu rizada cabellera, y, ebrios, respiramos tu voluptuoso aliento. ¿Quién arrancó de mi seno desangrado esta imagen que adoraba, para entregarla a la tumba de la realidad? ¿Quién desdeñó mi llanto y me robó esta hija del aura y del amor, creada en mis sueños, nutrida con mi corazón, hermoseada por mi fantasía? Un iris mágico, flexible en su belleza, variado en su armonía, era mi sol entonces; pero el iris no se dibuja sino sobre la nube; borró su matices el desengaño cruel y la nube apareció amenazante, sombría. Por desgracia los cuidados buscaban un asilo solitario y lúgubre y entraron en mi corazón... ¡Rompióse para siempre el prisma con que contemplaba la naturaleza! Ilusos! felices de hoy! Bebed la gota de miel: también yo estuve en Arcadia! Había pasado otra edad de mi razón. *Traedme, oh Amor! un soplo de mis juveniles años para animar los conceptos de un corazón ya tibio!*

Cuando huye la galana primavera, quedan, aunque marchitas, las flores que produjo; cuando dejan de resonar en el templo los sagrados conciertos, aún vaga el eco por las bóvedas; mis horas de arrobamiento y delirio habían pasado, pero mi alma vivía de sus recuerdos; templada por el fuego más ardiente del amor, ella repetía sonora hasta el lejano acento que la hiriese; y por eso retumbó tantas veces con los sagrados nombres de gloria y libertad. ¡Otras encantadoras mentiras del corazón! Otros delirios de edad más adelantada!... Y tú, amistad, si eres también una quimera, acompáñame hasta el sepulcro! ¿Sabéis, oh damas! lo que es la amistad de la mujer en el seno del trovador? Quitad al amor el deseo, al sentimiento la embriaguez, ese ojo que ve, esa mano que toca; unid la contemplación al respeto, a la ternura la paz, y ese ángel que mira al cielo, es

la amistad de la mujer; ella no ostenta, como la rosa, un seno perfumado, ni seduce con su afectado recato y la dulce langidez de su melancolía; es una violeta púdica, ignorada de sí misma, que ama con un amor de violenta. Decidme, amigas de aquellos felices días: cuando vuestra voz sonaba a mis oídos, como lejana música, y en vuestros ojos plácidos y modestos buscaba el sentimiento de la amistad, ¿no robé al amor la mitad más preciosa de su imperio? Adiós, adiós, amigas! mi espíritu adora, hasta perderse en el espacio, el ligero eco que repite vuestros nombres. La ola, quebrantándose en la playa, grita: "Yo no traspasaré este límite!"; el tiempo sacude sus rápidas alas sobre mi pecho y exclama: "No borraré jamás esa memoria!" Demos dignidad a estos sentimientos, alma mía, pues pasa el amor y la fe jurada, perfumemos y cubramos de flores esta reliquia de la Ilión de nuestra existencia! *Traedme, oh Amor! un soplo de mis juveniles años para animar los conceptos de un corazón ya tibio!*

¿Quién me llevara a Oriente y me diera respirar el aire puro de los patriarcas, al pie del terebinto, bajo la fresca sombra de los sicomoros? Ve, musa mía, a refrescarte en los oasis, a empaparte en el amor y el canto, en la deliciosas fuentes de Chisa. Para huir a esta realidad que me atormenta, soldado de Cristo, ¿por qué no me conduces en las alas del canto a la sagrada Sólima, al lado de los héroes que pelean por su Dios? ¿O en lo alto de las montañas, sustancia con la naturaleza, por qué no me hace comprender sus fuerzas, el sentimiento de la eterna luz, la belleza infinita? Ah! no, juguete de la tempestad, siempre al través de la extensión inmensa y de las ondas agitadas, mi anhelo es vivir lejos del mundo, sin linaje alguno de ambición, sólo conmigo mismo. ¡ Felice, pues rompo con él sin odio, guardando en mi corazón un amigo que me consuele de las pasiones de los hombres! Sólo quiero de mi primera edad la ternura, la admiración, el sentimiento de lo bello y de lo grande... y las lágrimas de la piedad; porque vos-

otras, lágrimas, sois el lente tras el cual se ve el universo hermoso y sublime".

El trovador calló: estrepitosos aplausos no celebraron su canto; pero lágrimas bañaban las sonrosadas mejillas de las damas, y el caballero mandó a servirle en una copa de oro un vino delicioso: al apurarle, gritó el poeta: "Porque se realicen todos los bellos sueños de los corazones generosos"!

(De la *"Biblioteca de escritores venezolanos"*).



## ADIOS

Amica, addio.
Il pastor fido.

GUARINI.

Cuando presiento que no habré de veros más, triste, con la pluma en la mano, deseara de cuanto piensa el alma y siente el corazón, condensar una idea digna, que llevárais por todas partes como un diamante, en memoria de mi amistad!

Al dirigiros este adiós, amiga mía, lo dirijo a vuestra familia entera, de quien sois la más fiel e ideal expresión, porque nombraros es nombrar a los vuestros, de cuyos amor vivís; y vuestro nombre debe ser un nombre de familia que se perpetúe para recuerdo de cuanto hay de bello y hermoso sobre la tierra. La rosa pende de su tallo y juntos deben recibir mi homenaje.

Las almas vulgares gritarán: ¿Por qué llora este insensato a los que no se acordarán de él? ¿Por qué siente, como poeta, la belleza del genio, en el país del egoísmo? ¿Por qué se enajena al celebrar esas brillantes mentiras, el talento y la virtud? Dejadme con mis locuras, buenos amigos! ¿Desde cuando no sentir o ser ciego fué motivo de aplaudirse? Dejadme decir un adiós!

Os váis, adiós! Lazos que en mi ilusión, sólo en mi ilusión sin duda, osé etrechar, van a romperse. Na-

da dura siempre bajo la insconstante luna: cuanto habita con nosotros, florece y se marchita pronto. Partís: veréis otras flores, oiréis otros pájaros que no harán resonar los cantos de vuestra patria, tendréis también otros amigos... que os amarán tanto. Soñaba que sería muy doloroso dejar el país en que se nació: el sol pasa más allá del mar y de la tierra; la ola no queda en la ribera solitaria; las tempestades atraviesan el espacio, y yo decía: El hombre sólo no ha nacido para vagar: feliz en la tierra de sus padres, su familia y amigos encierran su cariño, y no aspira sino a vivir tranquilo y dejar sus restos, en los sitios queridos que habitó, donde los rieguen con lágrimas los que le amaron. Adiós!

Sois una flor dulce, bella y pura; no sé por qué al miraros, se apodera la melancolía de mi corazón. En mi arrebato quisiera poner mis manos sobre vuestra frente y consagraros a la dicha, rogando al cielo os conserve siempre dulce, bella y pura. Adiós!

Cuando la tarde venga, que los últimos rayos del sol se despidan en el ocaso, triste, pensativo, volveré mis inciertos pasos a los lugares que dejáis. Otra voz que no la vuestra me responderá; tal vez me dirija a extraña fisonomía para suplicarle no deje ir adentro a meditar y llorar, a *buscar lágrimas y recuerdos.* A la claridad de la luna que se mece en el espacio, contemplaré los árboles que plantaron vuestras manos, el copado pino, el sauce soñador y tantas flores que fueron vuestras amigas. Ay! sobre su faz marchita ya se notará la ausencia de vuestra mano; el aire agitará suavemente los árboles que responderán suspirando; las rosas se dirán al oído cuentos melancólicos, mientras la gemidora paloma olvidará su nido por ir en pos del amoroso reclamo, que no ha de oir más. Acaso me figure vuestra ondeante vestidura en la sombra de algún árbol y crea escuchar vuestra voz en el sonido dulce del apacible Guaire. Adiós!

Alegres en tanto a las orillas del Hudson, jugaréis placenteras, olvidadas de los que lloran. También iré

yo, y no tarde, a un país muy lejano, donde hay más bellos astros, aires frescos y ligeros, perfumes, sonidos armoniosos, ríos corrientes de alegría, coros alegres de ángeles. Cuando mis párpados se cierren para siempre, yo lo sé, una más dulce vendrá a anunciarme un día que no tendrá fin... donde se ven para no separarse nunca los amigos. Adiós!

Sí, dulce amiga, cuando baje a la tumba oscura, yo iré lentamente a deciros mi adiós, a ese país helado que preferís. Pensad, señora, que soy yo quien os habla, cuando oigáis una voz que os diga: "No me olvidéis!". Al escucharla, os parecerá el ruido del viento y no haréis caso; volveréis a oirla y exclamaréis: "Es un gemido!... ¿Será la voz de la alondra que se queja?" Después no me oiréis más. Adiós! Adiós!

(De la *Biblioteca de escritores venezolanos* por José M. Rojas.—Caracas, 1875).



# II

# EL CRITICO

MÁS *que por cualquiera apostilla erudita que nada le enseñaría, se puede dar cuenta el lector del concepto de Juan Vicente González sobre la Crítica, de la misión educadora y la finalidad ética que le asignaba en democracias en gestación como las nuestras, de la tolerancia que al mismo tiempo le exigía, por los siguientes pensamientos:*

El arte y la educación.—"*No es indiferente a la formación del ciudadano y del patriota una educación cuidadosa que fije los buenos principios literarios. Las buenas costumbres en un pueblo civilizado dependen del buen gusto más de lo que se piensa. Y como el espíritu obra incesantemente sobre el corazón, es difícil que las vías de éste sean rectas cuando las del espíritu son tortuosas. El que ama la falsedad no está muy lejos de amar el vicio; el que es insensible a la belleza puede muy bien desconocer la virtud.*

. . . . . . . . . . . . . . . . .

¿Cómo debe hacerse la crítica?—"*Es preciso abandonar la pequeña y fácil crítica de los defectos, por la grande y difícil crítica de las bellezas. Deseando corregir al autor, se irrita y se obstina en los defectos o bien se desanima, verdadera desgracia si el que empezaba tenía talento. Hay defectos por otra parte que son inherentes a bellezas, y que forman las naturaleza y en algún modo la constitución de ciertos espíritus.*

. . . . . . . . . . . . . . . . .

El arte y el medio.—"*Notaba ha poco un crítico espiritual, comentando una frase de José de Maistre que las sociedades tienen siempre la literatura que merecen; a lo que podría aña-*

*dirse que una literatura agrada siempre en la sociedad que representa".*

. . . . . . . . . . . . . . . .

El Romanticismo.—*"En esos días al salirse el espíritu literario de sus verdaderos caminos, para complacerse en su omnipotencia y entregarse a sus caprichos tendía al menos hacia grandes cosas. Aspiraba a intervenir dictatorialmente en el gobierno de las sociedades futuras, a crear un tipo de soberbio individualismo, que debería dominar repúblicas e imperios. Hubo presunción en estos sueños romanescos, hubo orgullo, demencia, hubo el ridículo y peligros de toda especie; pero no había abatimiento, los hombres eran insensatos, no viles!*

Después del Romanticismo.—*"El vacío ha sucedido por todas partes. Burlado el espíritu literario en sus aspiraciones quiméricas y condenado a sufrir la reacción del buen sentido y de las ideas positivas, humillado, irritado por la adversidad, no convertido, sigue la marcha lógica de los poderes que se debilitan, exagerándose y que se precipitan al extremo contrario, creyendo suplir lo que les falta por la estéril ostentación de sus abusos y caprichos. Hélè hoy exagerado en lo que es bajo como se había exagerado en lo que es alto".*

. . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . .



## LAS LETRAS EN 1865

Al oirnos hablar del espíritu literario, se nos preguntará si creemos exista en Venezuela, si conocemos obras que lo expresen y cuáles son su carácter y sus tendencias. La literatura nació un día entre nosotros y sin las agitaciones y revueltas ¡ay! que han consumido al país, tendríamos acaso una, ingeniosa, noble, fruto espontáneo de nuestra civilización y nuestro clima. Pero si las letras son el lujo de las sociedades avanzadas en cultura, mal puede encontrarse entre nosotros, sin ocio para escribir, inspirados por pasiones momentáneas, distraídos por el ruido de las catástrofes, tristes con lo presente, temerosos del porvenir. Los talentos vienen como siempre, el sol todos los años enciende las imaginaciones: a cada primavera, sobre el árbol que destrozó el rayo, sobre el cauce desecado, depositan nuestros jóvenes sus verdes nidos donde adormecen sus sueños, sus ilusiones y esperanzas. Nada les falta, ni el talento, ni la emoción, ni la frescura, ni la gracia; pero la flores allí ocultas se marchitan sin abrir, sin que una mano las coja, sin que pueda señalar nadie sus colores y perfumes. Primero es saber, y el estudio es impopular; las Musas no despliegan sus alas sino a los ecos de la gloria, y nuestra gloria pasó. La pluma cae de las manos del historiador, y lo bello, lo sublime, lo ideal, huyen espantados ante la realidad mezquina. Co-

mo en el Elíseo de Virgilio los ojos entreven sombras divinas que el corazón no puede estrechar.

Al hablar del espíritu literario nos referimos al que se extiende por el mundo y nos viene de Europa, no en las producciones elevadas de la alta literatura, sino en la corriente fangosa de novelas, comedias, únicos libros que nutren nuestra juventud, envenenándola: obras que extinguen toda inspiración superior y divina para lisonjear cuanto hay de sensual y bajo en nuestro ser, nacidas de una fuente impura y que pertenecen a una serie de ideas inferiores y corruptoras.

Pero el mál no existe sin honrosas excepciones; vénse paladines intrépidos caer duramente sobre los enemigos del buen sentido y de la moral, y con la música de Verdi a la cabeza, continuar su cruzada en provecho de la verdad. Tal vez la literatura recobre su alto puésto. En cuanto a nosotros, persuadidos de que el pesimismo es esencialmente estéril y de que a nadie persuade la violencia, esperamos y convidamos a esperar; cómplices de todas las imaginaciones en el mal que se les señala, si se les representa sin remedio, sin bien alguno que lo mitigue, revelaríanse contra la desesperante anatema, y el rigor de la censura comprometería la autoridad.

Debemos comenzar investigando hacia qué lado se inclina hoy la literatura lo que no es una innovación ni una paradoja en las tradicciones de la crítica; porque dependiendo la literatura de las grandezas y debilidades del espíritu humano, hasta en sus faces más brillantes, tiene un lado que agravándose, puede ser peligroso y funesto. Existen siempre dos literaturas que marchan paralelas, la buena y la mala; bastando para convencerse de ello arrojar una mirada hacia atrás, hacia las épocas de ensayos y decadencia, o hacia las que son objeto de admiración, de sentimiento y estudio. Sólo hay que advertir que el bien o el mal en las letras varían según sean los tiempos favorables o contrarios al generoso vuelo de las almas; ya que el movimiento, la

vida, el éxito, la popularidad, la influencia, la facultad de atraer a la juventud ávida de fama y ruído, inspirarán obras honestas o perversas, buenos o malos ejemplos, según pertenezcan a ideas sanas o corruptoras, a celebridades puras o manchadas.

Es preciso decirlo, el arte moderno se inclina a un lado donde a empeñarse más, encontraría su degradación y su pérdida; pero ella no es la única culpable y debemos acusar también a las visicitudes políticas en que no nos toca juzgar, a la sociedad que ha desdeñado sus intereses y deberes y a la crítica que en vez de guiar y advertir, se ha complacido en extraviar.

¿De qué idea fecunda es instrumento esa literatura que ha merecido el nombre de pequeña (petit?)? ¿Por qué se aisla, egoísta, de la causa que debe defender, de la tarea que se le ha impuesto, independiente de lo que expresa, esclava de un poder particular que busca en sí su vida, su fin y su gloria? Si como dice un grande escritor, las mejores obras del espíritu son aquellas donde no ha habido premeditación literaria, y que han hecho centellear de un cerebro inspirado una pasión ardiente, una convicción vigorosa, un poderoso interés, debe confesarse que el exceso de que hablamos lleva precisamente a resultados contrarios e impone a sus producciones un carácter artificial y mezquino. Sin duda que en los últimos años hubo síntomas alarmantes. Pero ¡qué diferencia entre los excesos de entonces y los de hoy! ¡En esos días, al salirse el espíritu literario de sus verdaderos caminos, para complacerse en su omnipotencia y entregarse a sus caprichos, tendía al menos hacia grandes cosas. Su exagerado papel y su destino en el mundo se manifestaban en superiores esferas. Teñía con sus colores brillantes la política, la historia, la poesía, la propaganda revolucionaria y todas las quimeras sociales, preludios de las revoluciones. Aspiraba a intervenir dictatorialmente en el gobierno de las sociedades futuras, a crear un tipo de soberbio individualismo que debiera dominar repúblicas e imperios....

Hubo presunción en estos sueños romanescos, hubo orgullo, demencia, hubo el ridículo y peligros de toda especie; pero no había abatimiento, los hombres eran insensatos, no viles! Las instituciones liberales de aquella época, las licencias de la imaginación embriagada con sus propios filtros, la disposición volcánica de los lectores, todo contribuyó a la excitación desmesurada del espíritu literario.

La situación actual inspira consideraciones diferentes. Aparte toda oposición y sátira, es preciso confesar que las letras no pueden existir independientes de las formas de la vida pública, que las eleva o abate, las fortifican o debilitan, excita la emulación o provoca la laxitud. Se animan por el contacto de las instituciones, que hieren a veces su delicadeza y absorben a expensas suyas la atención general y que las arrebatan también en su movimiento y las calientan a su llama. Los gérmenes fecundos que la libertad deposita en las almas y disemina en el aire, el vuelo que imprime a la juventud, el gusto de polémica y aventura que propaga y dirige, reflejan necesariamente sobre las letras; porque todo entusiasmo del mismo modo que todo desencanto se eslabonan como lo prueban las batallas literarias de la Restauración, contemporáneas y rivales de las luchas apasionadas de la tribuna y la prensa. Cada época tiene su expresión literaria particular, caminos que ama más, géneros que cultiva de preferencia, según el grado de perfección social y el ardor de las ilusiones o creencias, el juego de los intereses públicos, la curiosidad, el gusto, la pasión, la moda. Los gloriosos esfuerzos del romanticismo en 1828, el entusiasmo y cólera que despertaron sus tentativas, el carácter militante de cada uno de sus triunfos, su acción en la sociedad escogida y en los placeres del espíritu fué una de las faces de la vida pública de entonces, fácil de observar en los periódicos y en las Cámaras, sobre el teatro, en los cursos de la Soborna, en los prefacios de los nuevos libros y en los salones.

Agotadas estas fuentes por tempestades que desecan los ríos después de haber hecho los torrentes, suprimidas estas condiciones de renovación y excitación fecunda, el vacío ha sucedido por todas partes. Burlado el espíritu literario en sus aspiraciones quiméricas y condenado a sufrir la reacción del buen sentido y de las ideas positivas, humillado, irritado por la adversidad, no convertido, sigue la marcha lógica de los poderes que se debilitan, exagerándose y que se precipitan al extremo contrario, creyendo suplir los que les falta por la estéril ostentación de sus abusos y caprichos. Héle hoy exagerado en lo que es bajo como se había exagerado en lo que es alto. A falta del imperio del mundo, ha reemplazado las quimeras por el cálculo y aspira francamente al bienestar, a grandes sueldos, a la riqueza rápidamente adquirida. No es ya un joven ambicioso que tiende al dominio universal; es un pendolista hábil gastado, que tiene en venta artículos de ocasión y que calcula lo que puede ganar en cada una de sus obras, mezclando convenientemente el anuncio, el cartel, el reclamo. Industrial, no literato, por una alianza extravagante, hija de vanidades contradictorias, está tan infatuado de su mérito, tan indiferente a su misión, tan desengañado de sus sueños, que si una circunstancia se presenta, se apodera de ella con furor, abdica y se absorbe en la industria y el agio, sus antagonistas antes, hoy sus amigos.

Notaba ha poco un crítico espiritual, comentando una frase de José de Maistre que las sociedades tienen siempre la literatura que merecen; a lo que podría añadirse que una literatura agrada siempre a la sociedad que representa. Cuando ha desaparecido de la vida social el sentimiento del respeto ¿cómo habría de subsistir en la novela y el drama? Cuando la gracia y el pudor de la educación y los modales han caído ante la licencia moderna ¿cómo podríamos hallarlos en el teatro y en los libros? Cuando a la grandeza de las ideas, al sentimiento de la consagración y el sacrificio, a la aspiración a lo bello y grande, a las generosas locuras de

la pasión y la juventud, han sucedido en las almas el culto del oro, del placer y de la mentira, ¿cómo tan vulgares ídolos animarían con su negro soplo las producciones del pensamiento? La vigilancia del buen gusto ¿de qué modo se ejercería y quién podría ejercerla de entre esa multitud que corre de todos los puntos del globo, sin discernimiento, sin gusto, demócratas literarios que predican la igualdad entre lo bueno y lo malo, mercaderes de Nueva York, bebedores de cerveza de Hamburgo, agiotistas de París?

Quince años ha, cuando las novelas en folletín apasionaban con sus invenciones gigantescas las cortes, las ciudades y las aldeas, creando existencias singulares fuera de las leyes sociales y morales como estaban las obras mismas fuera de las reglas literarias, podía asegurarse que la literatura calumniaba la sociedad. Reducíase su arte a una perpetua antítesis que nos mostraba el heroísmo en el crimen, la grandeza en el desorden, la poesía en el mal, y que distribuyendo bellos papeles a cuantos ve de reojo una civilización regular, los imponía, odiosos y ridículos, a todos los representantes del orden, del deber, de la defensa legítima y legal, desde el magistrado hasta el sacerdote. La boga inmensa que obtuvieron esas pinturas mentirosas, si conmovió los espíritus alteró también las relaciones de los hombres de letras con el mundo; y los autores de estos extraños cuentos fueron como su obras mismas objeto de una curiosidad sin respeto, donde la influencia y la dignidad literaria desaparecían en la alucinación, el capricho y lo fantástico.

Pero al menos si se calumniaba entonces a la señora respetable, al funcionario, al príncipe, al magistrado, al ciudadano, era representándolos con vaga generalidad en personajes de invención, según las exigencias de la novela. Podían quejarse las clases de que se les había ofendido, pero aún no se tocaba a los individuos, triste progreso que nos estaba reservado y que es lógico. Las catástrofes públicas, las variaciones del gus-

to y de la moda, el espíritu de reacción, habían relegado en la sombra sus ficciones pasmosas, que en medio de innumerables defectos, tuvieron el mérito de generalizar sus calumnias y sus paradojas. Habiendo agotado las imaginaciones saturadas todas las sensaciones violentas, todas las emociones febriles de la novela y el drama, pedían algo más vivo, más corto y más picante. Es entonces cuando hemos visto el espíritu literario descender algunos escalones más y con ellos la sociedad; tal es esta literatura que hace tanto ruído, que germina tan pronto, donde las preocupaciones, los errores, las malas pasiones ofrecen pasto abundante a los consejos pérfidos y a las impuras imágenes de la novela y el teatro. Resúmese en ella el espíritu literario, exagerado, viciado y envilecido, tal como hemos procurado dibujarlo y tal como influye en nuestras pasiones, costumbres y fútiles ensayos.

(De la *Revista Literaria*, págs. 3 a 6).



# CRITICA LITERARIA

Hemos leído en nuestro periódico algunas críticas literarias hechas por jóvenes que anuncian talento y estudio y hemos creído necesario dirigirles amistosamente algunas observaciones y consejos. De en medio de las agitaciones políticas vamos a arrojar una mirada sobre el pacífico mundo de las Musas, que sentimos no habitar. Estamos fastidiados de la polémica, que hace cruel el carácter más generoso, falso el juicio más sano, ciego el talento más previsivo; ella agria los sentimientos y da amargura al estilo, desnaturaliza el talento, sustituye las irritaciones del amor propio al calor del alma, remplaza las inspiraciones del genio por las declamaciones de la ira. ¡Las letras! Ah! Pudiéramos algún día, tranquilos y seguros, entregarnos dichosos a su divino culto!

No hay en Venezuela educación literaria, la única que pueda hacer más bello el gusto más puro, el sentido común más recto, la lengua más culta, el alma más delicada, la memoria más feliz. Las más bellas disposiciones se malogran por falta de dirección, extraviados los talentos en caminos que se alejan igualmente de lo bueno y de lo bello. Ni es indiferente a la formación del ciudadano y del patriota una educación cuidadosa que fije los buenos principios literarios. Las buenas costumbres en un pueblo civilizado dependen del buen

gusto más de lo que se piensa. El mal gusto no puede nacer sino de una falsedad y de un sesgo natural de las ideas. Y como el espíritu obra incensatemente sobre el corazón, es difícil que las vías de éste sean rectas cuando las del espíritu son tortuosas. El que ama la falsedad, no está muy lejos de amar el vicio; el que es insensible a la belleza, puede muy bien desconocer la virtud. Y es por esto que el que tiene un entendimiento absurdo, con un gusto depravado, lleva un corazón inclinado al mal.

Hay críticos amables y delicados que como la abeja convierten en miel el polvo de las flores; los hay indiferentes y desdeñosos que dan a las obras de los otros una atención cansada y miradas fatigadas, sin hallar nada que los contente; los hay también que se complacen en la maligna burla, el menos amable, el menos agradable, el menos excusable de los placeres prohibidos. Es preciso abandonar la pequeña y fácil crítica de los defectos por la grande y difícil crítica de las bellezas. Deberíamos seguir el ejemplo de Aristóteles, que en vez de censurar las faltas de Homero, ha hallado razones para excusarlas; todo el cap. XXIV de su "Poética" lo consagró a este objeto. La crítica no conduce a nada si es demasiado ruda. Deseando corregir al autor, se irrita y se obstina en los defectos o bien se desanima, verdadera desgracia si el que empezaba tenía talento. Boileau no hubiera corregido a Racine si mientras censuraba al autor de la Tebaida no hubiera dirigido bellos versos al genio que produjo a Fedra. Bossuet no fué en un principio sino *un bello espíritu* en el hotel de Rambouillet; él se perfeccionó por grados, hasta aparecer en toda su magnificencia. Hay defectos por otra parte que son inherentes a bellezas, y que forman la naturaleza y en algún modo la constitución de ciertos espíritus. Si hacéis desaparecer los unos, destruiréis los otros. Quitad a Lafontaine sus incorrecciones y perderá una parte de su sencillez; haced menos familiar el estilo de Corneille y será menos sublime.

Nosotros condenamos el celo amargo de ciertos críticos por lo que llaman buen gusto; su indignación, su vehemencia son ridículos; escriben sobre palabras como no es permitido expresarse sino sobre las costumbres. Las cosas del espíritu deben tratarse con el espíritu. Y a lo malo mismo es preciso dar los nombres más dulces, acordándose de Fenelón cuando decía hablando de los bastardos de Lacedmonia: "Nacidos de mujeres que habían abandonado a sus maridos ausentes, durante la guerra de Troya".

El autor de las críticas a que aludimos ha olvidado que para ser literaria, la crítica debe ser amena, y que sin bondad, ella turba el gusto y emponzoña los sabores. El ha censurado a jóvenes de verdadero talento, esperanza única de nuestro Parnaso y a quienes sólo ha faltado una instrucción severa y días más serenos y amigos de las Musas. Mas para excusar a los poetas, no nos haremos críticos amargos de los censores. Ellos no han sabido gustar lo bello; pero el buen juicio literario es una facultad muy lenta, que no llega sino tarde al último punto de su acrecentamiento. Temeríamos que por ellos se pudiese decir que no halla poesía en ninguna parte el que no la lleva en sí.

La fácil crítica de las palabras, alterando sus acepciones, tomándolas en sentido literal cuando se habían empleado en el metafórico, es ocasionada al error e hija de la mala fe. No hay bella composición alguna que no pudiera censurarse del mismo modo. El legislador del Parnaso francés tuvo críticas semejantes. Tenemos un monumento curioso, la crítica impresa de sus obras por este Proudhon de ridícula memoria, no menos erudito que el abate Cotin. El aconsejaba a Boileau con doctoral autoridad que aprendiese su lengua y hablase bien francés. Criticando estos dos primeros versos de una epístola a Luis XVI,

*Jeune et vaillant héros, dont la haute sagesse*
*N'est point le fruit tardif d'une lente vieillesse.*

"La cualidad del héroe, dice este risible Aristarco, implica la idea de valor; el epíteto valiente está, pues, demás, es un pleonasmo; siendo el héroe joven, es claro que su alta sabiduría no es el fruto tardío de la vejez. Fuera de estos defectos, observad este otro: hay cinco epítetos en estos dos versos".

Del mismo modo podrían criticarse los mejores versos del Parnaso español. Probemos en imitar los críticos, analizando los cuatro primeros versos del canto a Junín de Olmedo:

*El trueno horrendo que en fragor revienta*
*Y sordo retumbando se dilata*
*Por la inflamada esfera,*
*Al Dios anuncia que en el cielo impera.*

Las erres repetidas en el primer verso forman una aliteración insoportable; recuerdan aquella cláusula tan censurada de Campani: *Rotos del rayo los riscos se derrumban.* El epíteto *sordo* aplicado a *trueno* es impropio; los cuatro versos son un plagio de Horacio, que en uno solo expresó los mismos conceptos:

*Cœlo tonantem credidimus Jovem*
*Regnare....*

Semejante crítica es el azote del buen gusto; se condena la aliteración que produce la onomatopeya y se prueba una ignorancia extrema de la índole de la lengua latina comparada con la nuestra y de la elegante concisión del lírico del Tibur.

Entre esos versos que *El Ingenuo* acusa los hay encantadores, y alianzas de palabras felices, poéticas, elegantes; sobran elementos para todo; falta sólo el tejido bajo las bordadas flores; nosotros le diríamos al autor de las *Horas de Martirio:* (1) "*Hilad* la seda de

(1) Abigaíl Lozano, censurado en críticas acerbas por Alejandro Peoli.

vuestro seno, libad vuestra propia miel, cantad vuestras canciones, porque tenéis un árbol, un panal y un nido". Que nos sea permitido dar algunos consejos a los que buscan en este país desgraciado el dulce comercio de las Musas, tan estéril para la felicidad. Deteneos al escribir, deteneos hasta que se forme la gota necesaria de luz y caiga de la pluma. En vuestros escritos conservad la dulzura y la dignidad que vienen de la paz de un alma superior: *pacem summa tenent.* Nosotros les advertiremos también que se toma un mal camino, que lo que en un principio fué un noble rumbo y una empresa generosa de pocos, ha llegado a ser un furor de imitación para la multitud que los sigue, que la raza pulula, y que esta manía *zorrillera,* forma de decadencia y puerilidad, es peligrosa para el espíritu.

¡Qué crezcan nuestros jóvenes poetas! ¡Que nos extasíen y trasporten! La lira es un instrumento alado. Los bellos versos se escapan de toda censura; ellos se exhalan como sonidos o perfumes. De entre esos jóvenes que se ensayan, saldrán poetas...

(De la *Revista Literaria,* págs. 109-112.—Caracas—1865).



## LA HISTORIA DE JULIO CESAR

## POR NAPOLEON III

Un grande escritor, juzgando las Memorias de Luis XIV, es del dictamen que los reyes no deben escribir obras ni ser autores de profesión. "Es verdad, dice, que en la antigüedad los primeros Emperadores romanos cultivaban las letras pero estos Emperadores habían sido siempre ciudadanos antes de sentarse sobre la púrpura. Apenas era César Jefe de Legión, cuando escribió la Historia de la Conquista de las Galias, y los *Comentarios* del Capitán han hecho después la gloria del Emperador. Si las *Máximas* de Marco Aurelio aún honran su memoria, Claudio y Nerón se atrajeron hasta el menosprecio del pueblo romano por haber ambicionado los triunfos del poeta y del literato. En las monarquías cristianas, donde se ha conocido mejor la dignidad real, se ha visto rara vez que el soberano descienda a una liza, donde la victoria misma es casi siempre vergonzosa, porque el adversario carece de nobleza. Algunos príncipes de Alemania que han gobernado mal o que han perdido a su país por haberse entregado al estudio de la ciencia, excitan más bien nuestra piedad que nuestra admiración. Dionisio, maestro de escuela en Corinto, era también un rey literato. Se ve todavía en Viena una Biblia anotada por Carlo Magno pero este monarca lo había hecho para

sí y pasa satisfacer su piedad. Carlos V, Francisco I, Enrique IV, Carlos IX, amaron las letras sin pretender ser autores. Algunas reinas de Francia han dejado versos, novelas, memorias; se ha perdonado a su dignidad en favor del sexo. Inglaterra, de donde nos han venido peligrosos ejemplos, cuenta muchos escritores entre sus monarcas: Alfredo, Enrique VIII, Jacobo I, han hecho verdaderos libros; pero Federico es el rey autor por excelencia en los siglos modernos. ¿Ha perdido este príncipe o ha ganado en renombre, publicando sus obras? Pregunta que resolveríamos sin pena, a juzgar por nuestro sentimiento.

El emperador francés, autor de la obra que juzgamos, podría contestar que antes de empuñar el cetro, había empuñado la pluma, y citarnos sus diferentes escritos, algunos por ejemplo tocados de socialismo y de otras doctrinas disociadoras, de que preserva hoy a la Francia con su tutelar poder. Ni la *Histroia de César* es realmente un libro en el sentido más propio de la palabra, es una exposición de su política, extensa, envuelta en los pliegues de la toga romana, bajo la coraza y el casco antiguo; es la defensa en el pasado lejano de lo presente, la cuestión del momento, la apología del 2 de diciembre y sus consecuencias.

*La Historia de César* es también un libro curioso que revive al tribuno dictador, agrupando a su lado con infinito arte los variados acontecimientos que le sirven de cuadro y de comentario histórico. Todo ha contribuído a la formación de esta obra fruto del trabajo y del estudio: la erudición antigua y la ciencia moderna. Tito Livio y Tácito, Dion Casio y Appiano, Drumann y Mommsen; la arqueología y la numismática, los escoliastas y los intérpretes. Nada le falta, ni la precisión geográfica, ni un plan sencillo y claro, ni miras profundas, ni un estilo puro, a veces elegante, siempre fluído y propio. Comencémos por el *Prefacio.*

Es un pórtico digno de la obra, que la expresa en miniatura, y viene a ser su fórmula y compendio. Nin-

gún accidente lleva a resultados importantes, sin una causa preexistente; *la centella no anima un vasto incendio sino cuando cae sobre materias combustibles amontonadas de antemano;* si los romanos, engrandecidos por la libertad, desde César se precipitaron ciegamente en la servidumbre, es que existía una razón general que impedía fatalmente que tornase la República a la pureza de sus instituciones. Más todavía; cuando hechos extraordinarios prueban un genio eminente, es preciso reconocer su dominación, que reposa sin duda sobre una grandeza verdadera y sobre una incontestable utilidad; debe negarse crédito entonces a Suetonio y Plutarco fuentes históricas en todo lo demás, y deben tenerse los contrarios por obstáculos a las leyes de la Providencia, ya que osan desconocerlas y pugnar con sus instituciones; cuando sus ideas, sus principios y sistema triunfan a despecho de su muerte o de su derrota, no es que corompieron su época, que debilitaron el respeto a lo pasado, que abrieron la puerta a pasiones nuevas, que dieron poder a ambiciones culpables, sino que la Providencia, que los había escogido por instrumentos suyos, determina lanzar al mundo por el camino que abrieron... El Emperador francés hace a Dios cómplice con Tiberio que precipitó la decadencia de Roma, con Atila que representa la barbarie en que cayó el mundo, con Mahoma, cuya religión aún domina la parte más bella de la tierra.

Invocando a la Providencia pregona la fatalidad, causa mentirosa que da por explicación y excusa a los mayores atentados que hayan manchado la historia. El niega que se pudiese, y por consiguiente que se debiese, prevenir la revolución que derrocó la República Romana; y como no debió prevenirse, juzga impolíticos y temerarios a los que no la ayudaron con sus esfuerzos y le opusieron la autoridad de la costumbre, de la ley, de la razón. Luis Napoleón escribe como vencedor; otros menos dichosos en lucha con los negocios y el gobierno de los hombres, sintiendo que les falta el terreno que

creían fuerte, viendo romperse en sus manos el arma que creían invencible, cuando se han preguntado, con saludables angustias, si había algo que no abarcase el cálculo de los sabios y se acomodase al manejo de los hábiles, esto es, grandes leyes providenciales que prohiben como un crimen turbar la paz pública para medrar, conmover profundamente para crearse probabilidades de fortuna y poder, han dejado escapar de su pecho dolorosas y sinceras confesiones, mezcladas con la sangre de sus heridas; que Dios no defiende con las catástrofes la ambición y la tiranía, y que antes bien las da como lecciones para preparar los pueblos y evitar su ruina y la desgracia de los ciudadanos.

Nada tenemos qué decir acerca del Libro I de la obra que analizamos. Los tres primeros capítulos son una prueba de lo que ha adelantado la crítica y la erudición. El que habla sobre la prosperidad del Mediterráneo antes de las guerras púnicas, es una pintura completa, a que nada falta. El capítulo sexto no sería *causa belli* si desde él no tendiese a probar que desde los primeros años del siglo VII la historia de Roma no fué sino sediciones, guerras civiles, asesinatos, proscripciones y que no había otra esperanza para el mundo que el despotismo. Si el engrandecimiento del imperio, el frecuente contacto con los extranjeros, la introducción de nuevos principios filosóficos y religiosos, las inmensas riquezas llevadas a Italia por la guerra y el comercio, habían alterado profundamente el carácter nacional, cambiando poblaciones, ideas y costumbres; si los romanos de un lado, esparcidos por todo el mundo, habían crecido en avidez, por el ejemplo del fasto y las delicias de Oriente; si los extranjeros del otro, los griegos sobre todo, afluyendo a Italia, le habían llevado con sus artes perfeccionadas, el desprecio de las antiguas instituciones, aun quedaban elementos de estabilidad y orden en el seno de los patricios que amaban en ellos su propia consideración, en el de los caballeros, fuertemente adheridos a lo pasado, en el del pueblo, que no

estaba compuesto solamente de esclavos bárbaros y manumisos griegos. Todo pueblo llegando a cierto punto de grandeza, se encuentra amenazado por el vicio primitivo de sus instituciones que se desarrolla también; mas no por esto debe alterar su propio ser, destruir sus leyes y sacrificarse a un orden de cosas creado artificialmente por la codicia de poder y de riquezas. Y es una lógica funesta, porque las instituciones tienden a relajarse y males indispensables complican la situación, porque hay hombres perversos, miserables que especulan con todo, partidos a sueldo de las revueltas; excusar en la historia y celebrar también al que acaricia las malas propensiones, exagera los inconvenientes, corteja los ambiciosos, se sirve de todas las amenazas públicas, representándolas, y llamándose después la obra de las circunstancias y del hombre del destino.

La situación de Roma cuando tras la ruina de Corinto, de Cartago y Numancia, cayó a sus piés el Universo, no era feliz ciertamente. El pueblo consumido por una guerra eterna, desaparecía de Italia; el romano no tenía más abrigo ni más dioses domésticos que las águilas de las legiones. En compensación de sus hijos que la Italia mandaba a morir en los países lejanos, recibía millones de esclavos, de los que unos fecundaban la tierra con sus restos, mientras amontonados otros en la ciudad y consagrados a los vicios de un amo, manumitidos por él, llegaban pronto al estado de ciudadanos. Poco antes de los Gracos, los hijos de los libertos compusieron únicamente la ciudad y dieron leyes al mundo. Interrumpiendo un día con sus clamores, a Scipión Emiliano; este pudo decirles: "Silencio, hijos falsos de Italia, bueno sería que los que traje amarrados a Roma, me inspirasen pavor". Nadie contestó la terrible palabra, y temieron los libertos que, descendiendo de la tribuna, reconociese el vencedor de Cartago y de Numancia sus cautivos africanos o españoles y descubriese bajo la toga las señales del foete.

La Constitución misma, la propiedad, el orden de

las provincias, todo estaba alterado realmente. Lo que debe averiguarse es si era preferible que un hombre armado del poder de la opinión, del que dan la riqueza, el valor y el talento, se consagrase a reformar los abusos, a mejorar la situación de las diversas clases, a dar orden a la administración romana; o si era mejor, exagerando y multiplicando todos estos males, convertirlos en títulos de tiranía personal y de la esclavitud del mundo.

Comienza en el libro II la historia de Cayo Julio César, descendiente de Anquises y de Venus; sobrino del célebre Mario, esposo de su tía Julia. Dirigió sus felices disposiciones, y le preparó al poder que le reservaba el destino, su madre Aurelia, mujer de elevado carácter y de severas costumbres. En Grecia, patria de las ciencias y de las artes, se familiarizó con la lengua de Demóstenes, que habló como la suya. Distinguido por su educación, reunía a los diez y ocho años de su vida, a la bondad del alma una alta inteligencia, a un valor invencible una elocuencia arrebatadora, una memoria extraordinaria, una generosidad sin límites. El laborioso historiador le sigue después a presencia de Sila que le adivina; a Asia, en la corte de Nicomedes; a Rodas, después de haber asombrado a los piratas que infestaban el Archipiélago; en sus pretensiones al Pontificado y al Tribunado militar.

Son dignos de leerse los primeros párrafos del capítulo II, en que describe el estado de la República entre los años 674 y 691: "Sila, dice, había vuelto a la alta clase sus prerrogativas, sin volverles su antiguo prestigio; no habiendo empleado en su obra sino elementos corompidos y habiendo invocado únicamente pasiones sórdidas, dejaba en pos de sí una oligarquía impotente y un pueblo profundamente dividido. Distribuíase el país entre los que la tiranía había enriquecido y los que había despojado, temiendo perder unos los que acababan de adquirir, esperando recobrar otros lo que habían perdido".

Para explicar el historiador coronado el influjo de Mario de quien hereda César, el de César y el suyo propio, dice sencillamente: "Necesitan las grandes causas una figura histórica que personifique sus intereses y tendencias. Adoptado una vez al hombre, se olvidan sus defectos, hasta sus crímenes, para no acordarse sino de sus grandes hechos".

El retrato de Pompeyo, yerno y víctima de César, está trazado a grandes pinceladas. El le pinta recibiendo de Sila desde la edad de 23 años el título de *Imperator* y el nombre de Grande; pasando por el primer hombre de guerra de su tiempo, distinguiéndose en Italia, en Sicilia y en Africa contra los partidarios de Mario que hizo degollar. El le representa favorecido sin cesar por la fortuna, venciendo fácilmente en España por la muerte de Sertorio, atribuyéndose el honor de haber vencido a Espartaco, y aprovechándose de los triunfos de Lúculo para destruir a Mitrídates; terminando con Franz de Champagny "que Pompeyo llegaba siempre a tiempo de terminar para su propia gloria las guerras que iban a acabar en la gloria de otros".

César es *cuestor* y *edil curul*. En este empleo aspira a revivir la memoria de Mario y sondear la opinión pública. Por la noche él hace restablecer secretamente los trofeos de Mario derribados por Sila, y colocarlos en el capitolio. "Cuando al día siguiente, dice Luis Napoleón, se vieron estas imágenes centelleantes de oro, cinceladas con arte infinito y adornadas de inscripciones que recordaban las victorias logradas contra Yugurta y contra los Cimbiros vituperaron los grandes que osase César resucitar emblemas sediciosos y recuerdos proscritos; mientras los partidarios de Mario corrieron en tropel al Capitolio, haciendo resonar sus bóvedas con aclamaciones". ¡ Faccioso !

Triste son los párrafos en que nos traza el historiador con el pincel de Tácito los desgraciados tiempos en que tienen qué contar los hombres de bien con aque-

llos a quienes sus antecedentes parecían consagrar al menosprecio...

Aún más triste cuanto sigue: la conjuración de Catilina; el discurso de César, que consagra el individualismo, negando las penas de la otra vida; los errores y debilidades de Cicerón: la insolencia de Clodio; la envidia, general azote de las Repúblicas. "Nada detenía el curso de los acontecimientos, grita al terminar el tercer capítulo: el partido de las resistencias los precipitaba más. Se marchaba hacia una revolución, que es un verdadero río que lo vuelca e inunda todo. César quería abrirle un lecho; sentado fieramente en el timón, Pompeyo creía mandar a las ondas que le arrebatan. Cicerón, siempre irresoluto, ya se dejaba ir con la corriente, ya creía poder atravesarla sobre frágil barca. Inmoble, Catón como una roca, lisonjeábase de resistir solo al curso irresistible que arrostraba la vieja sociedad romana".

¿Qué sigue? La unión facciosa de César y Pompeyo; su pérfida amistad, que debe concluir por la pérdida de uno; su plan culpable de envenenar los odios para explotarlos, de multiplicar los embarazos para hacerse necesarios; los crímenes convertidos en medios de tiranía; las desgracias dadas como justificativos del despotismo; la ambición hallando sus títulos en las guerras que enciende, en los escándalos que provoca. No sigamos: sería escribir nuestra propia historia.

(De la *Revista Literaria*, págs. 38-40, 54-55 y 95-96).



# LA CONDESA DE SALISBURY

POR ALEJANDRO DUMAS

¿Será cierto que el pueblo más espiritual es también el más inmoral del mundo? ¿Deberá creerse que para tener libros que puedan figurar en la mesa de las familias, que conmuevan sin turbar y arranquen lágrimas sin obligar a sonrojarse, se necesita ocurrir a pueblos menos fecundos? Se hallan en Francia críticos severos, predicadores elocuentes, publicistas ortodoxos, casuistas rígidos; y ¿no habrá novelistas felices que sin salir de las emociones dulces y puras, sepan dominar la imaginación e inspirar los corazones? ¿Es que no tiene ese país, privilegiado por tantos motivos, mujeres honestas y graciosas que no sean coquetas, que no animen a la hipocresía y al mal ejemplo, que se crean bastante bellas para no ser malignas, bastante virtuosas para no ser duras, y a cuyo lado puedan pasarse instantes encantadores sin necesidad de una declaración de amor, sin temor de un sermón? ¿Por qué si hay esas mujeres, ornamento, gracia, alegría de la buena sociedad, no tienen equivalentes en su literatura? Se nos ocurre esto leyendo las novelas y dramas franceses de la época, que atravesamos: la galería inmunda de Arsenio Houssaye y Alfonso Karr, la galería peligrosa y fantástica de George Sand, la galería cínica de Flaubert, About y Stendahl y en el teatro el *Medio Mundo,* el *Casamiento de*

*Olimpia*, la *Dama de las camelias*, la *Dama de las Perlas*, *Diana de Lys*, *Las Mozas de Mármol* y todos estos dramas a cuya representación concurre el público y en que no puede menos que desconocerse.

Escribiendo esto hemos nombrado a Dumas hijo de quien ya nos ocupamos otra vez, al analizar rápidamente "El Loro y las cuatro mujeres". Hoy vamos a examinar una de las producciones de su padre, ese especie de Nabab que parece venido de Oriente con toneles de oro y bajeles llenos de piedras y plumas preciosas, deslumbrador, caprichoso, con filtros que embriagan, cuadros y colores que enloquecen. Vamos a dar una idea de la "Condesa de Salisbury", novela que acaba de llegar vertida al español y que sirve de folletín a uno de nuestros periódicos.

La "Condesa de Salisbury" no es propiamente una novela. Apenas se dibuja la heroína en los cuadros 1°, 17, 24, 25, 32, 34, 37 y 38 ocupando del todo el 34, el 37 y el 38 solamente. Terminada la lectura del libro, la imagen de Elizia no queda fija en nuestro espíritu ni viene a acompañarnos con la Clorinda del Tasso, la Desdémona de Shakespeare, las lindas creaciones de Walter-Scott. Ella no está enlazada con los accidentes principales, que nacen y se desarrollan independientes de su destino. Ninguna lucha en las almas; una pasión que aunque fué real en la historia, parece en la novela un capricho momentáneo y satisfecho por acaso. El objeto evidente del escritor ha sido pintarnos los catorce años que corrieron entre 1328 y 1342, las guerras entre Felipe de Valois, rey de Francia y Eduardo III, rey de Inglaterra, las rivalidades y política de ambos reinos y su influencia sobre el resto de la Europa. El ha abrazado las guerras anteriores de Escocia e Inglaterra, las hazañas caballerescas de William Walace y los hechos heroicos de Roberto Bruce; él nos cuenta la tiranía plebeya del cervecero Artevelde y los combates sangientos de Montfort y Blois. Pero ¿la historia ha ganado en la pluma del novelista? Los acontecimien-

tos variados de ese drama lleno de peripecias ¿han hallado un pintor enérgico y elocuente? Esa época semi-caballeresca, semi-industrial, en que se fundó la religión de la riqueza, la fe en el oro, ¿tiene un intérprete digno en Mr. Alejandro Dumas?

Para desgracia de este escritor, dichos sucesos tuvieron un historiador que fué la Francia de entonces, prosaico en el fondo, caballeresco en la forma y de graciosos giros, aquel capellán galante *qui desservit madame Philippa de beaux récits et de lais d'amour,* y que nos cuenta su historia con el mismo abandono y ligereza que cantaba su misa. Aunque francés, él vivió largo tiempo en Inglaterra y ocupado en recoger datos históricos, se cuida poco de amigos o enemigos, de ingleses franceses, y hasta del bien o del mal; hemos nombrado a Froissart.

El primer cuadro "La Garza real" ¡cuán inferior se presenta a la descripción que se lee al fin del primer tomo de Froissart, cuando Eduardo III, sobre *la tabla redonda,* jura conquistar la Francia! ¿Se conoce en el novelista francés a este Felipe de Valois, sobrino de Felipe el Hermoso, hijo de Carlos de Valois, el Caballero más feudal de su época? Cuando se le ve en Froissart descontentando a todos, a los señores a causa de Roberto de Artois, a los ciudadanos y mercaderes por su *Máximum* y sus monedas, al Papa por su duplicidad y avaricia ¿no se adivina el poder de Eduardo III, la grandeza de Inglaterra, las batallas de Crecy y Poitiers?

Para hacer sentir la inferioridad del novelista respecto a Froissart, nos bastaría comprar el cuadro 22 del libro que analizamos con la relación que aquel nos da en el tomo primero, edición de *Buchon,* página 240. Aunque Dumas le sigue, es de lejos, sin la ligereza del cronista, ni su facilidad encantadora. Podríamos decir lo mismo de la guerra de Bretaña y de la pintura de sus osados héroes Montfort y Blois, de Monfort que tenía una esposa *con el valor del hombre y el corazón del león,* de Blois, que según Froissart, oía cuatro misas

diarias, y vestía cilicio, y que cuando comenzó la guerra, arrojó a la ciudad de Nantes las cabezas de treinta caballeros. Es preciso leer en Froissart las "apertises" de Juana de Monfort, los discursos de Juana de Clisson y los de Juana de Blois, para formarse una idea exacta de la inferioridad de su imitador. Nosotros habríamos deseado una pintura más viva de la época, del espíritu mercantil sucediendo al espíritu religioso, del fisco en medio de la guerra, de la batalla de la Ecluse principiando la grandeza marítima de Inglaterra, de las locuras del primer Valois, preparando las derrotas de Crecy y de Poitiers y la pérdida de Calais, del abatimiento moral del mundo, su mortalidad espantosa, que fué seguida por un rey aturdido, un emperador ebrio, un monarca furioso, un Pontífice y un Duque dementes.

Contrayéndonos al asunto que nos ocupa, y sin hablar de tantas bellas relaciones, no creemos que exista nada más exquisito en la lengua francesa que el capítulo de Froissart: "Como el rey Eduardo dijo a la Condesa de Salisbury que convenía que ella le amase, de lo que quedó muy sorprendida".

Para dejar su huella en los cuadros históricos que llama la "Condesa de Salisbury", Mr. Dumas termina así el capítulo 37: "Un paño de la cortina se corrió, y un hombre se abalanzó en la estancia, la retuvo en sus brazos en el momento en que iba a caer desmayada, la llevó a su lecho y agotó en ella el cáliz de la voluptuosidad..." ¡El pámpano del sátiro!

(De la *Revista Literaria*, págs. 23-25).



## "IRACEMA"

POR J. DE ALENCAR

"La gloria de Lusitania, hemos dicho en otro lugar, pedazo de tierra estrechado de todas partes por los castellanos y predestinado por su posición geográfica al descubrimiento del Océano y de los mares de la India, es haber cambiado con sus débiles recursos los caminos del comercio, ensanchando los límites de la civilización y el cristianismo, trasportado la Europa al Asia, a la América, al Africa; meteoro inaudito de poder, tan maravilloso, brillante y pasajero, como el que ilustró a otro pedazo del globo, la Grecia". Un gran poeta ha añadido: "junto a España, cabeza del mundo, está colocado el reino de Lusitania como una corona sobre la cabeza de Europa, y es allí que la tierra acaba, el mar comienza y que Febo reposa en el Océano:

*Eis aqui quasi cume de cabeça*
*de Europa toda, o reyno lusitano,*
*onde a terra se acaba, o mar começa,*
*e onde Phebo repousa no Oceano".*

(*Camöens*).

Sobre el país más bello de la tierra, en la patria de los naranjos, sobre colinas donde se recogen casi sin cuidado los vinos más exquisitos, los portugueses des-

deñaron los trabajos de la agricultura. Distribuídos en altivos navegantes, soldados y pastores, mostráronse más propios para una vida de agitación y valor, que para la actividad persistente de la industria. El ansia de gloria, la sed de aventuras, el amor sobre todo, hicieron soportar a los compatriotas de Gama las más rudas fatigas, y cuando no sintieron ya el aguijón de esas pasiones, la ociosidad de los pueblos del mediodía no debilitó su alma, y se entregaron, no a los placeres groseros, sino a la contemplación y dulce influencia de su hermoso clima. Caído de la antigua grandeza en las redes de Inglaterra, aún recuerdan con orgullo el lugar que ocuparon en la historia del mundo.

A principios del siglo XV, el espíritu de caballería los trasportó más allá del estrecho de Gibraltar donde emprendieron fundar un nuevo imperio cristiano sobre las fronteras de Fez y de Marruecos. El rey Juan I ¿no había enarbolado su bandera de *cinco escudos* sobre los muros de Ceuta, que su hijo Fernando, el príncipe constante de Calderón, no quiso entregar, ni aún a precio de la libertad y de la vida? Más vasta ambición, esperanzas más lejanas sedujeron en la mitad del mismo siglo a los héroes que gobernaban a Portugal. El infante Don Enrique, hijo tercero de Juan I, Alfonso V y Juan II, adivinaron la forma peninsular del Africa y el vasto Océano que abraza el mundo.

Esos osados navegantes atravesaron la zona tórrida que se había creído inhabitable, cruzaron la línea, vieron alzarse sobre sus cabezas un nuevo polo, y lanzándose en un mar desconocido, bajo las constelaciones de un cielo desconocido igualmente, doblaron el terrible cabo de las tempestades y oyeron la historia del gigante que lo guardaba, el hermano de Encélado y Briareo, el sombrío Adamastor. Camöens asegura que el Indo y el Ganges se aparecieron una noche a don Manuel el Grande, excitándole a conquistas reservadas a los portugueses desde el principio de los siglos. Y ese pequeño pueblo de marinos realiza los sueños de la poe-

sía, creando a fuerza de actividad y sacrificios, a dos mil leguas de sus hogares, un imperio que igualaba en extensión y riquezas el que poseen hoy los ingleses, que fué un momento mayor que el imperio romano, y que supo conservar por más de un siglo.

Gama, anterior a Colón, fué un prodigio de osadía. Con la brújula y el astrolabio, sin los instrumentos físicos que sirven hoy de guía y hablan lenguaje tan preciso, él se fué con los ojos cerrados y en la noche, lleno de soberana confianza, que inspiró a todos. Las tempestades del mar, los torbellinos, los trágicos diálogos del Océano, las tempestades eléctricas que se llaman bombas marinas, toda esa fantasmagoría, que debió parecerle el furor de la naturaleza o la lucha de los demonios, sonrió a su alma intrépida.

El cielo los premió: suyo fué ese mar de la India, mar de coral, cubierto de islas basálticas, iluminado por trescientos volcanes, donde la Haliotida y la Viuda viven de la luz que las penetra y que las riza el lecho de nácar! Donde viven solitarias con su amor, en palacios como los de Oriente, de tristes muros y de interior maravilloso y sorprendente, en el encanto de un crepúsculo hechicero y misterioso! ¡Suyo fué ese mar de medusas que ondulan al viento, de arbustos, de piedras que extienden sus variados abanicos, donde plantas y animales cambian su insignias propias, y en una ilusión perpetua lo fugitivo y efímero ya es realidad, ya reflejo, o un rastro que huye sobre llanuras diáfanas. (1)

Después de la célebre expedición de Gama, siguióse otra a las órdenes de Alvarez Cabral, quien había recibido de las manos del rey un sombrero bendecido por el papa. Después de haber pasado las islas de Cabo Verde, al alejarse hacia Occidente, vió una tierra nueva, rica, fértil, trono de una primavera eterna: era el Brasil, región cercana al Africa, semejante a sus tierras

(1) Michelet.

húmedas, a 30 grados de longitud del monte Atlas. El marino portugués había visto sin duda en una isla de las Azores a aquel indio anciano convertido en estatua de piedra, que colocado en una roca solitaria y tendida la mano hacia el Brasil, advertía a los Europeos que había más allá del Océano un mundo que aguardaba la luz del evangelio.

*E quer na nuvem propria que te indico*
*que esse cadáver meu vá transportado,*
*e na ilha de Corvo, de alto pico*
*o vejam n'uma ponta collocado;*
*onde acene de paiz de metal rico,*
*que e ambicioso europeu vendo indicado,*
*dará logar que ouvida nelle seja*
*a doutrina do eco e a voz da igreja*

Est. LXIII.

*Uu arco tem por bellico instrumento,*
*de pluma un cinto sobre a frente ornado:*
*outro onde era decente: un cor vermelho,*
*sera pello a barba tem; no aspecto e velhe.*

LXV.

*Voltado estava as partes de occidente.*
*Donde e aureo Brasil mostrava a dedo*

LXVI.

. . . . . . . . . . . . . . .

Sí, el nuevo imperio del Brasil, sobre el que reposan todas las esperanzas de grandeza y gloria para la raza portuguesa, debe contentar al espíritu observador, poco satisfecho de los destinos de la antigua metrópoli. Cuando nos representamos la fuerza y el esplendor de la naturaleza en esa parte de América, esas inmensas

selvas vírgenes, esos ríos que parecen Mediterráneos, esas vastas riberas bañadas por el Océano, ese sol tan puro como el de la Grecia y más ardiente, imagínase úno bajo esos palmeros y esos cocales gigantescos, una poesía original, tan juvenil y grandiosa como las demás producciones de la fecunda tierra. La musa de Saa de Miranda, de Antonio Ferreira, de Bernardes y Gil Vicente, ha desplegado su vuelo hacia las riberas de América. Camöens, el primero de los épicos modernos, amigo del Tasso y que escribió antes de él; Camöens "que llevaba en una mano libros y en la otra el hierro y el acero; en una mano la espada y en la otra la pluma",

*N'huma mao libros, n'outra ferro caço*
*n'huma mao sempre a espada, n'outra a pena.*

lloró con sus propios males la gloria para siempre eclipsada de su patria querida. "Ya mis años descienden, decía, ya no me restan sino pocos pasos para ir del estío al otoño. La fortuna heló mi genio, ay!... los cuidados, los disgustos me arrebatan hacia la ribera del negro olvido, del sueño eterno". Eran los funerales de la tierra de Gama y Albuquerque.

Desde el siglo XVII las colonias portuguesas añadieron poetas a los que habían nacido en la antigua Lusitania y se citan a Francisco de Vasconcellos y a Andrés Nunes de Sylva, nacido y educado en el Brasil: también hay que recordar los esfuerzos de Bento Feixeira Pinto, de Manuel Botelho de Oliveira y Juan de Brito, en el mismo siglo, y los de Gonzaga de Costa, Pereira de Souza Caldas y otros más, en el siglo XVIII.

Ya hemos citado al *Caramurú,* hijo del trueno, del Br. José de Santa Rita Durao, donde se ve uno que otro episodio lleno de poesía y grandeza; el del monje por ejemplo, transportado milagrosamente al Brasil en el momento de la agonía de un viejo indio, que comprende milagrosamente las instrucciones del misionero y recibe piadosamente el bautismo antes de espirar. Cambiado en estatua de piedra, el salvaje predestinado es trasportado a la isla del Cuervo desde donde le he-

mos visto extendiendo la mano hacia el Brasil. También debe mencionarse el poema del Uruguay escrito contra los jesuístas y que un jesuíta compuso, Basilio de Gama; donde se ven trazados vivamente algunos caracteres y se observan acá y allá pinturas felices, llenas de novedad y gracia.

Tenemos hoy a la vista escritos más recientes que honran el talento brasileño: el *Guaraní,* obra del célebre autor de las *Minas de plata;* y un pequeño poema, *Iracema,* que nos proponemos analizar rápidamente. Cuenta el Padre Simao de Vasconcellos que "los salvajes del Brasil se complacían principalmente en la dulzura del canto, haciendo consistir en este placer toda la felicidad humana; lo que hace pensar que, a la invasión portuguesa, el Brasil había llegado a esa primera época poética de que ofrece un ejemplo la Grecia semisalvaje de los tiempos primitivos". Ya Juan de Lery en *La Historia de un viaje* hecho en 1655 a la tierra del Brasil había dado numerosos fragmentos, acompañándolos de la música sencilla empleada por los salvajes. En la vida del R. Padre José de Ancheta, se lee que este sabio y celoso misionero, primer maestro de los salvajes y autor de una Gramática y un Diccionario brasileños, reemplazó con palabras edificantes y cristianas las palabras licenciosas y lascivas que los indios se complacían en cantar.

El señor J. de Alencar se ha puesto también en busca de la poesía indígena y nos ofrece en la virgen Iracema, una prueba de sus esfuerzos y laboriosidad, una muestra de su buen gusto y de su talento fino y cultivado.

La leyenda de Ceará es lo que la tradición cuenta sobre la colonización de esa parte bellísima del Brasil. El héroe es un mozo de nombre Martín Soares Moreno, unido en amistad con Jacaúna, jefe de los indios del litoral y con su hermano Poty. Principiada la colonización en 1608, en 1611 estaba fundado el pueblo de

Nuestra Señora de Amparo. Jacaúna fué a establecerse con su tribu cerca de la población reciente; y Poty, que recibió en el bautismo el nombre de Antonio Felipe Camarao, se hizo ilustre en la guerra contra los holandeses. El Ceará debe honrar la memoria de Martín Soares Moreno, como la de su verdadero fundador. La heroína del poema es Iracema, hermana de Poty, causa de la colonización y madre del primer cearés.

La obra está distribuída en treinta y dos cuadros, llenos de interés, naturalidad y gracia. La vida salvaje es el fondo del poema; y sus imágenes están tomadas de la espesura de los bosques, la rapidez de los torrentes, la majestad del mar, las sombras de los árboles, el ruído miserioso de las selvas, el canto de los pájaros, y hasta de la forma de las frutas. Atala y los Natches daban una idea ligera de la vida salvaje; con Iracema se vive en medio de la naturaleza primitiva, se asiste a las escenas terribles de los cielos y el mar, se va acá y allá por entre montañas o a lo largo de las riberas, y como que se siente un perfume de esa vida anterior a la vida civil, que el poeta ha hecho dulce y embriagadora, idealizándola. Sus páginas que saben a la miel del Jaty, que respiran el olor de la vainilla, y que parecen escritas a las sombras del Oitysica, recuerdan al cantor de Morven y de los poéticos amores de Oscar y Malvina.

Para dar una idea del estilo del poema, traduciremos el cuadro II, donde aparecen los dos protagonistas y donde nace su espontáneo amor.

II

"Allá, mucho más allá de aquella sierra, que azulea aún más allá en el horizonte, nació *Iracema:*

Iracema, la virgen de los labios de miel, de cabellos más negros que el ala del *graúna* y más largos que el talle de la palmera.

La miel del *Jaty* no era tan dulce como su sonrisa, ni la vainilla trascendía tanto en el bosque como su aliento perfumado. Más rápida que la corza salvaje, la virgen morena corría por lo interior de los bosques y las matas de Ipé, donde campeaba su guerrera tribu de la gran nación Tabajara. El pié delicado y desnudo tocaba apenas la verde pelusa que vestía la tierra con las primeras aguas.

Un día estando el sol en la mitad del cielo reposaba tranquila entre los árboles de la floresta; bañábale el cuerpo la sombra del Oitysica más fresca que el rocío de la noche. Los ramos de la acacia silvestre esparcían flores sobre sus húmedos cabellos. Escondidos en el follaje, los pájaros hacían más dulce el canto. Iracema salió del baño: aún destilaba su seno el aljófar del agua como la dulce *mangaba* coloreada en una mañana de lluvia. Mientras reposa, pone las plumas del gará en las flechas de su arco; y entona, como el sabiá del bosque sobre el ramo próximo, el canto agreste. La graciosa ará (la guacamaya) su compañera y amiga, salta junto a ella; y ora sube a los ramos del árbol y llama desde allí a la virgen por su nombre; ora baja al cesto de matizada paja donde el salvaje lleva sus perfumes, los blancos hilos del creutá, las agujas de jusára con que teje el encaje y las tintas con que matiza el algodón.

Rumor sospechoso interrumpe la armonía de la siesta. Alza la virgen los ojos, que el sol no deslumbra, y túrbase su vista.

Frente a ella contemplándola, hay un guerrero extraño, si es guerrero y no algún mal espíritu de la selva. Su rostro es blanco como las arenas que bordan el mar. Hay en sus ojos el azul triste de las aguas profundas. Desconocidas armas y extraños tejidos cubren su cuerpo.

Rápido, como la mirada, fué el gesto de Iracema. Parte del arco la flecha. Gotas de sangre brotan del rostro del desconocido.

Al primer ímpetu la mano pronta cayó sobre la cruz de la espada, mas sonrió luégo. Había aprendido el joven guerrero en la religión de su madre que la mujer es símbolo de ternura y amor. Más que de la herida, sufrió del alma.

El sentimiento que él puso en los ojos y en el rostro, él lo supo. La virgen lanzó de sí el arco y la *airasaba* y corrió hacia el guerrero, dolida del mal que causara.

La mano que hirió rápida, estanca más rápida y compasiva la sangre que goteaba. Iracema quebró luégo la flecha homicida, y dando al desconocido el asta, guardó para sí la punta encorvada.

—¿Quiebras conmigo la flecha de paz?

—¿Quién te enseñó, guerrero blanco, el lenguaje de mis hermanos? ¿Dónde viste estas matas, que nunca vieron a otro guerrero como tú?

—Vengo de bien lejos, hija de las selvas. Vengo de tierras que tus hermanos poseyeron ya, y que poseen hoy los míos.

—Bienvenido sea el extranjero a los campos de los Tabajaras, señores de las aldeas, y a la cabaña de Araken, padre de Iracema..."

Sentimos no poder hacer conocer a nuestros lectores el cuadro XXII, el mejor de la obra, en nuestro concepto. Pero nos hemos extendido ya demasiado, y nos falta además el tiempo necesario. Acaso lo traduzcamos para otro número.

¡Continúe el señor J. de Alencar, ilustrando con las producciones de su fecunda pluma el nombre literario de su patria!

(De la *Revista Literaria*, págs. 354-359).

## LEOPARDI

O toi qu'apelle encore ta patrie abaisée,
dans ta tombe précoce á peine refroidi,
sombre amant de la Mort, pauvre Leopardi,
si pour faire une phrase un peu mieux cadencée,
il t'eût jamais fallu toucher a te pensée,
qu'aurait il répondu, ton coeur simple et hardi?
Tel fut la viguer de ton sobre génie,
tel fut ton chaste amour pour l'ápre vérité,
qu'au milieu des langueurs du parler d'Ausonie,
tu dédaignas la rime et sa molle harmonie,
pour ne laisser vibrer sur ton luth irrité
que l'acent du malheur et de la liberté.

Alfred de Musset.

Sin el conocimiento profundo de las literaturas extranjeras y persuadidos por otra parte de que la crítica literaria no tiene todo su valor y originalidad sino cuando se aplica a objetos que se conocen bien, confesamos no tener un título especial para hablar aquí de Leopardi; y nos abstendríamos en efecto de ello, si el deseo de complacer a huéspedes distinguidos y benévolos no nos empeñase en esos estudios, tan agradables como difíciles. Vamos a hablar hoy de Leopardi, uno de los mayores líricos que ha producido Italia.

El Conde Santiago Leopardi nació el 22 de junio de 1798, en Recanati, en la mar de Ancona: hijo mayor del Conde Monaldo Leopardi y de la Marquesa

Adelaida Antici, de las nobles familias del país, él recibió una educación cuidadosa a vista de su padre. El abate Sanchini le enseñó los primeros elementos del latín; en cuanto al griego, estudiándolo desde los ocho años en la Gramática dicha *de Padua,* el niño juzgó esta Gramática insuficiente, y prescindiendo de ella, leyó los textos que encontró en la biblioteca de su padre, sin maestro, con sorprendente facilidad, recorriendo los autores eclesiásticos, los Santos Padres, cuanto le vino a las manos. A la edad en que otros se hacen repetir sobre los bancos las lecciones del maestro, Leopardi era un verdadero erudito. Se ha notado por otros la alianza del genio poético y del talento filológico; lo que hay de raro en el hombre de que hablamos es que el poeta enérgico y ardiente, que va a aparecer ante nosotros, no acabó por la filología ni se retiró a su seno, después de haber arrojado el fuego que lo consumía, sino que comenzó por ella, y que si sus precoces sufrimientos no le hubiesen apartado de su estudio continuo, es de este lado que se habría abierto un camino a su paciente vena.

Nosotros hemos leído con sorpresa, en medio de nuestra juventud descuidada, estas líneas puestas al frente de una traducción latina, con comentario de la *Vida de Plotino,* por el padre de Leopardi: "Hoy 31 de agosto de 1814 me hizo este regalo Santiago, mi hijo primogénito, quien no ha tenido maestro de lengua griega, y tiene diez y seis años, dos meses, dos días".

Obras son de su adolescencia los Estudios filológicos, un discurso sobre *Mosco,* los *Idilios* de este griego. En su primera juventud él comentó los escritos de algunos retóricos del segundo siglo, escribió el Ensayo sobre los errores populares de los antiguos y llenó los periódicos de traducciones y críticas que sorprendieron a los académicos y llamaron la atención de la Alemania sabia. En medio de esta diversidad de trabajos precoces, el talento de Leopardi maduraba y el poeta original preparaba sus cantos. En 1818, a los veinte años, hizo imprimir en Roma sus dos primeras canciones, una a

Italia: otra sobre *un monumento de Dante* que se preparaba en Florencia; la tercera apareció en Bolonia en 1820 dirigida a *Angel Mai* con motivo de la *República* de Cicerón que había descubierto aquel sabio. El carácter de estas primeras composiciones y de las que siguieron es grandioso, viril, noble, de una inspiración patriótica tan elevada como dolorosa. Bien que el objeto parezca hoy debilitado como que rueda, sobre esa queja perpetua y esa desolación tan renovada, desde Dante y bien que se refiere a la Italia de Alfieri, de Corina y de Childe-Harold, de quien Manzoni ha dicho:

Pentita sempre et non cangiata mai,

el poeta evita el lugar común por su impresión sentida y profunda. Ni una palabra inútil concedida a la frase o a la armonía; es el pensamiento mismo quien centellea en su grito impetuoso:

*Se fosser gli occhi tuoi due fonti vive,*
*mai non potreble il planto*
*adeguarsi al tuo danno ed allo scorno;*
*ché fosti donna, or sei povera ancella.*
*Chi di te parla ó escrive,*
*che, rimembrando il tuo passato vanto,*
*non dica: giá fu grande, or non é quella?*
*Perche, perche? dov'e la forza antica,*
*dove l'armi e il valore e la costanza?*
*¿Chi ti discinse il brando?*
*Chi ti tradi? qual arte o qual fatica*
*o qual tanta possanza*
*valse a spogliarti il manto e l'auree bende?*
*Come cadesti o quando*
*da tanta altezza in cosi basso loco?*
*Nessun pugna per te? non ti difende*
*nessun de'tuoi? L'armi, qua l'armi: io solo*
*combattero, procombero sol oi.*
*Dammi, o ciel, che sia foco*
*agl'italici petit il sangue mio.*

"Si fuesen mis ojos dos fuentes vivas, aun no podría igualar el llanto tu desgracia y tu vergüenza, porque tú eras señora, y no eres ya sino una pobre esclava. ¿Quién habla o escribe de tí, que no diga al recuerdo de tu renombre pasado: Hé aquí una que fué grande y no lo es ya! Por qué, por qué? ¿Dónde está la fuerza antigua, dónde las armas, el valor, la constancia? ¿Quién te desciñó la espada? ¿Quién te traicionó? ¿Qué astucia, qué largo esfuerzo, qué poder tan grande pudo arrebatarte el manto y las bandas de oro? ¡Cómo y cuándo caíste de tal altura a lugar tan bajo? Nadie combatió por tí? ¿No te defendió ninguno de los tuyos? ¡Armas, armas aquí! yo solo combatiré y caeré solo; y quiera el cielo que para los corazones italianos mi sangre sea llama".

"¿Dónde están tus hijos? Oigo sonido de armas y de carros y de voces y timbales; en las regiones extranjeras combaten tus hijos. Atiende, Italia, atiende! Yo veo o creo ver una onda de infantes y caballos y humo y polvo, y el brillar de las espadas como entre las nubes y los relámpagos. Y tú callas y lloras y ni fuerza tienes para volver tu trémula mirada hacia la lucha dudosa! ¿Por quién, pues, combate en esos campos la juventud italiana? Oh dioses! los aceros italianos combaten por la tierra extranjera. Desgraciado quien cae en la guerra, no en defensa de las riberas patrias, por la piadosa compañera y los hijos queridos, sino en manos de enemigos que no son los suyos, por cuenta de otro, y no puede decir muriendo: dulce tierra natal, hé aquí la vida que me diste; yo te la vuelvo!

"Oh bienaventuradas y queridas y benditas las edades antiguas, donde las naciones corrían en tropel a morir por la patria, y vosotras, sed para siempre honradas y gloriosas, gargantas de Tesalia, donde la Persia entera y el destino pudieron menos que un puñado de almas heroicas y generosas!..."

Dirigiéndose aquí a las rocas, a los árboles y al mar, el poeta le pide la relación de aquella muerte in-

vencible, de aquella caída triunfante y rehace osadamente el canto perdido de Simónides.

Su segundo canto con motivo del *monumento preparado a Dante,* está en el mismo tono que el primero, pero sellado, si puede decirse así, con más sombría y patriótica amargura. Es a Dante poeta, a Dante ciudadano y patriota a quien se dirige, pidiéndole asistencia y socorro en el abatimiento de lo presente:

*O dell'etrusco metro inclito padre,*
*Se di cosa terrena,*
*se disco tei che tanto alto loeasti*
*qualche novella si vostri lidi arriva,*
*io so ben che por te gioia non senti,*
*chè saldi men che cera e men ch'arena,*
*verso la fama che di te lasciasti,*
*son bronzi e marmi; e dalle nostre menti*
*se mai cadesti ancor s'unqua cadrai,*
*cresca, se crescer puo, nostra sciaura,*
*e in sempiterni guai*
*pianga tua stirpe a tutto il mondo oscura.*

"Oh padre ilustre del metro toscano, si de las cosas de la tierra, si de esta patria que colocaste tan alto, llega alguna nueva a vuestras sagradas riberas, yo se bien que, por tí, ninguna alegría sientes, porque menos sólidos que la cera y la arena son los bronces y mármoles, junto al renombre que de tí dejaste; y si caíste un día, si pudieses caer nunca de nuestra memoria, crezca nuestra desgracia si crecer puede, y que tu raza desconocida del mundo sea condenada a eternos gemidos".

En este canto al Dante, en que zahiere a la Francia vivamente, Leopardi pinta con sangrientos rasgos la pérdida de las legiones italianas durante la campaña de Rusia y a los hombres del mediodía sepultados bajo los yelos, diciéndose, al lanzar su última mirada hacia la madre querida:

*....Oh non le nubi e non y venti,*
*ma ne spegnesse il ferro, e per tuo bene,*
*o patria nostra. Ecco da te rimoti,*
*quando piu bella a noi l'etá sorride,*
*a tutto il mondo ignoti,*
*moriam per quelle gente che t'uccide.*

*Di lor querela il boreal deserto*
*e conscie fur le sibilanti selve.*
*Cosí vennero al passo,*
*e i negletti cadaveri all'aperto*
*su per quello di neve orrido mare*
*dilacerar le belve;*
*e sera il nome degli egregi e forti*
*pari mai sempre ed ũño*
*con quel de'tardi e vili....*

"Ah si no fuesen los vientos y las tempestades, sino el hierro quien nos cosechase, y para bien tuyo, oh patria nuestra! Hé aquí que lejos de tí, cuando lo más bello de la edad nos sonríe, ignorados del mundo, moriremos por esta nación que te mata". "Y su queja, añade el Poeta, no fué oída sino del desierto boreal y de las selvas resonantes. Así vinieron al terrible paso, y las fieras desgarraron sus cadáveres abandonados sobre este horrible mar de nieve; y el nombre de los valientes y de los mejores se igualará para siempre con el de los viles y cobardes".

Pero el sentimiento estoico de profunda calma, fundado en el exceso mismo de la desesperación, le inspira este sublime consuelo:

"Almas queridas, bien que sea infinita nuestra desgracia, calmáos, y que esto os fortifique, que consuelo ninguno tendréis jamás en esta edad ni en las siguientes. Descansad en el seno de vuestra inmensa aflicción, o hijos verdaderos de aquella cuya suprema desgracia no ve otra capaz de igualarla que la vuestra".

Por aquellos años un nuevo espíritu agitaba toda la Península: Leopardi, uno de los precursores, sin fiar-

se demasiado en sus esperanzas, la presagiaba en su canto a Angel Mai. Este sabio y activo investigador acababa de encontrar la "República" de Cicerón después de las cartas de Frontón: preguntábanse todos adónde irían semejantes descubrimientos. Qué? ¿Resucitarán de la tumba los antiguos abuelos y no responderían los vivos? Cuando el gran renacimiento de las letras, la ruina de Italia aún no estaba consumada; al menor soplo circulaba en el aire la centella del genio. Las cenizas sagradas del Dante estaban aún calientes, y el dulce laúd de Petrarca no había cesado de resonar. Parte de aquí Leopardi para celebrar al osado Colón y a Ariosto y al Tasso, en estrofas de las más graciosa y más fiera belleza. Nosotros comenzamos por la que dice de Petrarca:

*....E le tue dolci corde*
*susurravano ancora*
*dal tocco di tua destra, ó sfortunato*
*amante. Ahi dal dolor comincia e nasce*
*l'italo canto. E pur men grava e morde*
*il mal che n'addolora*
*del tedio che n'affoga. Oh te beato,*
*a cui fu vita il pianto! A noi le fasce*
*cince il fastidio; a noi presso la culla*
*inmoto siede, e su la tomba, il nulla.*

"Y las dulces cuerdas susurraban aún al tacto de tus dedos, infortunado amante. Ay! por el dolor comienza y nace el italiano canto. Y sin embargo pesa y muerde menos cruelmente el mal que atormenta, que el fastidio que sofoca. O bienaventurado tú para quien fué vivir llorar! En cuanto a nosotros el fastidio nos ha estrechado en sus nudos, y cerca de la cuna y sobre nuestra tumba, la nada se sienta inmoble.

"Pero tu vida estaba entonces en los astros y con el mar, hijo audaz de Liguria, cuando más allá de las columnas de Hércules, y más allá de las riberas donde se creía por la noche resonar la onda al sumergirse el

sol, confiándote en las infinitas olas, hallaste el rayo del sol que se creía caído y el día que nace cuando desaparecía para nosotros. Rompióse por tí todo el contraste de la naturaleza, y una tierra desconocida, inmensa, sirvió de trofeo a tu viaje y a los peligros de la vuelta. Ay! ay! el mundo más conocido, no se acrecienta, sino que disminuye; y el éter resonante y la fecunda tierra y el mar parecen mucho más vastos al niño que al sabio.

"¿Dónde se han ido nuestros sueños afortunados que nos mostraban de ese lado el desconocido retiro de desconocidos habitantes, o bien el albergue de los astros durante el día, y el lecho misterioso de la joven Aurora, y el sueño oculto del grande astro por las noches? Hé aquí que se han desvancido en un instante, y se figura el mundo sobre estrecha carta; hé aquí que todo es semejante, y con el descubrimiento se ha acrecentado la nada. Tocada apenas la verdad, no eres verdad, oh imaginación querida; para siempre se aparta de tí nuestro espíritu; los años nos sustraen a tu primer orden, tan lleno de prodigios y parece el consuelo de nuestros sentimientos.

"Tú nacías, sin embargo, para los dulces sueños, y el primer sol te resplandecía en la vista, Cantor amable de las armas y de los amores..."

Nos detenemos aquí, pero se comprende bien todo lo que va a ganar en poesía y en frescura el retrato de Ariosto, viniendo después de los tintes severos de la realidad. Acaba este bello canto por un grito ardiente y una salutación simpática a Alfieri, a quien Leopardi llama *Victoriomio* y a quien se une como al único que hayan dejado en pié aquellos tiempos de ruina. En el prefacio en prosa de esta canción, Leopardi recordaba la palabra de Petrarca: *Ed io son un di quei che'l pianger giova,* y yo también soy de aquellos a quienes agrada llorar: "Yo no diré, añade, que la queja sea mi naturaleza propia, sino una necesidad del tiempo y del querer de la fortuna".

La data de esta canción a Angel Mai (1820) era cabalmente la del Carmagnola de Manzoni; flotaba, en fin, la bandera de una reforma literaria, y una juventud inmensa se agitaba al rededor. De menos edad que la mayor parte de los hombres de este movimiento primero, el precoz Leopardi principia con ellos, al lado de los Manzoni, los Berchet, los Grossi, detrás de ninguno.

El 1821, en el *aborrecido* Recanati, alterada más y más su salud, el dolor y la soledad le inspiraron mayor desesperación y más amargas quejas: tomó su poesía más alto vuelo y su desgracia hizo su gloria. Sería necesario analizar cada una de sus nuevas canciones, porque cada uno tiene su carácter y su belleza propia. Para las bodas de su hermana Paulina, compuso un epitalamio heroico que parece destinado a Cornelia: "Tendrás hijos desgraciados o cobardes, le decía; prefiérelos desgraciados". Pindárico es el canto que dirige *a'un Vincitore nel pabellone.* Aquel en que celebra la *Primavera,* en que pide a la naturaleza renaciente la edad de oro de las fábulas antiguas, desarrolla un pensamiento que le hemos visto expresar ya, hablando de Colón. El último *Canto de Safo,* vibrante de una salvaje aspereza y cargado de los más sombríos colores de Erebo, puede aparecer bajo esa máscara antigua un grito del alma del poeta, en una de esas horas en que él también estuvo tentado a arrojar su copa al cielo y rechazar la injuria de la vida;

*....Lucemque perosi*
*Projecerse animas....*

Pero es en la composición que tiene por título *Bruto Minor,* que debiéramos detenernos como una de las más hermosas. Considera a Bruto como el último de los antiguos, pero nadie lo es más que él. Es triste como un antiguo venido demasiado tarde. No ha querido entregar su espada y diez veces al día está por atravesarse con ella. ¡Melancolía alta y generosa, invencible acti-

tud, muda e indomable fiereza! En Leopardi, lo repetimos, ni una palabra inútil se concede a la necesidad del ritmo o al arrebatamiento de la armonía, la sencillez griega primitiva difiere poco de la que guarda y observa religiosamente en su formas.

Quisiéramos hablar de *El primer amor,* el *Pájaro solitario, El Infinito, La noche del día de fiesta, La vida solitaria, Los recuerdos, A Silvia, A Aspasia,* donde se refleja el relámpago de un deseo apasionado; pero no hacemos aquí un estudio profundo de Leopardi; indicamos apenas su genio y sus bellezas, para excitar a su estudio nuestra desgraciada juventud: permitásenos sentir la necesidad de recordar solamente la composición lírica del poeta, su canto íntimo *El Amor y la Muerte,* en el que se une el tono más viril con la gracia más exquisita.

Un día, Antonio Ramieri, su amigo y el editor cuidadoso de sus obras, debía llevarle al campo, a Portici: en el momento de partir el 14 de junio de 1835, Leopardi espira súbitamente; tenía 37 años, menos 15 días. Algunas horas antes había escrito a petición de un amigo, unos versos sobre el ocaso de la luna, (Il Tramonto della Luna) que terminaban así:

*Ma la vita mortal, poi che la bella*
*giovinezza spari, non si colora*
*d'altra luce giammai, ne d'altra aurora.*
*Vedova e insino al fine; ed alla notte*
*che l'altre etadi oscura.*
*Segno poser gli Dei la sepultura.*

Ay! El no asistió a la transformación heroica de su patria; él no vió arrojar al extranjero, al bárbaro, del jardín de Italia, ni vió italianos peleando por su libertad y su suelo, ni celebró la unidad querida que proclamaba Dante, ni divisó siquiera la aurora de tan bellos días. Pero ayudaste poderosamente, Grande, inflamando

las almas con tu poesía, haciendo odiosos al yugo extranjero y la miseria propia, prendiendo en los corazones una llama inextinguible, tomada en Maratón y las Termópilas, santificando la sangre derramada por la patria!

(De la *Revista Literaria*, págs. 369-375).



## ELOCUENCIA POLITICA

### I

El uso más noble que puede hacer el hombre de la palabra es el de tratar y defender en público los intereses del Estado y el de ilustrar y moderar a sus conciudadanos. La verdadera elocuencia política es una elocuencia grave, fundada en el conocimiento profundo de los hechos, nutrida con la meditación, animada por la filosofía y la historia y que sólo vive y se desarrolla en medio de instituciones liberales. Ella es el foco donde van a converger todas las luces y todas las fuerzas de cada país. Nada de tribuna bajo el despotismo, que es el monopolio de los derechos de todos en favor de uno solo, ni bajo la demagogia que nivela con la cuchilla en favor de la mediocridad o la estupidez; crece en medio de los gobiernos de discusión, bajo climas felices, como el último progreso del espíritu; y a la manera del hombre mismo, es el último día del Génesis de las producciones humanas. Cuando hay libertad en un país, el sentimiento que ella inspira, su reflejo, la efervescencia de la vida pública, y no se qué de activo y vital penetra por todas partes, se reproduce bajo todas las formas y hasta en nuestros estudios especulativos. La libertad parlamentaria es su expresión más pura y sincera. Sin ella, en

los tiempos modernos ¿qué puede hallarse sino la nulidad de la ciudadanía, la servidumbre del individuo y el despotismo que consume las fuerzas sociales y las suyas propias en la lucha desigual en que sucumbe? Y por una reciprocidad natural es en ese centro de luces y patriotismo que el poder público encuentra la fuerza para gobernar, el consejo, la acción, el crédito exterior, garantías contra las turbaciones públicas y medios para dirigir al pueblo por el camino del progreso y de la independencia.

Sí, la primer arma de los gobiernos representativos es la palabra pero una palabra vigorosa y práctica, pronta al asalto en los combates contra la arbitrariedad, generosa y valiente en la defensa del derecho y de la ley. Sólo ella lucha con violencia sin destruir, halaga y persuade sin lisonjear, y ella sola puede fundar un gobierno libre y regular, apoyado sobre los intereses de todos, la participación en los negocios de los hombres independientes e ilustrados y la elevación de la experiencia y el talento.

Pero ¡cuán difícil, si no se han formado en la oscuridad de un estudioso retiro, y preparado en la práctica de los negocios, hallar hombres patriotas, que sucediéndose en el camino de la legalidad y familiarizados con las mismas doctrinas, las defiendan y honren, sin exagerarlas jamás!

Yo voy a seguir a la elocuencia política en sus varias viscisitudes y a investigar las felices circunstancias que la hacen nacer o progresar; y deteniéndome ante el esplendor oratorio de Bolívar, terminaré por dibujar rápidamente, de perfil, a nuestros pocos y oscuros oradores.

## II

Esa masa inmensa y monótona no es el trono del espíritu sino el asiento de la materia. Aridas rocas se levantan al cielo; arenales profundos se extienden a lo lejos; los huracanes reinan con espantoso furor. Los ríos se precipitan sobre los campos como torrentes y mueven guerra al océano. El sol madura dos cosechas cada año. Una tempestad convierte los arenales en praderas, o las praderas en arenales. Su caña tiene sesenta piés de altura; de cada raíz de su higo nace una floresta: el tigre con un salto salva un ancho río; montañas aparecen o desaparecen tras una noche tempestuosa. O sobre los amantes brazos del Himalaya verdea el fresco valle de Cachemira fecundado, como el paraíso, por cuatro deliciosos ríos donde el hombre se empapa en un aire tibio y perfumado, adormecido, estático, sobre el seno de una naturaleza seductora que le embriaga como el amor, y le enerva como el placer.

Todo es allí más fuerte, más poderoso que el hombre. Extasiarse, adorar es su destino. Observa que le domina cuanto le rodea, y vagando sobre las alas de su imaginación, va de ilusión en ilusión hasta deificar la naturaleza y crear el panteísmo. El llega a tenerse a sí mismo por un fenómeno de la divinidad que le agobia y a su vida por una modificación de la materia pasajera; *maldice al que le aprecia* y se aisla con el *profeta de su corazón* (la conciencia). Extático ama las flores, el aire, los cambiantes de luz, los colores, la belleza personificada en la gacela y el loto sagrado o bien, se deleita en la muerte, en las heridas que recibe coronada de erizados cabellos y cenizas y cuyo pecho cubre espantoso collar de humanos huesos.

Ese pueblo es la India, el Africa de los ingleses. ¿Qué elocuencia podía existir en medio de la tiranía de la naturaleza y la esclavitud de la humanidad? La

oración, la súplica es su arma, el suicidio su valor. El perro ve desfallecer al hombre y aguarda silencioso su presa; la mujer se lanza a la hoguera de su marido.

III

El Egipto es una faz de la India. Se han encontrado analogías curiosas entre las raíces del sánscrito y las del antiguo cofto. Los egipcios vienen de Etiopía, como su Nilo, rodeado de desiertos, como su Armón, su Ibis consagrado a Isis y su figura exótica, anónima y desagradable. Aglomeración confusa de distintas razas, de sacerdotes y reyes y pueblos manumitidos, el Egipto no es a mis ojos el gran *jeroglífico* de la antigüedad, sino la esfinge monstruosa del desierto. Todo es allí fatalidad y muerte: los monumentos más grandes de su poder están consagrados a la nada; sus pirámides que sirven de sepulcros a vastas catacumbas de animales; necrópolis inmenso el Egipto entero de hombres y de brutos. Y todo es allí mentira; juzgan severamente a sus reyes difuntos, y Cheops y Chefren reposan en magníficos sepulcros, levantan bibliotecas y los libros duermen tranquilos como las momias en sus ataúdes; predican el respeto a los padres y entregan su cadáver al acreedor en calidad de retroventa. Y son esclavos de todos los pueblos que osan querer conquistarlos, desde el árabe beduíno hasta el persa y el griego y el romano y el bizantino y otra vez el árabe y el fatimita, y el mameluco y el turco y todos. La India es siquiera poética, un pueblo lírico; el éxyais es el himno; el suicidio encierra algo de grandeza; el egipcio con su cabeza dura como el granito de sus monumentos, es el pueblo más prosaico de la tierra. Panteísta como el indio, su religión es el fetiquismo, la religión del esclavo porque sólo el esclavo deifica a su tirano, al cocodrilo que bebe sangre y llora, a la serpiente que expía su presa bajo la

yerba. Ved sus obeliscos, a Ménfis, a Tentira, a Tebas de cien puertas, pero no os alucinéis; es la goma cristalina de los etíopes; bajo el aparente cristal hay un cadáver. Concibo el pensamiento del grande Albuquerque, cuando el siglo XVI propuso la destrucción del Egipto. Arrojando el Nilo sobre el Mar Rojo, el desierto avanzaría contra él con sus armadas de arena, y un día le habría bastado para añadirlo a sus soledades.

¿Qué elocuencia era posible en ese país decrépito que llama *niños* a las demás, dónde el *amor* no tiene palabra que lo signifique y las mujeres son tan feas como sus monstruos? Esas pirámides si no pregonan su vida intelectual ni su talento, son al menos *oraciones fúnebres* que anuncian que todo es *muerte y nada*... en el Egipto.

## IV

De su seno huye un pueblo célebre que a su Nilo y su *cebolla misteriosa*, prefiere las orillas del mar asfáltido y las rocas del Cedrón. Aunque educado bajo una oligarquía sacerdotal y aunque bajo el gobierno inmediato de Dios el sacerdote cede al guerrero, Aaron a Moisés, Samuel a David y los jefes del pueblo son los valientes, Gedeón y sus trescientos guerreros, Débora, la Pentesilea judía, y el Hércules de los hebreos, Sansón. Esa nación enseña la unidad de Dios y la libertad, y empieza por lucha por ella. El primer orador aparece entonces: Moisés lleva una vara milagrosa con que cubrirá el cielo de tinieblas y teñirá de sangre los ríos: Dios le envía a Faraón para que en virtud de los prodigios que obre, dé libertad a su pueblo, pero Moisés se excusa; el milagro no le parece bastante persuasivo. "Tú serás su Dios", añade el Señor, y Moisés teme todavía: "Aarón será tu profeta, tu orador", y a estas palabras él no titubea más, y vuela a reclamar la

libertad de un pueblo ante la corte de los Faraones. El poder de la elocuencia es de derecho divino.

Y la lengua hebrea había nacido para expresar los más vivos movimientos de la palabra. ¿Qué pide ésta sino acción, pasión, fuerza, ritmo? Ninguna lengua posee estas ventajas en tal alto grado. Todo en ella es acción, todo verbo; cada palabra parece un héroe de Homero, que corre, que vuela a un fin. Nada de nuestros difuntos sustantivos pálidos y fríos; animadas por una personalidad real, a cada instante, a manera de la crisálida, despliegan sus alas y obran como el verbo mismo. El pronombre es un monarca cuya acción se siente por todas partes; y el adjetivo, desdeñando el empleo servil y acomodaticio de nuestras lenguas es un ser especial, animado, activo.

Esa cualidad que el lenguaje envidia a la pintura, de acumular, de presentar a un tiempo los pensamientos, el hebreo es la única lengua que la posee. Las palabras no cojea pesadamente, como en nuestros pobres idiomas, al redor de un verbo, sino que basta una sola palabra para designar personas, números y acciones. Y en el fondo está lo radical, la imagen y la sensación que es la personificación, el enlace gracioso y el sentimiento interior y de la imagen exterior por el sonido. ¿Lloráis tristes recuerdos la muerte de vuestro amor, la ruina de vuestras esperanzas y un amigo repite débilmente vuestras quejas? Ese es el eco, *la hija de la voz de vuestro dolor*, como dicen los hebreos. Cuando el corazón se esparce, y habla y aún le falta qué hablar y tiene siempre qué decir ¿no es la onda que sucede a la onda en interminable movimiento? Pues ese eco tenue, esa onda que sigue a la onda, hé aquí el paralelismo de los hebreos. ¡Lengua primitiva y poética, llena de energía y novedad!

Bajo una teocracia el orador es el profeta; y como no hay oposición posible contra Dios, él le sostiene siempre contra los pueblos; y como de Dios no habla sino canta el corazón, sus oraciones, cuando no son las

sangrientas invectivas de Ezequiel, contra los hijos de Judá, son sus cantos sublimes sobre Tiro, los cuadros dolorosos de Isaías o las melancólicas lamentaciones del poeta del dolor. Oradores audaces, a la vista misma del suplicio hablan la verdad a los tiranos. "En este lugar, dice Elías a Jesabel, en que los perros han lamido la sangre de Naboth, lamerán la tuya". Cada una de sus noches era como la última de los Girondinos. Sobre esos tiranos de Israel, sobre ese pueblo ingrato que los cubría de lodo y los apedreaba, ellos adoraban al monarca eterno, a Dios, de quien Nahun contempló la faz. "Está en la tempestad, dice, el torbellino son sus caminos y las nubes el polvo de sus piés: grita al mar y se seca y los ríos se convierten en desiertos". La elocuencia y la poesía se confunden en las grandes teocracias.

## V

Sin duda la Europa fué algún día como las enormes masas de la India, privadas de vida o dotadas de una vida efímera y pasiva. Si es verdad que donde existe hoy el Mediterráneo se extendía un valle delicioso, cubierto de palmeras y perfumado como el Indostán, fué un gran día para la humanidad aquel en el que se estremecieron los Apeninos, Avila y Calpe rompieron sus lazos y fueron a situarse en guerra frente a frente y en que el mar se precipitó en medio, perdonando sólo las faldas de los montes y las fértiles mesetas que son hoy España, Italia y sus islas. El mar dibujó ese día de sus furores con la pasión de un artista, al pueblo más poético del universo. Así tras las tormentas, las rocas se alfombran de caracoles y plantas marinas y sus antros repiten el eco de los murmullos del océano que los visitó.

VI

¡Cómo se revela el destino de la poesía, bello, grandioso, pero múltiple, activo, caprichoso, en la variedad de sus valles y en ese dédalo de los montes y torrentes, cabos y golfos, islas y penínsulas! Nada de llanuras monótonas, de masas informes. El Pelóponeso, la Mesenia, Arcadia, la Argólida, el Atica, todos sus estados están divididos por ángulos y curvas tan marcados, acentuados tan poderosamente, que la Grecia, tan pequeña sobre el mapa, llama vivamente la atención por una especie de agitación febril que la distingue de todos los pueblos de la tierra.

El griego recibe colonias indias y egipcias y con ellas la teocracia tiránica y el monstruoso panteísmo; y divinizando todo esto por un poder singular de asimilación y de gusto, arroja de los templos a los informes dioses y de su cerebro como del de Júpiter, saca su Apolo en los campos de Arcadia, su Venus que sale del mar y la grave y poderosa Minerva. Las piedras ígneas (aereolitas) que adoran los egipcios, ellos las transforman en graciosas fábulas; y los arenales de Africa que levantan tempestuosos torbellinos, son Anteo, hijo de Neptuno y de la Tierra.

Pero divinizando los griegos a sus dioses, los humanizan también. Encierran en su ciudad la familia y la humanidad; y con aquel sentimiento ingénito de la belleza, de la variedad, de la elegancia y de la fuerza, vivifican y animan la naturaleza, asemejándose los dioses por un sublime antropomorfismo. Dije mal, Venus es menos bella que las vírgenes de Laconia; Mercurio menos elocuente que Pericles: Temis menos justa que Arístides; Minerva menos divina que el divino Platón; ninguno de sus dioses igualó a Sócrates; hasta los tiranos griegos eran más grandes; Milcíades no tiene competidor en el dilatado panteón de sus divinidades. Y Demóstenes, en la plaza pública de Atenas, suspen-

diendo con la palabra a un pueblo movible y caprichoso, y conmoviéndole a su arbitrio, no sé si es tan grande como la creación más poderosa de Homero, la de Júpiter llevando en sus manos los destinos del mundo y haciéndole estremecer con el Olimpo, a una señal de su frente. Todo es en aquel pueblo estético símbolo o tipo: las Danaides dan vuelta a su tonel; los buitres devoran las entrañas de Prometeo; las Gracias dan su ceñidor divino a la hermosura, las Parcas hilan el estambre de la vida... Y la Grecia misma ha venido a convertirse en el símbolo y tipo más perfecto de la belleza imperecedera.

Grecia es la libertad en el fatalismo antiguo; es la unidad del matrimonio que el Asia, inclusa Judea, no puede sobrellevar; es la personificación del combate de la Europa contra el Asia y la victoria celebrada en la Ilíada. Las tradiciones pelásgicas, bellas, graciosas, bajo el Abril de las primeras edades, se tornan en divinas flores; su espíritu sacerdotal y fatalista se evapora en la noche de los primeros tiempos. Cuando el Asia vuelva a desafiarla, la Grecia volverá a humillarla en los campos de Maratón y sobre las aguas de Salamina, hasta que la somete completamente con Alejandro.

La literatura de semejante pueblo no puede ser una literatura de imitación. Es la primera flor que se abre, la sonrisa primera de las Musas. ¡Por eso nos atraen sus libros con el invencible encanto de los primeros amores! La elocuencia que es el combate, allí debió reinar, donde luchaban sin cesar las ideas de Europa contra las de Asia, nación contra nación, ciudad contra ciudad, pueblo contra pueblo.

## VII

Yo voy a estudiarla en su primer orador, Demóstenes, y en el más celebrado de sus discursos, el de la Corona, en defensa de Ctesifón.

Ya no es Atenas aquel pueblo favorito de la libertad, cuyas instituciones democráticas que se pierden en los oscuros tiempos de las fábulas, animaban el espíritu patriótico de la Grecia, de quien era la admiración y la gloria. Las estatuas de Júpiter Olímpico y de la guerrera Minerva adornan todavía sus plazas, y de nuevo se coronan de flores las de Aristogiton y Armodio. Pronto sólo van a quedar de su esplendor pasado los grandes nombres y los poéticos recuerdos, el Pireo sin naves que venzan en Salamina, el Agora sin una voz elocuente que lo anime, templos y teatros de mármol, llenos de las obras maestras de los antiguos, motivo de oprobio para la raza de pigmeos que ha sucedido a la de los gigantes.

'Yo voy a recoger para nuestra juventud que lo necesita tanto, los últimos ecos de la elocuencia que resonaba en la plaza pública de Atenas, los últimos acentos del político y patriota Demóstenes. ¿Cómo latía el alma enérgica de este orador, cuando después de diez años de lucha contra Filipo, después de haber huído en la batalla de Queronea, su patria, sufrió el yugo de Alejandro, que va asegurado con la rápida e increíble conquista del Asia? Ah! Es bello cuando todo se ha perdido, aún la esperanza, oir reclamando una *corona* en nombre de la ley y la justicia para los vencidos, por las batallas perdidas, protestando contra el destino y ensalzando en nombre de las victorias pasadas de su patria, la gloria de sus derrotas presentes. Esto es alcanzar toda la altura del sentimiento político y llegar al bello ideal de la elocuencia.

Traduciré literalmente sobre el original griego, siguiendo la traducción *interlineal* de F. Beleze.

"Mas ya que este hombre se detiene tanto sobre el suceso, voy a oponerle una atrevida paradoja. Por Júpiter y los dioses que nadie se admire de mi exageración, antes bien cada uno considere con benevolencia lo que voy a decir.

"Si el porvenir se nos hubiese revelado antes del acontecimiento, y que tú, Esquines, nos lo hubieras predicho y atestiguado con tus palabras y bramidos, tú que en tal ocasión no hablaste una sola palabra, aún entonces Atenas no habría podido separarse del camino que ha seguido, por poco que hubiese estimado su gloria, sus ascendientes y la posteridad. Hoy ciertamente, parece haber sucumbido en una empresa, lo que puede suceder a todos los hombres, cuando lo quiere así la Divinidad, pero aún entonces si después de haberse juzgado digna de estar al frente de las otras ciudades, en seguida hubiera abandonado este puesto y entregado los pueblos a Filipo, habría merecido una eterna censura.

"Si hubiese abandonado sin combate tales honores, cuando no hubo peligros que nuestros padres no despreciasen por defenderlos, ¿qué hombre no te habría escarnecido? Porque el menosprecio no habría caído ni sobre Atenas ni sobre mí. Pero ¿con qué ojos, por Júpiter, osaríamos entonces mirar los hombres que llegan a esta ciudad, si estando las cosas en el estado en que están, y elegido Filipo por General y señor de todos, otros hubieran sostenido el combate, sin nosotros, cuando la ciudad de Atenas en los tiempos que han precedido, ni un sólo instante había preferido una seguridad deshonrosa a los peligros buscados por la gloria?

"¿Quién de los helenos, quién de los bárbaros ignora que los tebanos y los lacedemonios, señores antes de ellos, y el rey mismo de los persas, habrían concedido tales bienes a la ciudad de Atenas con la libertad de tomar y conservar la parte que quisiese, por poco que hubiera consentido en obedecer y dejar a otro la dominación de la Grecia? Pero esto no estaba, me parece, en los usos hereditarios de los atenienses de entonces, ni les era soportable ni conforme tampoco a su carácter; ni en toda la duración de los siglos pudo nadie persuadir a esta ciudad a mantenerse en tranquila esclavitud bajo la mano de opresores poderosos e injustos.

Luchar sin cesar, aventurar su salvación por el precio más noble del honor y de la gloria, he aquí lo que en todo tiempo ha hecho Atenas con constancia. Y esto lo juzgáis tan digno en sí y es tan conforme a vuestras costumbres, que reserváis sobre todo vuestros elogios para aquellos de vuestros antepasados que lo han practicado. Era una justicia: ¿quién no admiraría, en efecto, la virtud de estos hombres capaces de dejar la patria y la ciudad, que suben sobre galeras para no someterse, que eligen por jefe a Temístocles que los aconseja esta partida, mientras a Circilo, que les ha aconsejado obedecer, le lapidan sobre la plaza y su mujer misma es apedreada por las mujeres de los atenienses? Porque los atenienses de entonces no buscaban un orador ni un general que los hiciese gozar de una feliz servidumbre, ni creían digno de ellos el vivir, si no les era dado vivir libres. Cada uno pensaba que había nacido no sólo para sus padres sino también para su país. Qué diferencia hay entre estas dos cosas? Hela aquí. El que se cree nacido para sus padres solamente, espera la muerte fijada por el curso del destino y que viene a su tiempo; pero el que se cree nacido también para su patria, quiere morir antes que verla esclava, y juzga más espantosas que la muerte las humillaciones e injurias que deben sufrirse en una ciudad subyugada.

"Si me aventurase, pues, a decir que soy yo quien me he puesto delante, para inspiraros pensamientos dignos de vuestros abuelos no hay quien no pudiese reconvenirme con justicia; pero hoy confieso yo mismo que tales determinaciones eran vuestras, y pruebe, que antes de mí, Atenas había pensado de esta manera. Alguna influencia en las cosas hechas, hé aquí lo que yo digo que me pertenece. Pero este hombre, que le acrimina todo y os manda ser implacables para conmigo, como para con el autor de las alarmas y peligros de la ciudad, al mismo tiempo que aspira a despojarme de un título de honor, es arrebatada para siempre vuestra gloria; porque si por no haber sido mi política la mejor,

condenáis a Ctesifon, parecerá que faltásteis vosotros mismos en lo pasado y no que habéis sucumbido únicamente por la malignidad de la fortuna. Pero nó, vosotros no habéis errado, atenienses, por haber escogido el partido de menospreciar el peligro por la independencia y la salud de todos. No, yo lo juro por los que se expusieron en Maratón y por aquellos que estaban colocados en batalla en Platea, y por los que combatieron en Salamina y en la batalla de Artemisa y por muchos otros que yacen hoy bajo la piedra de nuestros monumentos públicos, hombres valerosos a quienes la ciudad ha dado igual sepultura, oh Esquines! juzgándolos dignos del mismo honor, aunque no hubiesen triunfado. Ella era justa en esto, porque la obra de los hombres de corazón todos la habían concluído, aunque tuviesen la parte del destino que Dios había señalado para cada uno de ellos".

Esto es de una belleza sin igual. Qué acento el de esa alma antigua! Cómo late en todo esto el corazón del ciudadano! Qué gravedad, qué calma en medio de tanta vehemencia! Cómo ensalza al pueblo asociándose a él! Cómo se hace él mismo independiente del destino, elevándose a un fin moral más alto que los acontecimientos! Y todo ésto es nuevo, contemporáneo y por eso mismo consolador. En la amargura de la derrota queda al alma la satisfacción de la justicia de la empresa. Se frustran los esfuerzos, vienen largas cosechas de cadáveres y sangre.... Qué! ¿Habría valido más no emprender nada por el derecho y la libertad? ¿Esos ensayos, aun frustrados, no son una protesta contra la tiranía y un reclamo de su derecho?

Esquines, condenado como acusador temerario, escogió a Rodas por asilo. Rodeado allí de numerosos discípulos, les leyó un día ambos discursos; celebraron el suyo; aplaudieron más vivamente el de Demóstenes: "Eh! dijo entónces Esquines, ¿qué fuera si hubiéseis escuchado este ser sobrenatural pronunciar él mismo lo que acabáis de oir?"

Qué ha sido de la Grecia? "¿Habéis contemplado un cuerpo sin vida, antes que haya corrido el primer día de la muerte, este día sombrío en que la nada comienza, en que el peligro y el dolor acaban, antes que los dedos de la destrucción que todo lo borran, hayan hecho desaparecer los rasgos, en que aún sobrevive la belleza? ¿Habéis observado este aire angelical y dulce, este éyasis de reposo, estas facciones fijas pero tiernas, que surcan la calma lánguida del rostro? No era este ojo triste y cerrado, sin llama, sin sonrisa ni lágrimas; no era esta frente inmóvil y fija de donde la helada apatía de la tumba arroja un secreto espantoso al corazón que la contempla, como si su vista pudiese comunicarle el destino que teme y de que no puede apartar sus miradas. Y si no fuese ésto y esto solamente, hay instantes, hay una hora de ilusión engañadora en que dudaría uno del poder de la muerte. ¡Tan tranquila y suave es la belleza del primero y último aspecto que nos revela! Tal es también el aspecto de esta ribera; aún es la Grecia, pero no la Grecia viva; al mirarla fría, más encantadora, muerta, más bella, tiembla el corazón porque falta el alma a este bello cuerpo. Ha conservado su belleza en la muerte, esta belleza que sobrevive al último soplo, este encarnado de funesto augurio, que la muerte misma no destruye, último rayo de la fisonomía, aureola de oro al redor de la destrucción, último reflejo del sentimiento que ha desaparecido, centella de esta llama que viene acaso del cielo, que alumbra aún, pero que no calienta a su cuerpo querido".

## VIII

Roma es el modelo sobre que se han constituido las naciones modernas. Monarquías moderadas y absolutas, aristocracias militares o industriales, repúblicas, despotismos de un hombre, despotismo de la plebe, to-

do halla en aquel pueblo poderoso grandes ejemplos y sistemas. Cubrirse con un pedazo de la púrpura de sus emperadores vencidos, ilustrar sus leyes con fragmentos de sus códigos hollados, decorar su informe civilización con los recuerdos de la civilización que destruyeron, fué la ambición de sus mismos conquistadores y títulos de gloria entre las huestes salvajes que conducían. Desde el siglo XI Roma ha sido el bello ideal de los gobiernos; Maquiavelo y Monstesquieu lo han admirado; lo divinizó Vico; y el nombre de Emperador (*Imperator*), título militar de los tiranos de Roma, florece todavía en Europa, después de tantos años, como un recuerdo vivo de la influencia de aquel poder.

Y qué era Roma? Cuál su religión? Sus costumbres? Su elocuencia?

Por qué variedad de accidentes se reunieron allí la civilización oriental y la occidental, las tradiciones sacerdotales de los Pelasgos y Etruscos y las tradiciones heroicas; de qué modo los sabinos, raza septentrional y guerrera, sometieron las siete colinas que habitaban los pelasgos; si las reconquistaron de nuevo los lucomones de Tarquina, dándoles la civilización etrusca; si los siete rayos de Tito Livio no son sino tipos idealizados de siete épocas diferentes, la heroica designada por Rómulo, la sacerdotal por Numa; si Tarquino el Soberbio fué el amigo del pueblo, y Bruto un esclavo astuto, que lo traiciona en servicio de la aristocracia oriental que aquel lucomeno había sujetado; he aquí cuestiones que toda la erudición e inteligencia de Niebuhr no han podido resolver. Las generaciones pasarán leyendo el poema heroico, cuyos fragmentos nos ha conservado Tito Livio.

Roma en sus principios invocó dioses latinos y etruscos, griegos y sabinos: Saturno era del Lacio, Jano de Etruria, Rea de Grecia y Marte era sabino. Raza guerrera e iconoclasta, la religión de los romanos es el protestantismo antiguo contra la India y el Egipto. Cuando abrieron su panteón a los dioses sirios, persas

y africanos, al equívoco Athis, al sombrío Serapis y a la sanguinaria Mitra, es porque la conquista reaccionaria de las nacionalidades vencidas comenzaba por la religión.

Pueblo positivo, Roma practicó la primera las doctrinas del utilitarismo; la propiedad, bajo la invocación del dios Término, tuvo altares por todas partes. Mientras los griegos se ocupan en representar sus dioses bajo graciosas formas, los romanos les señalan funciones peculiares a su perfección, y se valen de la religión para extender su política y asegurar sus conquistas, explotándola también contra el ardor de la plebe y en favor de la aristocracia, bien sea que ésta augure o posea, se case o juzgue. La palabra Roma encierra su carácter y destino, cuando significa Flora en un pueblo rural y agrícola, o cuando denota fuerza en la nación que hizo de la fuerza un derecho y lo impuso al mundo. No comprendo su nombre misterioso, su anagrama *amor* si no expresa el afecto interesado de los patricios entre sí; porque su plebe con sus tribunos y centuriones y sembrando sus huesos por todo el mundo, población inmensa entregada al contubernio y a la degradación de siervo o del deudor, es la plebe más esclava de los tiempos antiguos.

Cuando Roma fué bárbara tuvo virtudes. Cuando con la conquista de Grecia, adquirió el gusto de las letras y las artes, se corrompió; cuando extendió sus conquistas a todo el mundo, la corrupción llegó a tal punto, que no hay libro más peligroso para las costumbres y el corazón, que su historia social y política desde Sila y Mario hasta Rómulo Augústulo. La sensualidad y el hábito de derramar la sangre constituían al romano; hasta tuvieron esos vicios, si se creen sus escritores, un carácter religioso; de Campania recibieron los juegos de los gladiadores, y las fiestas de Baco tuvieron una pompa escandalosa; al cesar los sacrificios humanos, trajeron leones que despedazasen al hombre.

La historia de Roma es la de sus metamorfosis. Cada siglo desaparecen algunas de sus razas, que se perpetúan aparentemente por la adopción. Esta necesidad de reclutar nuevos hombres era sin embargo una esperanza de progreso para la plebe ambiciosa y rica. Mario llega así por siete veces al consulado y Cicerón a ser llamado Padre de la Patria. El resto de la plebe romana era un agregado informe de esclavos y manumisos.

César cambia de pronto la constitución y el gobierno de la aristocracia de Roma. El extiende a todos los pueblos la adopción romana que había comprado con tantos esfuerzos la Italia misma, y los convida a la ciudad eterna. Francos, godos, germanos, todos son hijos de Roma y senadores... "Se ruega, decía un cartel hablando de los nuevos *Padres conscriptos,* se ruega al público indique a los senadores el lugar del Senado". ¡Cómo se parecen todas las épocas!

Roma se asimila a todo el mundo y es por esto que perece. ¿Buscáis sus razas heroicas? Yacen en los campos de los mismos pueblos que se honran con el nombre de romanos. Allí blanquean sus huesos! Roma, la tirana, está mandada por sus vencidos, por africanos y sirios, Caracalla, Heliogábalo; por oscuros paisanos de Iliria, Aurelio, Probo; por bárbaros mismos, por Filipo, árabe, y por el godo Maximino. Alarico halló viejos recuerdos en el palacio de los Césares.

Y Roma era la tierra de la elocuencia. La lucha ardiente del Senado y la plebe, de los cónsules y los tribunos, los intereses opuestos de los partidos, la condición de los jueces, la forma misma de la justicia, el lugar en que se administraba, la plaza pública, el carácter de las acusaciones frecuentemente políticas, la presencia de los dos bandos, la de los dos oradores, la de sus clientes y los clientes de los patrocinados, la multitud del pueblo, todo esto hace de Roma el país clásico de la oratoria. No son estos discurridores solemnes de Inglaterra, estos hombres de letras de Fran-

cia, que en períodos armoniosos, deslíen lo que han estudiado tranquilamente en su gabinete. El orador romano, armado del dón súbito, inesperado de la palabra, pronto al ataque, vivo en la defensa, aterra por su poder y grandeza y admira por su intrepidez, guerrero indomable en la tribuna. Esos discursos de Cicerón, tan aplaudidos, son apenas reflejos débiles de su elocuencia. El no debió lanzar del Senado a Catilina con frases tan cadenciosas, ni pudo hallar tan felices sinónimos, ni envenenar con tanto arte sus invectivas, ni cuidar del *esse videatur* para rematar sus cláusulas. Leyendo el cuadro que nos traza de Craso en su libro de los Oradores y al principiar el tercer diálogo de esta obra admirable, la pintura del fin de los grandes oradores, de Craso mismo, Q. Cátula, M. Antonio, C. y L. César, Publio, etc., devoradas por las pasiones políticas y la tribuna o por el hacha de los partidos, nosotros alcanzamos una idea de lo que era aquella elocuencia libre, enérgica y tempestuosa de la tribuna antigua.

Ella cayó con la libertad romana que era su alma y creció en lugar suyo la frívola y fastuosa elocuencia de los retóricos y la elocuencia lucrativa y sanguinaria de los delatores, *lucrosam et sangüinolentam,* de que habla Tácito.

Cicerón asistió a los últimos días de la república romana, a las facciones militares de Sila y Mario, Pompeyo y César, a las facciones permanentes de los patricios y plebeyos, a las facciones sangrientas de la demagogia y el crimen. El tuvo que atravesar por en medio de la corrupción de costumbres, de la vileza del pueblo, de la degradación de los caracteres y que acomodarse con los acontecimientos y la tiranía y con todos los vicios de una sociedad vieja y enferma. En el fervor del patriotismo y el fuego de la juventud, no sé si crió esta conjuración de Catilina que hiere con tanta buena fe, y que trae combates y triunfos. Su mujer, Terencia, le fuerza a degollar a Léntulo y a otros conjurados en la prisión. Hombre dulce y tímido, la sangre de estos

facciosos a quienes protegía la Ley Semprenia, le siguió durante su vida y dió pretexto a las persecuciones de Clodio. De pronto el entusiasmo de los caballeros le ofuscó y sedujo; soñóse un héroe, invitó a los oradores y poetas a celebrar su consulado; lo celebró él mismo y hasta se creyó superior a Pompeyo:

*Cedant arma togae....* (1)

(De la *Revista Literaria,* págs. 430-432, 450-455 y 472-474).



(1) No concluyó González este estudio sobre la elocuencia romana. Entre sus papeles se han encontrado las páginas sobre la elocuencia francesa que insertamos a continuación.

## MIRABEAU

## ORADOR Y HOMBRE DE ESTADO

El hombre que piensa tiene dos patrias, aquella en que el cielo le hizo nacer y la Francia, el país del pensamiento. Se familiariza un hombre con los grandes escritores de Italia; profundiza los tesoros literarios de Inglaterra y Alemania; pero él sabe que es una obra extranjera la que admira: las ideas, los caprichos, los idiotismos, permítaseme la expresión del pensamiento, las bellezas mismas, no son cosmopolitas; se imitan oficialmente, y todos observan la imitación. Pero cuando se leen los autores franceses, algo hay en ellos que nos arrebata y atrae poderosamente: los sistemas se convierten en frases graciosas que nos seducen o en victoriosos raciocinios que nos someten; las abstracciones alemanas se hacen risueñas y se humanizan los arranques egoístas de Inglaterra. Cada pensamiento de un escritor francés *da la vuelta al mundo*.

La escuela literaria francesa ha imperado en España, dominado en Italia, inspirado a Inglaterra, y se ha infiltrado en Alemania.

¿Qué pueblo antiguo puede compararse con la Francia? Ella participa de Grecia y Roma; es fina, urbana, estética, voluble y graciosa como Atenas; es grave, austera, belicosa, incontrastable como Roma.

A cada pueblo ha otorgado el cielo un atributo: Alemania, piensa; Italia, canta; Inglaterra, manda; la Francia es el soldado de Dios, el brazo de la humanidad.

Para las revoluciones sucesivas del globo necesitó Dios del fuego y del agua: para variar la faz política del mundo, no necesita sino del francés.

Qué lugar hay célebre en el universo que no haya estado sujeto a esta poderosa raza? Los galos han tomado a Roma y saqueado a Grecia; antes que Mahomet, han mandado en Bizancio y acampado sobre las ruinas de Troya; ellos han poseído el reino de Mitrídates y vencido a estos Escitas que vencieron a Ciro. Los galos han hecho al Asia tributaria, han constituído la omnipotencia de Aníbal, han dado la victoria a César y entregado a Augusto el señorío del mundo. Hay algo de providencial y misterioso en el destino de este pueblo que detiene al árabe, preside las cruzadas, conquista a Inglaterra y al són de la Marsellesa, oye las campanas de las viejas catedrales repicar sus victorias, ve coronas a sus piés y a los reyes espantados que vienen entre el polvo del combate, a besar las plantas del primero de sus soldados.

Todo es en Francia mezcla, fusión, armonía. El galo, el franco, el burgoñón, el romano, el céltico, el normando, razas caucásicas, puras, inteligentes, forman un pueblo de los mismos intereses y sentimientos. El Norte y el Sur no luchan sino para fundirse: sus usos, sus leyes, sus opuestos derechos vienen todos a reconciliarse en su *código*. La Francia no sufre largo tiempo ese cenáculo de nobles que se ciernen sobre el pueblo, después de haber vencido a sus seres, sino que sus reyes imponen y avasallan a los nobles en provecho de los pueblos.

El genio francés es el genio de la discusión, de la retórica y de la elocuencia. Esta gente nacida entre tumultos, *nata in varios tumultos gens,* según Tito Livio, vino a ser después en la misma Roma que saquearon,

heraldos públicos y abogados, *Insuber, id est, mercator et præco* (Cicerón, fracm. nipis). No sé si es Catón quien dice: *Pleraque Gallia duas res industriosissine perseguitur, virtutem bellicam et argute loqui.* Ello es que los oradores galos se obstinaban con tal frecuencia en monopolizar la palabra, que según Estrabón se había ordenado que un ministro público les impusiese silencio, y si no obedecían, se les aproximase espada en mano y cortase de su *jaiquiér* un pedazo suficiente para dejar el resto inutilizado.

Y la prosa es el arma natural de los franceses. ¿Quién puede llamarse prosista al lado de Bossuet, de Pascal, de Voltaire, de Chateaubriand? El verso es el lenguaje natural y expresivo de las aristocracias, de los Dioses; la nación creada para ser el lazo de las nacionalidades, que se asimila al genio, los talentos, las virtudes y el sentimiento de todos los pueblos para reproducirlos, correo de Dios, instrumento de la Providencia, necesitaba de un lenguaje claro, preciso y natural, de una lengua antipoética, democrática, fácil y transparente como el aire.

Toda idea grande ha venido de Francia o por Francia. Ella ha comprendido el idioma de los pueblos que sufren y le dicen y el de los pueblos crucificados que callan. Es el pensamiento y la tradición de todas las naciones que se reconocen en ella y que como aquellos romanos que crucificaba Verres, mueren, vueltos los ojos hacia esta Roma de las almas: Irlanda la hambrienta; Alemania la pensadora, condenada a no pensar; Italia asombrada de su unión pasajera quizás y esta Polonia, el Cristo de las naciones, dividida y sangrienta entre las garras de tres tiranos.

Para que la Francia sea destruída no basta la voluntad del hombre. El Océano, el Mediterráneo, los Alpes, los Pirineos hacen guardia a su alrededor. Un día en Pilniz los poderes de Europa resolvieron en su rabia dislocar los miembros de tan poderoso gigante y al punto vióse el territorio francés estrechamente uni-

do y coronado de cañones y bayonetas, lanzarse formidable sobre Niza y Saboya y sobre la ribera izquierda del Rhin. La Francia es un todo indestructible.

Y ella es como aquel niño que se adornaba de flores sobre el altar de la federación. Velaba toda la tierra a su lado con miradas amantes, asociándose a su destino y siguiéndola con inquietos pensamientos. Las naciones vuelven a París sus miradas como a la nueva Jerusalén y cada pueblo parece dirigirle estas palabras con que Aviñón saludó a la Asamblea francesa: "Franceses, reinad sobre el mundo". "¿Para qué la colocó Dios a igual distancia del Polo y del Ecuador, sino para ser la cuna y el centro de la confederación general del mundo?

Lo que piensa cada pueblo, Francia lo piensa; lo que siente cada nación, Francia lo siente. Se ha dicho bien que ella es el cerebro y el corazón del mundo. Allá en un tiempo, en el fondo de la Alemania, hubo un ser extraño y poderoso; representante de la escolática, era un sistema viviente, una roca silogística contra la cual se habían quebrantado religiones y filosofías. Todos le llamaban Manuel Kant; él era *Crítica.* Por sesenta años este ser abstracto, a la misma hora, por igual número de minutos, sin saludar a nadie, describe una misma órbita. Un día ese planeta cambia de dirección. ¿Por qué ha desarreglado su giro? Adónde va? Qué busca? El se dirige al Oeste... por donde viene el correo de la Francia con las nuevas de la Revolución.

A pueblo tan grande y generoso era de justicia que perteneciese el primer orador del mundo.

Había llegado su último día a la edad media, prolongada entre el pomposo reinado de Luis XIV y las brillantes orgías de Luis XV. Aunque la vestidura de hierro que la cubría hubiese desaparecido hacía dos siglos, ella vivía con toda su fiereza en la esclavitud del pueblo, en la nulidad de la ciudadanía, la desigualdad

personal y el insolente poder del feudalismo. Conmovida fuertemente por el hacha ruda de la filosofía, deslustrada en el corazón de los pueblos por la disolución de la corte, las miserias de los grandes, el escándalo de fortunas acumuladas por el egoísmo y la bajeza, por el desorden de los poderes y la impotencia de la monarquía, sólo se aguardaba el Sansón que, sacudiendo con violencia el edificio de la antigua sociedad, lo derribase a sus piés.

Tal fué Mirabeau: estos eran los fines a que le había preparado su destino. Cuando la hora del progreso suena, y Dios va a realizarlo en el mundo, el instrumento aguarda impaciente su señal. Dios verificó la revolución francesa por medio de Mirabeau. El viene al mundo con dos dientes en señal de la fuerza y exuberancia de su naturaleza. Sus padres, los *Riquetti,* le dan el ardor, la audacia, la altivez y fiereza de carácter de su compatriota Dante, proscrito como ellos: de su madre, María de Vassau, recibe los instintos pródigos y sensuales, la gracia gala, algo de humano y comunicativo, que sin alterar el expresivo tipo paterno, lo modificaba en provecho de su ascendiente y futura popularidad. La viruela mancha su rostro viril: cierto ungüento empleado por su madre lo broncea. Su padre halla en él un *macho monstruoso* en lo físico y lo moral. "Tú no serás sino un cardenal de Retz"; "desde César la audacia y la temeridad en nadie se habían reunido tanto como en él". He aquí injurias atroces en que se trasluce el asombro antipático del padre por las cualidades del hijo. La naturaleza había apurado todos sus recursos para hacer singular e imponente al futuro tribuno; la regularidad de facciones habría sentado mal a aquel corazón tempestuoso y a aquella voz de enfurecido mar.

Para prepararle a la lucha, la autoridad paterna y la monarquía agotan sus recursos: en su casa, el espectáculo de la lucha violenta de sus padres y más tarde la de él y de su esposa. Ni la lucha de las batallas debía

faltarle; él se distinguió como capitán de dragones en la guerra de Córcega.

Luégo vinieron sus combates contra la adversidad y las cadenas, contra la tiranía de su padre, *el amigo de los hombres*, que le alcanza por todas partes, contra la soledad y el aislamiento que fortifican las almas grandes y las disponen a la acción. Desde Manosque al castillo de If, desde el castillo de If al fuerte de Jouy, forzado a huir, a ocultarse, perseguido, indigente, encerrado despóticamente en el pontón de Vincennes, sufriendo la tiranía doméstica y política, él se ejercitaba en conocerlas y odiarlas, para combatirlas.

El amor viene en medio de todo esto a completar este carácter poderoso y múltiple. ¿Y qué relación hay entre este sentimiento egoísta y el talento del arador, sus impetuosos arranques, su pasiones vehementes y poderosas palabras? Nada existe como el verdadero amor para templar los grandes caracteres. Si amores fáciles y plebeyos debilitan y alteran el espíritu más fuertemente delineado, el amor a través de peligros y tragedias, probado en el infortunio, más sensible por sus sufrimientos que por sus goces, sostiene y asegura el corazón y le prepara a las borrascas de una existencia llena, movible y tumultuosa. Aún hay más, para el tribuno el fuego del amor es el fuego eléctrico de la oratoria; su constancia, la firmeza incontratable del político, sus sacrificios, la abnegación del reposo y la vida ante el altar sagrado de la patria. *El amor le ha hecho inmortal,* ha dicho Voltaire de Petrarca, y lo mismo podría decirse de la mayor parte de los grandes hombres. Mirabeau estaba en el fuerte de Puertalier (en el Jura) cuando conoció a María Teresa Richar de Bufley, casada a los diez y siete años con el anciano marqués de Monnier. ¡Su amante la consagró a la inmortalidad bajo el nombre de *Sofía!* ¿Quién no conoce estas cartas donde respira un fuego profano, la ternura de los amantes, sus desgracias, el encierro de la úna en un convento, la prisión del otro en un pontón de Vincennes?

Carácter ardiente, impetuoso, naturaleza rica, superabundante, corazón que siente la fiebre del amor que pintó Rousseau, irritado por prisiones largas e injustas, por asíduos y profundos estudios, bajo la influencia de una tiranía constante y odiada, alentado por la resolución y audacia que da la costumbre de combatir, por la confianza que inspira la propia fuerza, por el Dios interior que le inspiraba, hé aquí a Mirabeau en vísperas de la revolución.

Llegó el año de 1788!

Mirabeau es el orador en las tempestades eleccionarias, en medio de los tumultos populares, en la Asamblea nacional, en los Clubs, en el lecho de la muerte.

Vésele en los Estados particulares de Provenza reunidos en Aix; la nobleza que le teme primero y le corteja, tiene al fin la imprudencia de excluirle por no ser *poseedor de feudos*. En vano por un discurso lleno de fuerza y elocuencia, Mirabeau emprende convencerla y persuadirla: ella entra en el delirio, le ultraja, excita su cólera y provoca aquella famosas palabras que repetirán los siglos, rayo que abatió la aristocracia y abrió al *tercer estado* su camino: "En todos los países, en todas las edades, los aristócratas han perseguido implacablemente a los amigos del pueblo, y si no sé por qué combinación de la fortuna, uno de éstos se ha levantado en su mismo seno, es sobre él que han herido con predilección, ávidos de inspirar terror por la elección de la víctima. Así pereció el último de los Gracos por la mano de los patricios; pero herido de muerte, lanzó el polvo hacia el cielo, poniendo por testigos a los dioses vengadores. Y de este polvo nació Mario; Mario, menos grande por haber exterminado a los Cimbrios, que por haber abatido en Roma la aristocracia de la nobleza".

Su voz, estrenada apenas, pacifica a Marsella, salva a Aix, proteje al Obispo de Sisterón en Manosque, abarata el pan en Tolón, y toma sobre las revoluciones

el poder del *quos ego,* que pronunciaba Neptuno sobre las tempestades.

Mirabeau es la personificación ardiente y pura de la revolución francesa, cuando aún no estaba afeada con sangre, cuando aún era la solicitud y el amor de los hombres patriotas. Y su voz potente era la expresión de toda la filosofía del siglo, de todas las aspiraciones de los espíritus distinguidos, de toda la cólera de los oprimidos, de todas las esperanzas del pueblo, de la inquietud de las almas, y del amor a la libertad, a la igualdad y a la Francia.

Pero él era sobre todo el grande instrumento de la Providencia, sirviéndola con sus gigantescas fuerzas y sus poderosos instintos, aún a despecho de su voluntad. Una noche, allá en una visión celeste, entre el prestigio del misterio, se le aparece la reina orgullosa y confusa, humillada y heroica, y sobre todo hermosa, con los hechizos de la juventud, de la majestad y del dolor. El corazón del tribuno, sensual y ardiente, la admira, lleva aquella imagen por todas partes, se jura a sí mismo salvarla, y hasta sacrificarle la vida. Realista de convicción como todos los políticos de su tiempo, dispone sus medios y reune sus fuerzas, pronto a lanzarse entre las facciones y libertar de sus garras la monarquía. Ah! en el momento decisivo, él no es dueño de sí mismo; ningún recuerdo es poderoso a enervarle, a debilitarle; el demonio de la revolución se despierta en él; enciéndese sobre la trípode oratoria; obedece como Balaan al Dios que le inspira, y lanza el rayo exterminador sobre lo mismo que quería proteger. "Si se apela a la historia, grita, no olvidéis que se ve desde aquí, desde esta tribuna, la ventana desde donde un rey, armado contra su pueblo por execables facciones que cubrían su interés personal con el de la religión, disparó contra él y dió la señal de la *San Barthelemy*". "El día (responde a los que preguntaban cómo se había convertido la Asamblea nacional en Convención) el día en que hallando esta sala cerrada y manchada con las bayonetas, corri-

mos al primer lugar que pudiese reunirnos y juramos perecer antes.... ese día si no éramos Convención, llegamos a serlo.... Que vayan a buscar ahora en la vana nomenclatura de los publicistas la definición de esta palabra: Convención nacional! Señores, sabéis todos el rasgo de aquel romano, que para salvar a su patria de una grande conspiración, se había visto forzado a exceder los poderes que le conferían las leyes. Un tribuno capcioso le exigió el juramento de haberlas respetado. Pensaban con este insidioso interrogatorio colocar al Cónsul en la alternativa de un perjurio, o de una confesión embarazosa. Yo juro, dijo el grande hombre, yo juro que ha salvado la República. Señores... yo juro que vosotros habéis salvado la *cosa pública*".

La monarquía quedó aterrada!

Aislados estos rasgos, sin que los anime la voz de Mirabeau, parece que dudáis de su inevitable poder... ¿Cómo haceros sentir la autoridad, el despotismo de su palabra?.... Suponeos un hombre de actitud fiera, de soberbio y desdeñoso gesto, de fealdad osada, resplandeciente, épica, en cuya voz imperiosa y sonora, respira el hombre de las turbaciones y la guerra, que lleva con orgullo el escándalo de su nombre, nueva seducción en una época de vicios, y que dá proporciones heroicas a cuanto dice por la grandeza de sus concepciones y el fuego de su imaginación. Dadle lo oportuno de la respuesta, lo súbito de la interpelación, lo sólido del argumento, con la amargura de la invectiva y aquellas frases espartanas que equivalían a libros, aquellas palabras rápidas que caen como un rayo sobre las discusiones, aquellas interrupciones bruscas y luminosas que desaniman y abaten al contrario; y os habréis formado una idea débil del orador francés. Su poder estaba en la debilidad de todas las almas respecto de la suya; su fuerza en la abundancia inagotable, en la onda impetuosa de sus sentimientos, en el grandioso curso de su voz que crecía y retumbaba con el ruído aterrador de las cataratas de América. Cuando él está en la tribuna, su

verdadero circo, arrojadle estos Barnaves, Lameth, los Maury, los Robespierre; el león se arroja sobre ellos, sacudiendo la enhiesta crin, y despedazados por sus garras sangrientas, alegran al auditorio espantado, que tiembla y aplaude juntamente al glorioso vencedor.

Hasta en los clubs, donde la intriga predomina sobre el talento, y la medianía es omnipotente por la alianza de las medianías, su voz es reconocida e impera soberanamente. ¿Qué valen esos jacobinos donde no hay ningún talento, ninguna grande idea política, con su lenguaje tomado de Rousseau, inalterable y monótono, al lado de la espontánea elocuencia, de los brillantes recuerdos, de los varoniles arranques, de los surcos de luz que deja tras su palabra de relámpago el inmortal Mirabeau?

¿Y qué hombre puede hallarse que le iguale en esa *Gironda*, cuya historia ha inmortalizado la pluma del grande escritor, maravilla y asombro de las futuras edades? La *Gironda* no era un partido ni una nacionalidad, sino una reunión casual y presuntuosa de abogados y periodistas del Piamonte y París, de Normandía y Génova, que se llamaban a sí propios *Girondinos*. Ostentosos de patriotismo, republicanos por novedad, ávidos de mantener viva la atención pública a toda costa, dándose todos los días al pueblo en panfletos, diarios y versos que debilitaban sus ideas, vulgarizándolas, ellos nada sentían con fuerza, nada creían con fé, ni se proponían más fin que los aplausos de la multitud y los goces mezquinos de la vanidad: verdadera máscara política bajo la que aparecían sucesivamente todos los partidos y contrarevoluciones. Muéstranse a veces heroicos, hasta sublimes; pero se ve demasiado la decoración del teatro y las circunstancias pasajeras que les *apuntan* el papel; pasado el momento en que los unió el peligro y les hizo fuertes, vuelven a dividirse por las vanas querellas de su orgullo y cada cual va a colocarse desdeñosamente sobre su nicho en el altar de la patria en que se adoran. Los afeminó luégo el amor a los

placeres y al deleite; el devorante fastidio que les sigue trajo la indiferencia que creyeron filosofía los que así llaman a la resignación que lleva a la muerte. ¿Y los grndes hombres que decoran ese cuadro? Vergniaud era sin duda un hombre de pensamiento y de palabra, un alma griega apasionada de las bellas formas de la elocuencia antigua, un Platón con su mundo interior lleno de sueños y de graciosas quimeras, sentado sobre la cima encumbrada del genio, inaccesible a todos sus amigos. Pero indiferente a las realidades de la vida, desdeñoso del poder, superior a las intrigas y al choque de los partidos, sus grandes cualidades eran el peligro inminente de su compañeros, como fueron la causa de su ruina. Su elocuencia le ponía a la cabeza de los suyos, la elevación misma de su carácter le apartaba de los intereses y pequeñas pasiones de los hombres y sobre todo de la acción. Mientras su espíritu le mecía sobre infinitos espacios de azul y oro, el poder se escapaba de sus manos, la república pasaba al terror y Dantón ocupaba audazmente el puésto que había conquistado por acaso y ellos no supieron conservar.

Isnard no pensaba, sentía, recordaba en la Asamblea nacional al marsellés Folquet, fanático, sombrío, selvático e insociable. Mme. Roland, el primer hombre de este club, colocada en el *Sancta Sanctorum* por sus amigos, ejercitando su obediencia con los múltiples escrito de ella y los de su esposo, y con sus discursos filosóficos, rechazaba con su austeridad importuna, alejaba con su virtud adusta y ostentosa. Este Loubet que se arrojaba sobre Robespierre, naturaleza sensual y voluptuosa, que sin probar acusaba, que ahullaba sin morder, tímido en sus amenazas, violento en su moderación, no hacía otra cosa que comprometerlo todo. De poco podía servirle el talento enciclopédico y sistemático de Condorcet. La historia no conoce espíritus más vanos y quiméricos que los de estos políticos románticos, entregados a sueños e ilusiones en los momentos precisos de la acción; que tienen la mayoría en el Mi-

nisterio y en la Convención, que dan todos los empleos y dominan en todos los periódicos, que gastan todo el tiempo en disertar y deliberar, que nada ejecutan con seriedad, a nada se resuelven con firmeza y ofrecen el espectáculo de su completa impotencia. Para ellos la política no fué una cosa verdadera: representaron en Francia con gallardía, con gloria, entre aplausos y a vista de la muerte, el drama enérgico de la tribuna antigua. Esta es su gloria y su crimen. ¿A qué la grandeza fantástica de Vergniaud, su indolencia generosa, su facilidad encantadora, su abundancia llena de eufemismo y gracia, si sus cualidades le acercan a la muerte, si sus frases encantan sin arrastrar, si su sonrisa melancólica es un saludo a la guillotina? Las palabras de Mirabeau son *proverbios revolucionarios* y oraciones fúnebres, o hechos que la historia consigna; jamás diserta, él obra....

Sólo hay un hombre que puede dar una idea del tribuno francés; pero apagada, sin facciones, en sombra: Dantón, *Plutón de la elocuencia,* el Mirabeau del infierno. Cuando tras siete días de sepultada, busca a su esposa, muerta en su ausencia, la contempla convulsivo, y desfigurada y espantosa la disputa a los gusanos en un frenético abrazo, él revela sus pasiones viriles, su corazón gigante, los frutos de su amor o los estragos de su cólera.

En pié, al lado del borrascoso mar de la revolución, Mirabeau era la única orilla donde se quebrantaban una tras otra las olas enfurecidas. Cuando esta grandeza, sola en medio de ruinas, hubo desaparecido, el mar se lanzó con estrepitoso murmullo por todas partes. Entregada a los instintos de su cólera, sin el genio que la creó, sin el brazo poderoso que la sostuvo, mezcló sus aguas puras con la sangre que derramó, las llevó sobre las altas cimas de la sociedad y ahogó en ellas, sacrílega, hasta los altares de Dios. Imaginación ardiente, corazón noble, sin pasiones rencorosas, todo amor en medio del combate, todo paz en medio de la guerra,

magnánimo, hasta iluso, su último día fué también el último de la revolución que torció hacia el crimen y el despotismo. *Con qué presa acaba de saciarse la muerte!* exclamó Camilo Desmoulins, llorando al orador francés.

Lo que mató a este grande hombre no fueron sus prodigiosos trabajos, ni la lucha devoradora de la tribuna, ni el exceso de los placeres, ni la mediocridad que le envidiaba, ni el odio o el veneno de los Lameth; era un partido inmenso, pero flotante, indefinido, mezcla de apariencias distintas, reino y monarquía y república, fermentación de opuestos intereses y principios, fnatasma vago, sin forma, envuelto en rojos velos de sangre, en nada en fin, aterrador, sombrío, que desborda las masas y ensayaba el *terror.* Sus gigantescas fuerzas se quebrantaron, combatiéndolo; retrocedía a una palabra, a un desdén de su labio; aplausos saludaban al vencedor, pero por en medio de ellos, amenazante, volvía a aparecer la pavorosa sombra.

Mriabeau no *palideció delante de la revolución;* la revolución murió con él: Los crímenes que siguieron a sus funerales en el panteón, esos horrores que arrojaron a la Francia ensangrentada en los brazos del imperio, fueron su deshonra, su obstáculo y la tumba por muchos años de sus esperanzas. Yo me irrito contra esa hipótesis fatalista que convierte el asesinato en una poda que hace florecer mejor; que hace de Jesucristo un apóstol del terror; de la salud pública que predicó a los hombres, el tribunal de salud pública, y de Robespierre, vestido de azul celeste, el pastor cándido y el generoso amigo de la Francia. Robespierre, era un abogado, no era un hombre; era un sistema, el del terrorismo, era una máquina de tormento, el nivel acaso o la columna infame o más bien la guillotina. Adulteran la historia de Francia los que pretenden enseñarle que Robespierre, a quien ha consagrado a la execración de los siglos, era un no sé qué tan filosófico, tan legal, tan abstracto, que degollaba una sociedad y la ponía a manar sangre por conciencia. Adoradores del ca-

dalso! en vuestros elogios al jefe de la Convención imitáis a De Maistre, al elogiar como un ser superior al verdugo. Amo con delirio a Mirabeau a pesar de sus vicios y escándalos y detesto con todo mi corazón a vuestro *honesto* y *púdico* Robespierre.

De la tribuna de la Asamblea nacional cayó en la de su lecho de muerte porque el genio del orador no le abandonó un solo instante. El se halló a las puertas del sepulcro con fuego en el corazón y palabras grandiosas y brillantes; el pueblo, como cuando hablaba en los Estados generales, guardaba profundo silencio a su alrededor; Francia concurrió toda al espectáculo de este destino que sucumbía; su muerte fué su último discurso. "Este Pitt gobierna más con la amenaza que con lo que hace; graves pesares le habría dado si hubiese vivido". "Yo llevo conmigo el duelo de la monarquía; sus despojos van a ser la presa de las facciones". Al oir un cañonazo grita: "¿Son ya los funerales de Aquiles?" Vuelto a Cabanis, le dice: "Amigo mío, yo moriré hoy; cuando se ha llegado aquí, no resta sino perfumarse, coronarse de flores y rodearse de música, para entrar agradablemente en este sueño de que no se vuelve más".

Esto es morir como Séneca y Trasea! La Francia se vistió de luto sin distinción de partidos. París entero asistió a su entierro de dolorido. Veinte mil guardias nacionales descargaron sus armas; el templo pareció un momento que bamboleaba y caía sobre su sepulcro; todas las almas quedaron presas de vagos y siniestros pensamientos....

Un día de otoño, en 1794, los restos de Mirabeau fueron exhumados y puestos en el cementerio de los ajusticiados en el barrio de *Saint Monceau*. Después de haberse despedazado ¿qué le faltaba a esta bacante de la revolución sino acabar de suicidarse, violando el sepulcro de su grande hombre? Venalidad! Corrupción! gritó sobre él la frenética *Convención* en los días de sus furores, y el imperio y la monarquía y la república

han aprobado el fallo y los escritores, aún los que ensalzan a Robespierre, repiten alegremente la acusación. Venalidad! Corrupción! Porque quería la monarquía con la libertad; porque deseaba salvar a Luis XVI del patíbulo y a la Francia del despotismo; porque encadenó la cólera de la revolución que amenazaba arrebatarlo todo; porque dominó la envidia, desafió la ambición y enmudeció al rey y a los partidos; porque quiso asegurar los bienes efectivos de la revolución, reconciliándola con la monarquía y afirmar la Francia y para ello se valió del oro que él no tenía y poseía el rey, empleándolo en moderar los departamentos, calmar las pasiones, popularizar la moderación, como popularizaban otros el crimen y la guillotina.

Mirabeau fué el gigante que precedió a la revolución. Napoleón fué el gigante que recogió sus despojos; mirábanse de reojo desde las riberas opuestas; eran grandezas que se amenazaban; el tribuno personificaba demasiado la revolución para que el emperador le hiciese justicia. Si acaso le admiró fué con un asombro inquieto y lleno de zozobras. La restauración no fué un poder que se constituyó en Francia; fué una procesión de príncipes y sacerdotes, que fueron a llorar a sus abuelos, a aplacar sus manes, a exhumar sus restos, a acomodarlos con piadosa mansedumbre sobre sepulcros de oro, a hacer sus funerales, a derramar perfumes y poner coronas sobre los mármoles que les consagraba la Francia arrepentida. Cumplida la religiosa misión, los Borbones volvieron a tomar el camino del destierro. ¿Qué tenían qué hacer con los restos del hombre que levantó la tempestad en que naufragó su familia? El reinado de Luis Felipe es la personificación del egoísmo monárquico. ¿Qué provecho podían acarrearle a su familia los honores de Mirabeau? El le dejó expiar la generosidad y el talento en la ignominia de su sepultura.

Los modernos historiadores, que acomodan los sucesos a los intereses del momento, en la necesidad de

hombres que hayan combatido sin tregua y atropellado sin pudor la monarquía o el imperio, para que sirvan de lección viva a los contemporáneos y den el ejemplo a su época, contra la monarquía o el imperio actual que tientan volcar, no necesitaban de un hombre que se detiene a tiempo, que construye después de demoler, que no lleva sus venganzas hasta el exterminio de los que venció! Le acusan de corrupción; injustos todos, gobiernos y escritores, con uno de los más grandes espíritus que honran a la humanidad.

(De la *Revista Literaria,* págs. 398-407).



# III

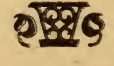
# EL HISTORIADOR

TIENE *Juan Vicente González un concepto romántico de la Historia. En vez de nutrirse, como nuestro primer historiador republicano, el preclaro marabino D. Rafael María Baralt en las armoniosas etopeyas del Padre Mariana, en los grandes lienzos de Solís, en la severa majestad de Melo, prefiere las más caldeadas formas de expresión de Chateaubriand, de Thierry, de Lamartine, de Michelet.... Inspirado en ellos escribió durante los meses en que estuvo reducido a prisión, por orden de Páez, en 1862, un* Manual de Historia Universal. *Copiemos a Gil Fórtoul con cuyo juicio concordamos, y que para esta breve nota tiene el don de la síntesis: "Este Manual es interesante, entre otras cosas, por la confesión que hace el autor de su criterio netamente conservador en cuanto a filosofía de la historia, no obstante su copiosa y diversa lectura en varias lenguas, y de su fé católica, casi intransigente, y tan distinta de la manera íntima y tolerante con que la profesaba Acosta, que olvidaba su Catolicismo, o lo ponía discretamente en un rincón de su conciencia, cuando examinaba cuestiones de sociología o historia. Catedrático durante toda su vida en la Universidad y en los colegios, con los solos paréntesis a que lo condenaban Gobiernos despóticos, se aprovecha de la Historia para inculcarle a la juventud sus propias ideas políticas y su propia manera de propagarlas. Dicho está, por otra parte, que en este alarde de erudición no hay que buscar nada nuevo, ninguna solución de problemas históricos, ni siquiera una vista original del desarrollo de la humanidad. Casi toda la tarea consiste en resumir o traducir, de un modo admirable, en ele-*

*gante estilo "cortado y sentencioso", como lo califica Fermín Toro (1)".*

*No obstante—agregamos nosotros—la fisonomía que forzosamente debe tener un libro escrito con tal intención y tendencias, hay en la obra dispersos entre la narración corriente y conocida de algún suceso—¡la narración de todos los manuales!—epítetos, frases, breves juicios sobre acontecimientos y personajes que nos asombran con una visión nueva, con un rasgo centelleante y genial....*

*Para esta selección hemos escogido los trozos que nos parecieron de mayor belleza literaria. Las descripciones de Grecia y de Italia tienen la frescura y la abundancia de símiles, de aquellos marcos de Geografía poética, entre los que hacía destacar Paúl de Saint Víctor los Genios de la Carátula: Esquilo, Sófocles, Kalidasa. Las páginas sobre la vida de los primeros cristianos parecen arrancadas a Chateaubriand. Toma de "Childe Harold" un apóstrofe cuando evoca viniendo sobre Roma el cortejo ululante de los bárbaros. De dos pequeñas obras maestras que hay en esta selección: el "Cuadro de España" y el capítulo sobre "El Dante", nos decía un eminente escritor venezolano que le parecían concebidas en un delirio poético....*



(1) Gil Fortoul.—*Hist. Const. de Venezuela,* Tomo II, páginas 530, 531.

## DESCRIPCION DE GRECIA

(Capítulo XXXIII del *Manuel de Historia Universal*).

El mar rodea la Grecia, excepto por el norte en que la limitan la Iliria y la Tracia. Ella forma el extremo meridional de una gran península, ancha y enlazada en el norte, estrecha en el sur, irregular por todas partes y llena de ensenadas.

Si, como parece, donde hoy existe el Mediterráneo, se extendía un valle inmenso como los de la India, el día que el mar lo rompió, distribuyéndolo en colinas, promontorios y montes, y en islas que flotan, surgen y desaparecen, ese día dibujó al pueblo más poético de la tierra.

Nada de llanuras monótonas, de masas informes, he dicho otra vez, hablando de la Grecia: el Peloponeso, la Mesenia, Arcadia, la Argólida, el Atica, todos sus estados están divididos por ángulos tan marcados, que la Grecia, tan pequeña sobre el mapa, llama vivamente la atención por una especie de agitación febril, que la distingue de todos los pueblos.

Sus montes, que nacen en el norte, la dividen con gracia en numerosas comarcas, pequeñas, pero aisladas.

La Geografía de la Grecia es tan poética como su historia: en el norte el Pindo, de arduo y difícil acceso, cuyos brazos rodean la Tesalia; o el Peneo, que la

riega con sus mansas aguas, y que forma el risueño valle de Tempe, entre el Olimpo y Osa.

En la Grecia central o Hélade, el Atica con los mármoles de Pentelicón, la miel de Himeto, el Parnaso y el Helicón, morada de las Musas; y con el Cefiso, que lleva sus aguas al lago Copais, y el Iliso, que baña los muros de Atenas.

El monte Himeto rodeaba la ciudad de Atenas por el oriente, el Pentélico por el norte, y el Icaro se inclinaba al occidente, para que la contemplase la sagrada cima de Citerón: tenía al mediodía el mar, el Pireo, las riberas de Egina, las costas de Pidauro, y a lo lejos, la ciudadela de Corinto.

Un poeta que contempló desde el monte Pecilo la ciudadela de Atenas, nos la describe cortada elegantemente en forma de pedestal, llevando al cielo el templo de Minerva y las Peripleas, con la ciudad en su base y las confusas columnas de mil monumentos, resaltando sobre el cuadro del Himeto, y llevando un bosque de olivos por ceñidor.

También pertenecen a la Hélade, Beocia con su Tebas de las siete puertas al pié del Citerón.

También la Fócida, *ombligo del mundo*, donde estuvo el oráculo de Delfos y la fuente Castalia de aguas purificadoras.

También la Dórida y la Lócrida, donde se hallan los desfiladeros de las Termópilas, la Etolia y la Acarnania con el promontorio de *Actium*, y la Megárida, que lleva al istmo de Corinto.

En el Peloponeso la Acaya sobre el golfo de Corinto: la Argólida, con Larisa de los tiempos pelásgicos y Micenas, corte de Agamenón: la Laconia, cuya capital Esparta, está situada sobre grupos de colinas, que envía el frío Taigeste y riega el Eurotas.

Pertenecen igualmente al Peloponeso *Mesenia*, la de los tristes cantos, que inspiraron los míos y *Elida*,

con Olimpia, situada sobre el Alfeo, y Pilos, donde vivió Néstor.

En el centro del Peloponeso está la Arcadia, cesta de verdura de más de ochocientos estadios, entre la cadena del Taigete, las cimas del Liceo y las montañas de Elida, regada por el Anfiso, el Pamiso y el Balira, de melodiosas ondas.

"Yo también viví en Arcadia", decía un pastor para recordar sus días felices.

Ni son menos bellas y poéticas las Islas de la Grecia en el mar *Jónico:* Corcira (hoy Corfú), Léucade, célebre por la muerte de Safo, Cefalonia y Zacinto, metrópoli de Sagunto y Citerea, Crea, Chipre, Pafos y Rodas.

En el mar Egeo, llamado Archipiélago o mar de islas, las Cíclades (en círculo), grupo de veinticinco islas, que parecen sobre el mar una manada de blancos cisnes. Ocupaba el centro de las Cícladas, Delos, que anduvo flotando sobre las aguas.

Al este de las Cícladas siguen las Esporadas (esparcidas), que pertenecen al Asia.

En el mar de Icaro, Samos, Cos, patria de Apeles, y Patmos, donde escribió San Juan su Apocalípsis.

Las capitales de estas islas eran centros de opulencia y elegancia: algunas llevaban el nombre de una flor brillante, la Rosa, la Violeta y el Jacinto.



## DESCRIPCION DE LA ITALIA

(Capítulo LIV del *Manual de Historia universal*).

"¿Conocéis el país donde florece el naranjo? De fuego parece el fruto dorado bajo la hoja sombría: sopla un aire tibio del azulado cielo; el mirto crece allí pacífico y el laurel soberbio. ¿Le conoces? ¡Ah!

"¡Partamos! ¡partamos! yo quiero, amiga mía, volverle a ver contigo".

La bella Italia, entre los yelos de los Alpes y los fuegos del Vesubio y del Etna, parece arrojada en medio del Mediterráneo, como una presa de los elementos y de todas las razas de los hombres.

Mientras que las nieves de los Alpes y de los Apeninos amenazan ahogarla del lado del norte, las tierras del mediodía están inundadas por las lavas de los volcanes, o desgarradas por convulsiones interiores.

Parece contradictorio que este país tan célebre por la pureza de su cielo, sea el de Europa, que recibe más agua fluvial pero es que el agua no cae en él sino por grandes tempestades. En el siglo XIV una lluvia tempestuosa estuvo para arrebatar la ciudad de Florencia.

Todos los ríos de Italia tienen un carácter de violencia caprichosa; el mar mismo amenaza invadir por muchas partes las tierras del occidente. Pero es la Lombardía la que está más amenazada por las aguas: el Pó es más alto que los techos de Ferrara y la población entera corre a los diques, desde que las aguas llegan al nivel ordinario.

La Italia del Norte es un hoya cerrada por los Alpes y atravesada por el Pó: grandes ríos que caen de los montes, el Tesin, el Adda, etc., engruesan el Pó y le dan una inconstancia y fogosidad momentánea, que no era de esperarse del río que riega tan suaves llanuras. Todo el poder del sol italiano no puede calentar esta tierra.

Al salir de la Liguria, las cadenas intrincadas del Apenino, partiendo de los últimos Alpes, se prolongan al sur en los límites de Italia, y más allá de Italia, en Sicilia, donde vuelven a elevarse tan altas como los Alpes, en la masa enorme del Etna.

Así es que toda la península se halla dividida en dos largas fajas de tierra, la oriental (Marca de Ancona, Abruzzos, Pulla), y el lado occidental (Toscana, Latium, Calabria).

Cuando pasáis de la Lombardía a la Toscana, la región se despliega a los ojos como una pintura. Las ciudades suben sobre las alturas, las aldeas se cuelgan a las montañas, los campos se elevan en terrados, en gradas, que sostienen la tierra contra la rapidez de las aguas.

La viña, confundiendo su hoja con la de los álamos y olmos, cae con variedad y gracia: el olivo pálido suaviza todos los tintes y su follaje ligero da al campo algo de transparente y aéreo. Entre Massa y Pietra Santa, cuyo camino es a veces una selva de olivos, se creería ver el Elíseo de Virgilio.

Hasta la entrada del reino de Nápoles, excepto la viña y el olivo, no aparece la vegetación meridional; pe-

ro una vez en la feliz Campania, hállanse bosques enteros de naranjos.

Los antiguos habían colocado sobre estas riberas el palacio de Circe: la verdadera Circe con sus seducciones y terrores, es la naturaleza del mediodía. En ninguna parte la vida y la muerte están puestas en tan próxima oposición.

En esta bahía encantada, en medio de *este cielo caído* sobre la tierra, duermen las ciudades sepultadas de Pompeya y Herculano, mientras en el horizonte humea incesantemente la pirámide del Vesubio. Al lado, los campos flégreos de viejos cráteres; enfrente, la roca de Caprea.

Nada puede dar idea de esta llanura, que nutre 5.000 habitantes por legua cuadrada.

Pero es sobre todo, hacia la punta de la Italia, al salir de esta selva de castaños gigantescos que coronan a Scyla, cuando se abraza con una mirada la Italia y la Sicilia y el anfiteatro colosal del Etna, que humea como un altar eterno en medio del Mediterráneo, cuando el viajero da un grito de admiración al encontrar este límite sublime de la carrera, que ha recorrido desde los Alpes.

Este valle de Reggio reune todos los recuerdos, desde Ulises hasta las guerras púnicas, desde Aníbal hasta los Arabes y hasta los Normandos, sus vencedores; pero él encanta aún más por sus frescas brisas y por sus árboles cargados de naranjas y de seda.

A veces, en los grandes calores, las corrientes se detienen; el mar se eleva a muchos pies, y si el aire es espeso y tempestuoso, vosotros véis a la mitad del día todos los objetos de ambas orillas reflejados en el horizonte y multiplicados bajo colosales formas. Es lo que llaman el *hada Morgana*.

Desde Nicotera en la Calabria se descubre el Etna; y en la noche se ven levantarse de las islas la llama de Stromboli: Herculano está sepultado bajo una masa es-

pesa de noventa y dos piés; casi fué necesario para tal efecto que el Vesubio se lanzase en los aires.

Y se me olvidaba repetir una parte de la descripción geográfica de Napoleón: "La Italia está rodeada por los Alpes y por el mar: sus límites naturales están determinados con tanta precisión, como si fuese una isla. Está comprendida entre los 36 y 46 grados de latitud y el 4 y el 16 de longitud de París, y se divide en tres partes, la continental, la peninsular y las islas".



## CUADRO DE ESPAÑA

(Capítulo LXX del *Manual de Historia Universal*).

*¡España! Tú has vivido largo tiempo sepultada en tus montes, como aquel último rey de Navarra, Sancho el Encerrado, que murió de un cáncer, verdadero símbolo de los destinos de tu pueblo. La trompa guerrera ha anunciado al mundo que despertaste ya!*

"El sistema territorial de España es una isla por el Mediterráneo, y con más razón una isla por los Pirineos". Así figura Monteil que enamoraba un francés a una española de ojos negros.

¡Cuántos recuerdos enlazados con el nombre poético de España! Son las manzanas doradas de las Hespérides: es la Bética cantada por Homero y ennoblecida por Fenelón. "El Bétis corre por un país fértil y bajo un cielo dulce, siempre sereno... Parece haber conservado esta región las delicias de la edad de oro". (Guizot. Civilizat. de France, lect. 1. t. V, p. 129).

Esa tierra heroica, abonada con sangre de ochocientos años, esa tierra de castillos que caen, de torres moriscas, de encantados palacios, llenos de historias trágicas, de leyendas de santos, de cuentos de niños, de melancólicos amores, es la tierra clásica de la imaginación y la poesía. Corramos en peregrinaje a esta Jerusalén del corazón.

Quisiera contemplarla desde Gavarnie, puente de España y pasaje tempestuoso, *donde el hijo no espera a su padre,* límite inmenso de dos mundos, desde donde podría verse a Zaragoza en España y a Tolosa en Francia. Allí el Vasco inmutable, primogénito de las razas Célticas, que ha visto pasar todas las naciones, Cartagineses, Celtas, Romanos, Godos y Sarracenos. "Debéis saber que nosotros datamos de mil años atrás", decía un Montmorency a uno de ellos. "Y nosotros, respondió el Vasco, nosotros no datamos".

¿Quién cantara a los Pirineos, esa historia anterior a toda historia, prodigiosa epopeya geológica, en el momento en que la masa abrasada del globo levantó su ojo, se estrellaron los montes, y en los dolores de un parto titánico, lanzó contra el cielo la negra y calva *Maladetta?*

Es, sin embargo, desde la montaña maldita que el Homero de los Pirineos (1) vió desaparecer las contrariedades, cubrirse los picos de musgo redondeándose en bellas torres, suavizarse los escarpados precipicios, vestirse las llagas de la montaña de verdes praderas, que hacen palidecer las de los Alpes, y formarse en las masas inferiores esa escalera colosal, cuyas gradas son montes.

"Todo se eleva o se abate, dice Ramond en justas proporciones, sin que nada turbe la armonía de un dibujo, cuya osadía modera la severidad; y un color trasparente y puro, un pardo claro animado ligeramente por un color de rosa, simpatizando igualmente con la luz y la sombra, acompaña en el azul del cielo las cimas que han remitido de antemano los tintes etéreos".

Esa es la luz que respira España; más allá la niebla ondeante, bajo un viento eterno.

La barrera formidable de España son los Pirineos, guardados al Oeste por los Vascones, y al Este por los

(1) Ramond.

Catalanes, porteros irritables y caprichosos unos y otros, que abren a Abderrahman y cierran a Rolando. A veces abren fácilmente, sí, como se abren las ondas del abismo. ¡Qué de tumbas entre Roncesvalles y la Seu de Urgel! Yo admiro la cima francesa del monte Perdido, pero amo más la cima española de Vignemale!

¡Qué agitada y tempestuosa, qué heroica y triste es tu historia, oh patria de mis padres! Algo hay en su destino que la asemeja al antiguo Egipto. Fué superticiosa como él, y como él está dividida por climas, usos, leyes, costumbres y lenguas diferentes. Sus códigos son privilegios. Todo pueblo la conquista: Tiro explotó sus minas; Grecia pobló sus puertos; Cartago le impuso leyes; Roma la sujetó a su civilización; los Godos a su barbarie; los Arabes la quebrantaron en una batalla, en otra perdió su libertad, gobernada sucesivamente por extranjeros, Flamencos, Austriacos o Borbones.

Pero superior a Egipto, ella ha sembrado estas diversas épocas de monumentos tan imperecederos como las pirámides: Sagunto, Numancia, Covadonga, Calatañazor, las Navas de Tolosa, los muros de Granada, el Fuero Juzgo, las Partidas, el Justicia de Aragón.

Lo que la encumbra sobre todos los pueblos de la tierra es su constancia: vencerla no es someterla; su murmullo acompaña a través de los siglos el ruido de su cadena involuntaria. Los romanos comenzaron por España la conquista del occidente, y el templo de Jano aguardó para cerrarse a que la guerra cantábrica terminara. Debelados en Guadalete, por ochocientos años, sin un paso atrás, desde las montañas de Asturias, marchan a la reconquista de su suelo, su religión e instituciones, tornando su derrota en gloriosa epopeya.

¡Qué bellos días, cuando "*e assi los reyes e condes e los altos homes e todos los otros cavalleros que se presciavan de armas, todos paravan los coballos dentro en las cámaras donde tenían sus lechos, donde dormían con sus mujeres, porque luego que oían dar el apellido,*

*touiessen prestos sus caballos e sus armas, e que caualgassen luego sin otra tardanza ninguna!"* (1)

Cuando sus tercios imponían a Italia, tomaban por asalto a Roma y llevaban cautivo a Francisco I.

*....Cuando al acento*
*de Lauria, desplegadas sus banderas,*
*Terror del Mauritano,*
*Saludaron las costas de Levante,*
*Y mudo el arrogante*
*Alijero-Leon, las vió Venecia*
*Derrocar de Partênope al tirano,*
*Estremeciendo a Grecia*
*Y venciendo el poder del Vaticano.* (2)

Sí, recuerdos de inaudita gloria bañan con su luz tu historia antigua. Aún no mandaban sobre tu suelo, España, y ya los Godos habían atravesado vencedores el desfiladero de las Termópilas y el istmo de Corinto, perdonado a Tebas, abrasadò el Atica, mancillado la gloria de Argos y de Esparta. Reyes hacían la corte a Eurico, que extendía su poder sobre las Galias y Ataulfo, protector del imperio, sentó en su trono a la hija de los Césares. Rival de Aecio, el último romano, Teodorico antes que San León, salvó a Roma en los campos Cataláunicos, de los furores de Atila. Y España mandó en Italia y Portugal, y en Borgoña y Holanda y en Alemania e Inglaterra y en Asia y en Africa; y la América fué suya.

Ocho siglos de lucha habían hecho de España la nación más belicosa del mundo; fué también la más noble y generosa... Te abriste las venas para animar con tu sangre a la América desolada por la antropofagia de sus hijos y los tuyos; y tus hijos bastaron para sustituir a los descendientes de Montezuma y Atahualpa,

(1) Crónica general de España.

(2) D. Manuel J. Quintana.

y a sus mismos guerreros que corrían degollándose sobre sus cadáveres. Pasó un siglo y la mitad del mundo apareció trasformada. Tú le diste cuanto tenías. Palacios, catedrales, bibliotecas y templos, y caminos y plazas, una civilización completa se desplegó allí, donde el Inca degollaba hecatombes de inocentes víctimas al sol que las amaba y donde resonaba antes el son monótono del caracol salvaje y del triste y melancólico yaraví.

Tal asombro impusiste, que los pueblos creyeron que el cielo era tu aliado, y divulgaron que el sol se había detenido una vez en la mitad de su carrera, aguardando a que completases una victoria. ¡Cuántos años has descansado de las fatigas de tánta gloria!

El más fanático de tus reyes resolvió un día que la llorases penitente y expiaras la sangre vertida: y te convirtió en fúnebre monasterio. Levantó para sí el *Escorial,* palacio y tumba, monumento austero y sombrío, como su genio, especie de trapa para tus monarcas; millares de frailes lo sirvieron; el oro de América lo alimentaba; los reyes se llamaron *hechizados* y *hermosos*... y así atravesaste muchos siglos vestida de sayal, pobre España, a la siniestra luz de las hogueras de tu inquisición... Y aún así triunfaste en San Quintín y diste al héroe que libertó en Lepanto la Europa de la Media Luna.

Y aún así, cuando el gigante de occidente proyectó su sombra colosal sobre la Europa, y todos los reyes, los tuyos, depusieron a sus piés las coronas, mendigando esposas, osaste sola hacerle frente, hiriéndole con las mismas cadenas que te había impuesto, mientras tocadas por invisibles manos, las campanas llamaban al combate, y tus sacerdotes y tus mujeres y tus niños abrían con sus puñales la honda sima en que fué a hundirse su poderío.

Grandes pueblos han estado esperando por largo tiempo a que despertaras, Borgoña, la parte más guerrera de la Francia, nervio y fuerza de los ejércitos de Napoleón, te aguardó un siglo entero: en odio a la con-

quista francesa sus sencillos y enérgicos habitantes se han sepultado el rostro contra la tierra. Estabas muerta pero tu cadáver como el del Cid, animaba a tus amigos y espantaba todavía a los contrarios, que tu espada había herido.

Mi dolor por las desgracias de España fué causa de que la llamara: "fragmento etiópico incrustado en Europa". Si visto desde el mar, el mediodía de la Península se asemeja a Marruecos, es que el cielo da con frecuencia a las aves potentes el chillido de sus víctimas. España posee todos los climas; ¿debería faltarle el de la patria de San Agustín?

Y España debía ser el pueblo de la elocuencia. ¿Qué nación habla una lengua más noble y sonora que la suya? Los pechos robustos, los órganos nuevos y fuertes de sus hijos la formaron en las regiones del alma, bajo un cielo puro, templándola al són de sus guerreras trompas, y marcándola con el sello de su intrepidez y entusiasmo. El hombre del norte aspira sus palabras entre la lengua y los labios, entreabierta la boca, para no respirar la fría atmósfera de sus nieblas. La lengua castellana, nutrida de vocales, mezcla de la sensación y la idea, pronúnciase al aire libre, *ore rotundo,* respiración del alma, de sonidos sonoros y graciosos como la lengua griega.

¿Por qué, ¡oh España! no recoges tus hijos en tu regazo fecundo, en vez de debilitarte en lejanas empresas, y ora empuñes la espada, ora toques la lira, eres el terror o el encanto de las naciones?

## POEMAS CABALLERESCOS DE LA EDAD MEDIA

Capítulos XCII y XCIII del M. de H. U.

"La verdad es la raíz de toda poesía, dice Villemain. Nada inventa de una manera absoluta el espíritu humano, aún combinando las fábulas más quiméricas; y es con despojos de verdades que hace una ficción. Así, pues, algún grande acontecimiento, algún espectáculo extraordinario había agitado la imaginación de los hombres para llevarla al sueño de la caballería, que llegó a ser el pensamiento común en una parte de la Europa".

Es a Carlomagno y Rolando, a la guerra con los infieles, que debe referirse la primera influencia de la epopeya caballeresca. Suponeos a Carlomagno con todo lo que reunía de majestuoso, inesperado y brillante, sus grandes empresas, su viaje a Roma, su coronación misteriosa, sus guerras de Alemania y de España, sus combates con los moros y los sarracenos.

Figuraos después la magnificencia de sus fiestas, sus torneos, la corte suntuosa de Aquisgrán, que pareció una maravilla a la Europa bárbara; al príncipe mismo, cual nos lo presentan el arzobispo Turpín y la crónica de San Dionisio; y comprenderéis cómo convirtió la imaginación a Carlomagno y a sus pares en el

primer tipo de esos caballeros, cuya fuerza sobrenatural era una magia.

La ignorancia ayudaba a la poesía; se hacían historias maravillosas en que el héroe llegaba a pié desde la Tierra Santa a Irlanda. La impresión sorprendente que hizo en los espíritus el poder extraordinario de Carlomagno, sus victorias, sus viajes perpetuos, que le representaban a un tiempo en las extremidades de su vasto imperio, los prepararon sin duda a comprender y gustar las ficciones caballerescas.

Mil elementos venían a mezclarse a éste. Mientras de las colinas de Gales y Bretaña destilaban tradiciones célticas, los montes de Suabia y Alsacia derramaban por la Ostrasia una onda de los Niebelungen; y el lejano Oriente, abierto por las Cruzadas, corría hacia la Europa, en fábulas, cuentos y parábolas, llenas de maravillosa poesía.

El romance más antiguo de caballería, *La leyenda del viaje de Carlomagno,* por Turpín, es un testimonio de que Carlomagno fué el tipo de la caballería. Todo es gigantesco en esta relación. Orlando abandonado rompe su espada para que no caiga en manos de los enemigos de la fé. Desde su Calvaro pirenáico, él grita y alienta el cuerno, que se oye desde Tolosa hasta Zaragoza. Si él muere, no será por el hierro sarraceno; redobla el aliento acusador, las venas de su cuello se rompen, corre su sangre y muere en indignación por el injusto abandono de los suyos. La Francia, representada en su guerrero, expira en el paso solemne de la montaña, que no pasará nunca impunemente.

Bien pronto los recuerdos mismos de la historia antigua, algunos grandes nombres griegos o romanos que habían sobrenadado en la imaginación enferma de la edad media, fueron objetos de romances de caballería. Fué la suerte de Alejandro: dos poetas del siglo XII celebran al héroe macedonio en un poema lleno de torneos, hadas y de alusiones a Felipe Augusto.

Pero el Occidente no adopta a Alejandro y César, sino haciéndolos occidentales: se les confiere la orden de caballería: Alejandro es un paladín y Aristóteles, convertido en mágico, lo conduce a través del aire y del océano; los Macedonios y los Troyanos son abuelos de los franceses: los sajones descienden de los soldados de César, los bretones de Bruto. La poesía entrevé en su divina presencia el parentesco de los pueblos indo-germánicos, que la ciencia debía demostrar en nuestros días.

Los normandos son un nuevo origen de poesía caballeresca: levántanse tras ellos multitud de ficciones y poemas sin otro genio que una inventiva llena de audacia: es la caballería de la Tabla Redonda. El primer modelo es el autor del romance de Bruto, que escribió hacia 1155, y que cuenta la historia fabulosa de los primeros reyes de Inglaterra, subiendo hasta Brut, hijo de Ascanio y nieto de Eneas. (1)

Este Brut hace largos viajes, encuentra islas encantadas, palacios maravillosos, y por fin va a Inglaterra donde establece su familia, que reina gloriosamente. Figura allí el céltico Artur, no bárbaro como los Sajones que le vencieron, sino purificado por la caballería, como su reina Ginebra y sus doce paladines alrededor de la tabla redonda.

¿A qué sirven esas formas religiosas, esas iniciaciones, esa mesa de los doces, esos ágapes caballerescos, a imagen de la Cena? Se trató de trasfigurar y corregir la poesía mundana y llevar a la penitencia esos santos amantes, que se iban a la ventura, débiles y agitados tras la idea heroica de la mujer. Erigióse otra caballería al lado de la caballería profana.

Se le permiten guerras y aventuras; se le deja a Artur y sus valientes, pero corregidos. La nueva poesía los encamina, peregrinos devotos, al misterioso templo en que se guarda el tesoro sagrado, que no es la

(1) Geofredo de Monmouth.

mujer, ni la copa profana de Dschmschild, sino la casta copa de Josef y de Salomón, en que Nuestro Señor celebró la Cena, en que Josef de Arimatea recogió su preciosa sangre.

La simple vista de esta copa o grial, prolonga la vida del Titurel, durante quinientos años. Los guardianes de la copa y del templo debían permanecer puros. Ni Artur ni Parceval fueron dignos de tocarla. Treinta y cuatro días estuvo casi sin vida el enamorado Lancelote, por haberse acercado a ella.

La nueva caballería del Santo Grial, que sólo podían confundir sacerdotes, colocó tan alto su ideal, que se hizo estéril e impotente. Cada día más sofística y sutil, vino a ser la hermana de la escolástica, escolástica de amor y de devoción. En el mediodía, donde los ingleses la esparcieron en poemas pequeños para el uso de las cortes y los castillos, extinguiéndose en el refinamiento de las formas y las cadenas de una versificación artificial y laboriosa.

En el norte, ella cayó de la epopeya en el romance, del símbolo en la alegoría, hasta que decrépita, fué a gesticular, durante el siglo XIV, en las tristes imitaciones del triste romance de la Rose, mientras se elevaba poco a poco la voz de la mofa pública en cuentos y *fabliaux*.

La poesía caballeresca murió pronto, porque desarrolló poco a sus héroes conservándolos niños, como la madre imprevisiva de Perceval, que prolongó para su hijo la imbecilidad de los primeros años. Dándoles una perfección fantástica, dejaron de interesar como hombres. Si Gerardo de Rosellon deja la caballería para hacerse carbonero, Reinaldo de Montalbán, se hace albañil, y lleva piedras sobre sus hombros para ayudar a la construcción de la catedral de Colonia.

Otra generación de caballeros hizo nacer el grande hombre de la España, el Cid. Las hazañas de este hombre al fin del siglo XI; los combates personales en el sitio de Toledo; las diversas costumbres, usos, armas;

tantos hombres del norte y mediodía, que corren a servir bajo la bandera del Cid; su gloria que predomina toda gloria; su vida llena de aventuras y peligros; su generosidad; todo esto reproducido en cantos populares, debió dar nacimiento a un nuevo orden de poemas caballerescos.

Los Amadís, cuyo carácter acusa una influencia griega, son ficciones sutiles, pero graciosas, que divirtieron la edad media, cuyo autor inmediato es desconocido, y que muchas naciones se disputan.

---

La caballería fué un acontecimiento real de la historia, el producto natural de las costumbres feudales, costumbres sencillas, formadas por una mezcla inconcebible de ferocidad y ternura: ella no fué una institución. Costumbres, vestidos, usos de la vida, las aventuras mismas, en lo que tienen de natural y humano, son la expresión fiel del tiempo.

¿Qué es la caballería? Es la vida de la edad media en accción; es la guardia de honor del feudalismo. No podría concebirse la duración de la vida feudal sin el cortejo de guerreros que la sostienen, sin sus pasiones, su puntillo de honor, y el entusiasmo que la animan y embellecen.

Por eso, queriendo establecer Mr. de Saint-Palaye los caracteres de caballería, que él considera como una institución militar y religiosa, los ha incluido, y con razón, en los poemas de la edad media, ya que sus autores mezclaron con las ficciones más extravagantes la imitación fiel de cuanto se hallaba inscrito en el ritual de los caballeros.

¿Cuál era la vida de un caballero, según estos testimonios? Cuando un niño tenía la dicha de haber nacido de un gentil-hombre, y de ser vivo y alegre, se le

sacaba a los siete años de las manos de las mujeres, para que corriera y se ejercitase, sin más ocupaciones que el salto y la lucha. Llamábase *damisel, valet o paje.*

Alejábanle casi siempre de la casa paterna, colocándole en casa de algún alto barón o señor vecino. Servía al amo, con más frecuencia a la dama del castillo, seguía su hacanea, y llevaba sus cartas, cuando ésta sabía escribir.

Hacía al mismo tiempo el aprendizaje de la caza y de la guerra, lanzaba y llamaba el halcón, manejaba la lanza y la espada, se endurecía en la fatiga, y oía sobre todo hablar incesantemente de hazañas de guerra. La sala del castillo era una escuela en que se reunían escuderos y caballeros, y en que se formaban los pajes, oyendo hablar, según Froissard, de hechos de armas y de amor.

Cuando llegaba a los catorce años, se le hacía escudero: había muchas órdenes de escuderos, escuderos de cuerpo o de honor; el que seguía a caballo el séquito del caballero y la castellana; escudero trinchante; copero: formas de domesticidad, que eran títulos y grados de honor..

Al hacerse escudero, el joven era presentado al altar; comenzaba aquí la intervención de las ceremonias religiosas, renovadas frecuentemente después porque la caballería era la reunión de las dos cosas que ocupaban la edad media, la religión y la guerra.

Una vez escudero, el joven continuaba formándose por la conversación y la acción, hasta hacerse arquero u hombre de armas; época en que la educación militar se le aplicaba rigurosamente y en que hacía prodigios superiores en la gimnástica de los antiguos. Bajo el peso de su arnés, debía lanzarse, salvar fosos, escalar murallas...

A los veintiún años se le hacía caballero: en las ideas del tiempo, mezcla de libertad salvaje y de devoción austera, semejante ceremonia era una iniciación. Velábanse en la iglesia muchas noches las armas. El as-

pirante era conducido al altar por sus padres o por sus padrinos, que llevaban cirios. Celebrada la misa, el sacerdote tomaba sobre el altar la espada y el cinturón y ceñía al caballero.

Precedían a esto multitud de ceremonias simbólicas, el baño, vestidos de lino blanco, la confesión con frecuencia pública, la comunión, el juramento, que expresaba todos los sacrificios y virtudes impuestos al caballero: "Yo juro, decía, sostener el derecho de los débiles, esto es, de las viudas, huérfanos y doncellas, en buena lid".

Se le llevaba en fin un caballo de batalla a la puerta de la capilla, y el joven iniciado, loco de contento, volaba armado sobre él, le hacía girar vivamente, reconociendo todos a un buen cristiano y a un excelente caballero.

El respeto y temor de las cosas divinas, impresos de este modo en almas guerreras y feroces, fueron un verdadero freno, el único a que hubieran podido someterse. Nacieron de esta iniciación máximas bienhechoras y benéficas. Fué un crimen la ofensa al débil o al inerme; protegerlos, un deber de caballeros, y como ninguna policía, ninguna magistratura velaba en Europa, por la seguridad pública, fué por este medio que en el seno mismo de la anarquía, se levantó una fuerza poderosa y eficaz.

La caballería era un sacerdocio generoso; el traje que el aspirante vestía, la víspera o antevíspera de su admisión, debía ser rojo, designación simbólica del papel que se le reservaba en el mundo; y esta ropa emblemática, él la tomaba al salir del baño, porque era necesario estar puro para sacrificarse. De aquí esas tradiciones de generosidd seguidas tan religiosamente; y esa protección errante concedida tan largo tiempo a la desgracia.

El influjo de la caballería en la edad media fué prodigioso: ella constituyó la fuerza de los reyes y la independencia de los varones; ella mantuvo el grande

edificio del feudalismo, soportado por el pueblo. Aún en el campo de batalla guardaba la caballería las preocupaciones de su noviciado con una fuerza inconcebible.

Y, en un combate memorable, en que pobres paisanos revueltos, se presentaron con enormes palos y almocafres, brillantes escuadrones de caballeros, erizados de hierro, prefirieron morir sin defenderse, a sacar la espada contra villanos desarmados.

Debo añadir que la caballería estaba íntimamente enlazada con las cruzadas. Mientras el feudalismo y la política desarrollaban naturalmente la caballería, abríale ancho campo la guerra santa de Oriente, estas lejanas y maravillosas regiones que dejaban soñarlo todo a la imaginación.

Esas conquistas de reinos y de imperios que llenan las leyendas de la edad media, era la realidad misma, sorprendida en los acontecimientos; era el marqués de Montforrato, que llegaba a ser rey de Tesalónica; era Balduino hecho emperador de Constantinopla.

Terminaré diciendo que si bien eran groseras las costumbres y el hábito de las guerras privadas conservaba en delirio las pasiones brutales de la edad media, la mujer aparece en esos tiempos protegida con pasión, honrada, como un sér superior, poderosa por su debilidad.

¡Cuán raro que esta soberanía pacífica, sonreída, preciosa por frágil, dominase el imperio violento de la espada! Si bien nació de la filosofía cristiana el culto poético de la mujer, es una gloria para la caballería haberlo proclamado en el mundo. La caballería se muestra, pues, en la historia, apoyada en los tres grandes poderes que hacen vivir las sociedades: la fe, la consagración y el amor.



## RESTAURACION DE LA MUJER EN LA EDAD MEDIA

(Capítulo LXXVI del *Manual de Historia Universal*).

La caída del hombre fué la grandeza de la mujer. Sin la desgracia de Abelardo, Eloísa habría quedado en el olvido. Cuando su dolorosa separación, él la hizo tomar el velo y le construyó el Paracleto, de que fué abadesa y donde estableció una grande escuela de teología, de griego y de hebreo; monasterios se elevaron bajo sus leyes a su alrededor, y pocos años después de la muerte de Abelardo, el Papa la declaró jefe de la orden.

Al tomar el velo Eloísa pronunció estos versos de Cornelia en Lucano: "Oh el mayor de los hombres, esposo mío, digno de más noble himeneo! ¿Con que la insolente fortuna pudo algo contra tu ilustre frente? El crimen fué mío; te desposó para tu ruina, pero lo expiaré al menos; acepta mi inmolación! *Oh maxime conjux*....

De Eloísa data la restauración de la mujer. Esclava en el Oriente, encerrada en el gineceo griego, emancipada por la jurisprudencia imperial, la nueva religión habíala reconocido como igual al hombre. Sin embargo, libre apenas el Cristianismo de la sensualidad pagana, temió a la mujer y desconfió de ella.

Cuando Gregorio VII quiso libertar al clero de la mujer y de la tierra, hubo nuevo desencadenamiento contra esta peligrosa Eva, cuya seducción perdió a Adán y que le persigue en sus hijos. Un movimiento contrario empezó en el siglo XII. El libre misticismo emprendió realzar lo que el siglo X había arrastrado en el lodo.

Un bretón, Roberto de Arbrissel, llenó esta misión de amor, reabriendo a las mujeres el seno de Cristo y fundando asilos para su debilidad, el de Fontevrault, objeto de emulación para toda la cristiandad; Fontevrault, a orillas del Loire, junto al sitio donde debía colocarse la tumba de Ana de Sorel al que legó su corazón Ricardo Corazón de León, esperando que ese corazón vengativo y parricida encontraría reposo bajo la dulce mano de la mujer y la súplica de las vírgenes.

La caridad de Roberto se dirigía con preferencia a los grandes pecadores; él enseñaba en las más odiosas mansiones la clemencia de Dios y su misericordia infinita; y ni las burlas amargas de sus enemigos, ni aún los desórdenes a que daba lugar la reunión de sus discípulos, detenía al caritativo bretón, que lo cubría todo con el manto de la gracia.

Las mujeres de la edad media, no fueron indignas del respeto entusiasta de que las rodeó la época caballeresca. En los siglos anteriores, en la silenciosa oscuridad de las edades bárbaras y monásticas, ellas se habían elevado poco a poco a la alta perfección moral que sorprendió al mundo de repente.

Esta larga educación de la mujer puede expresarse en una palabra: *la imitación de la Virgen.* Unica esperanza en medio de la servidumbre y de los años más tristes que ha atravesado el mundo, ella apareció enjugando sus lágrimas, señalándoles el cielo, acariciando a los desnudos niños que balbuceaban su nombre. La edad media representó su celestial vida en leyendas llenas de poesía y en cuadros sencillos e inspirados.

El culto de María rehabilitó a la mujer. Los hombres aprendieron, amándola, esta ignorancia feliz, este instinto que llamamos pudor, y se formó la blanca virtud de la modestia, que el mundo llama honor, y que es la corona de azucenas que adorna y perfuma la frente cándida de la mujer. Los primeros siglos de la edad imitaron a María, humilde y dócil bajo la enseñanza de su madre, o yendo a buscar a su hijo al templo, y escuchándolo entre los doctores.

Los siglos XII y XIII simbolizan a María honrada por sus discípulos y triunfante en el cielo. Es a un tiempo el cántico del mundo en alabanza de la madre de Dios, y el entusiasmo por la mujer, cuando el poeta teólogo la confunde con la belleza eterna, y el minnesinger de Alemania la ve "sobre un trono, doce estrellas por corona y la cabeza del hombre por pedestal".

El ideal que debió imitarse en la madre del Salvador, no fué tanto la madre como la virgen. Las vírgenes de los monasterios fueron sus discípulos queridas; se las adornó con todas las gracias morales, pero ¿cómo engalanar dignamente a las esposas de Dios?

Ya bajo la disciplina de Orígenes y San Cesáreo de Arles, las religiosas se empleaban en copiar los libros santos; ellas leían las tiernas historias de Ruth y de Ester, y contemplaban en el Nuevo Testamento el alto ideal de la Virgen, cuya imitación debía ser la regla de su vida.

Buscando la santidad hallaban la ciencia. Los monasterios se convirtieron en escuelas, y las religiosas excedieron a los doctores. De todas partes se corría al convento de Nivelle a consultar a Santa Gertrudis sobre el sentido de las alegorías de la Biblia. Hombres y mujeres escuchaban con respeto las lecciones de Santa Betilla en el monasterio de Chelles.

Las religiosas no se contentaron con comentar; ellas inventaron. Hroswitha (la *blanca rosa de Sajonia*) compondrá dramas, si audaces en el fondo, castos en la forma.

La época entusiasta de la primera cruzada no se contentó con igualar la mujer con el hombre; sino que la hizo superior. La abadía de Fontevrault reunía dos comunidades, una de hombres, otra de mujeres, todas bajo la autoridad de una misma abadesa. Petronila de Chemillé fué la primera.

Fontevrault fué la caballería en la vida monástica: su fundación fué la época del advenimiento de la mujer, cuando comenzó a reinar en los castillos y en las cortes de amor. El hombre pareció abdicar y hallarse feliz, deponiendo en manos amadas la inquieta voluntad humana.

Y en efecto, la mujer comenzó a reinar sobre la tierra. Bertrada de Montfort, gobierna a un tiempo a su esposo Foulques de Anjou, y a Felipe I, rey de Francia. Luis VII data sus actos de la coronación de su esposa Adela. Las mujeres, jueces naturales en los combates místicos y cortes de amor, alternan como jueces al lado de sus maridos en los negocios serios; y el rey de Francia reconoce expresamente este derecho. Alice de Montmorency conducirá un ejército en auxilio de su esposo, el famoso Simón de Montfort.

Excluídas de las sucesiones por la barbarie feudal, a la primera mitad del siglo XII, adquieren ese derecho en Inglaterra, Aragón, Jerusalén, Borgoña, Flandes, Hainaut, Vermandois, Aquitania, Provenza. La rápida extinción de los varones, el endulzamiento de las costumbres y el progreso de la equidad, abren la herencia a las mujeres, que llevan consigo la soberanía a casas extranjeras, mezclando el mundo, acelerando la aglomeración de los Estados, y preparando la centralización de las grandes monarquías.

Yo no trataré de exponer los grados en que desenvolvieron el ideal de la mujer los caballeros y doctores, los poetas y místicos de la edad media. Dante ha marcado el término a que lleva esta poesía metafísica, cuando conducido por Beatriz del purgatorio al paraíso, e

iniciado por ella de círculo en círculo, la ve perderse y confundirse en el seno de la belleza eterna.

Tres pasajes señalan admiradamente esta progresión. En el primero, Dante está tan preocupado con su guía, que no puede ver más alto. "Ella me condujo alumbrándome con una dulce sonrisa, y dijo: vuélvete, escucha... No creas que el paraíso esté únicamente en mis ojos".

Cuando llegan a un círculo más elevado, Beatriz se transfigura, y el terror acompaña al encanto: "ella no reía... Si yo riese, dijo ella, te sucedería lo que a Semele, que cayó convertida en ceniza. Mi hermosura resplandece a medida que subimos las gradas del palacio eterno; yo la templo para tí..."

Cuando cruzados los últimos círculos, la iniciación concluye, ella le dice: "¡ Pues bien! es tiempo, abre los ojos y mira. Tales cosas has visto, que estás bastante fuerte para resistir mi sonrisa". Tal es la extraña altura en que sobre las alas de la poesía mística y caballeresca, se eleva la mujer en la edad media... Pero ella desaparece aquí. Dante la busca con ojo inquieto, y apenas tiene el paraíso conque consolar su corazón. ¿Cómo ha caído de tanta altura?



## SAN FRANCISCO DE ASIS

(Frag. Cap. LXXXIX).

La orden de San Francisco se lanzó desesperadamente en el amor de Dios. Su fundador fué un mercader de Asís, a quien se llamó Francisco, porque aunque italiano, hablaba francés. Era en su juventud, dice su biógrafo, un joven vano amigo de farsas y canciones, "ligero, pródigo y altivo".

Uno de sus discípulos le describe así: "Cabeza redonda, frente pequeña, ojos negros y sin malicia, cejas rectas, nariz aguileña y fina, orejas pequeñas, algo paradas, lengua aguda y ardiente, voz vehemente y dulce, dientes apretados, blancos, iguales; labios delgados, barba rala, cuello endeble, brazos cortos, dedos largos, uñas largas, pierna flaca, pié pequeño, carne poca o ninguna". Tenía veinticinco años, cuando fué convertido por una visión.

Francisco va a vender sus telas a Foligno, lleva el precio a un sacerdote, y viendo que éste no lo acepta, lo arroja por la ventana. Desea vivir con el sacerdote y su padre le persigue; huye, vive un mes en una cueva, y su padre le halla, le da golpes, mientras el pueblo le acosa a piedras. Sus parientes le obligan a renunciar su herencia delante del Obispo y en medio de su alegría, entrega todos sus vestidos; el Obispo tuvo que arrojarle su manto para cubrirlo.

Lánzase entonces sobre la tierra, y recorre los montes, cantando las alabanzas del Creador. Los pájaros

cantan con él, que les predica, mientras ellos escuchaban. "Pájaros, hermanos míos, decía ¿no amáis a vuestro Criador, que os da alas y plumas y cuanto os es necesario?" "La naturaleza llegó a ser su amiga, dice Gærres, y a obedecer a la energía de su voluntad; los animales entraron en relaciones familiares con él, del mismo modo que, según las tradiciones antiguas, obedecían al hombre antes de la gran catástrofe". (Gærres, "San Francisco considerado como trovador").

El amaba todas las criaturas y las exortaba a alabar a Dios: en estos días en que la sangre humana no causa horror, debe recordarse que él salvaba la liebre perseguida por los cazadores, y vendía su manto para rescatar a un cordero que iban a matar. Su caridad inmensa abrazaba a toda la naturaleza, cosechas, viñas, bosques, piedras; y a todos les hablaba y convidaba al amor divino.

Santa Clara, a quien consultó si seguiría la oración o la predicación, le hizo decidirse por la predicación. El pidió por única gracia a Honorio III que le dejase predicar, mendigar, y no tener nada en el mundo, excepto un rincón de tierra, que llamó Porciúncula, donde levantó una Iglesia a María Santísima. Hecho esto, Francisco dividió el mundo entre sus compañeros, reservándose el Egipto, donde esperaba el martirio.

Tales fueron los progresos de la nueva orden, que en 1219 había cinco mil franciscanos en Italia, y los había por todo el mundo. Y de tal manera se identificó el santo con los padecimientos del Salvador, que Jesucristo mismo estampó en su carne las señales de las llagas de la pasión, cuyos dolores le llenaban de una alegría divina. En sus últimos años se le llevaba por las calles en una carreta, derramando sangre por el costado.

El misticismo fué acogido vivamente por las mujeres. Santa Clara de Asís dió principio a las Clarisas. Si en 1134, la iglesia mística de Lyon celebró la Inmaculada Concepción de María, este dogma fué la tesis favorita de los teólogos franciscanos, verdaderos caba-

lleros de la Virgen. Duns Scot la sostuvo contra doscientos domínicos, e hizo que la Universidad de París decidiese que todos sus alumnos, al recibir grados, jurarían defender la Concepción Inmaculada.

En este siglo de desdén irreligioso, no es inoportuno recordar el alto talento poético de San Francisco, nacido en una ciudad de Umbría, cuyas verdes florestas y cristalinos ríos había celebrado el epicúreo Horacio; Francisco de Asís, que murió en 1226, consumido por la ardiente fiebre del entusiasmo y la caridad, en su corto apostolado, lo había prodigado todo, desde la poesía hasta los milagros.

Entre los rudos trabajadores y los pastores de los Apeninos, él había sido el Orfeo de sus espíritus salvajes; y era para éllos que uno de sus discípulos, Pacífico me parece, cantaba en tono sencillo y poderoso como su palabra, estas elocuentes estrofas:

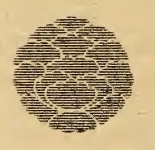
"¡Altísimo Señor! Para tí las alabanzas; para tí la gloria y los honores; a tí debe tributarse toda acción de gracias, y ningún hombre es digno de nombrarte. Sé alabado, ¡oh Dios! sé exaltado, ¡Señor mío! por todas las criaturas, y particularmente por el sol, obra tuya, Señor, que hace resplandecer el día que nos alumbra; porque esa belleza y esplendor es vuestra imagen".

"Sé alabado por la blanca luna y las estrellas errantes, que has esparcido en los cielos! Señor, sé alabado por el fuego, cuyos rayos alumbran la noche, por el fuego brillante, rápido, magnífico, inagotable! Que nuestro Señor sea alabado por el agua, el elemento más delicioso para los mortales, humilde, puro, limpio! Que nuestro Señor sea alabado por la tierra, nuestra madre, que nos lleva y nutre con fecunda variedad de flores y frutos"!.

"Que nuestro Señor sea alabado de quien perdona por amor suyo, y de quien sufre las penas del cuerpo con paciencia, y con espíritu alegre las enfermedades! Que nuestro Señor sea alabado por la muerte que na-

die puede evitar! ¡Piedad para los que mueren en pecado mortal!

"Bienaventurados los que en la última hora se hallan en tu gracia, por haber obedecido a tu santa voluntad! Que no vean la segunda muerte, la de las penas eternas. Alabad y dale gracias a nuestro Señor: sed reconocidos para con él, servidle, vosotras todas, ¡oh criaturas! con la humildad que debéis".



## SANTO TOMAS DE AQUINO

(Frag. Cap. XC.)

Nacido al fin de la edad media, como había nacido Aristóteles al término del mundo griego, Santo Tomás fué el Aristóteles del Cristianismo, el que creó su legislación, acordando la lógica y la fe con la supresión de toda heregía. El colosal monumento que levantó su genio, llenó su siglo de admiración. Alberto Magno declaró que Santo Tomás había fijado una regla que duraría hasta la consumación de los tiempos.

Vió la luz primera en 1225 ó 1227, en la tierra del idealismo, donde florecieron la escuela de Pitágoras y la de Elea, en la tierra de Bruno y de Vico. Discípulo de Pedro de Hibernia, Juan el Teutónico y sobre todo de Alberto, a quien sus contemporáneos dieron el nombre de Grande, él fué la antorcha de la Iglesia y la gloria de su orden.

Desde los cinco años, tomó en sus manos la Escritura que no cesó un día de meditar. En la escuela, sus discípulos le llamaban el buey mudo de Sicilia; y no interrumpía este silencio sino para dictar, dictando con los ojos del alma. cuando el sueño le cerraba los del cuerpo.

Estando en el mar, él no se apercibe cierto día de una tempestad; otra vez, su preocupación es tal, que no arrojó una vela encendida que ardía entre sus de-

dos. Comiendo un día a la mesa de San Luis, dió un golpe sobre la mesa, gritando: "Hé aquí un argumento invencible contra los Maniqueos". El rey ordenó que fuese escrito al momento.

Santo Tomás dió lecciones con prodigioso brillo en París, en Nápoles, en Roma, en las principales ciudades de Italia, y murió prematuramente, en 1274, en la abadía de Fossa Nova, cuando, a invitación de Gregorio X, se encaminaba al concilio de Lyon.

Juan XII le canonizó en 1323; y numerosos oradores entre ellos, Roberto, rey de Sicilia, pronunciaron sus panegíricos. El papa dijo que Santo Tomás había hecho tantos milagros cuantos artículos había escrito: *Quot articulos scripsit, tot miracula facit.*

"Santo Tomás, dice Jourdain, (1) es entre los santos lo que Aristóteles entre los filósofos, el maestro de los que saben". La poesía transfiguró su persona beatificada, y el cantor de la divina comedia le coloca en el centro de su misteriosa epopeya.

Al salir de los recintos lúgubres del infierno y el purgatorio, Dante, guiado por Beatriz, se lanza hacia las resplandecientes esferas del paraíso. Ya ha recorrido tres y acaba de penetrar en la cuarta habitada por las almas de los doctores, que han vivido en la meditación del dogma divino. (2)

De repente, de la guirnalda de luz que rodea la cabeza de Beatriz, sale una voz, la de Santo Tomás de Aquino. El discípulo de Alberto, el ángel de la escuela, domina esta familia escogida de las inteligencias, que Dios sacia eternamente con la vista de la verdad. El desarrolla allí los pliegues misteriosos de la ciencia increada, y como que continúa en el cielo la enseñanza interrumpida aquí abajo.

He aquí el aspecto del mundo en el siglo XIII. En la cima, *el buey mudo de Sicilia,* rumiando la cuestión.

(1) La Philosophie de Saint Tomas.

(2) Dante, Paradiso, cant. X, terc. 97, etc.

Aquí, el hombre y la libertad; allá, la gracia, la presencia divina, la fatalidad; a la derecha, la observación que protesta en nombre de lá libertad humana; a la izquierda, la lógica que arrastra al fatalismo.

El legislador eclesiásico se mantuvo firme sobre la pendiente, combatiendo en favor del buen sentido contra su propia lógica, que le hubiera arrastrado. Este poderoso genio se detuvo sobre el filo de la espada entre ambos abismos, cuya profundidad medía.

Figura solemne de la Iglesia, él tuvo la balanza, buscó el equilibrio y murió en el trabajo. El mundo que le veía desde abajo, distinguiendo, razonando, calculando en una región superior, ignoraba los numerosos combates que se daban en el fondo de aquella existencia abstracta.



## EDAD GOTICA DE LA ARQUITECTURA

(Cap. XCIV).

La iglesia era en estos tiempos, el domicilio del pueblo. La casa del hombre, donde volvía a la noche, era un abrigo momentáneo; la verdadera casa era la casa de Dios. No es sin razón que la iglesia tenía el derecho de asilo, ya que se había refugiado en ella la vida social entera.

En ella oraba el hombre y deliberaba el común; su campana era la voz de la ciudad, que llamaba a los trabajos del campo, a los asuntos civiles, y a veces a las batallas de la libertad. Es en las iglesias que el pueblo soberano se reunía en Italia. Fué a San Marcos que fueron a pedir una escuadra los diputados de Europa para la cuarta Cruzada; se comerciaba alrededor de las iglesias; los peregrinajes eran ferias.

Antes, se comía en la iglesia misma y se danzaba después de la comida; en ella jugaban pelota los canónigos; la iglesia se prestaba a las alegrías infantiles del pueblo de quien era madre. Ella sonreía bondadosa, cuando entrataba tumultuosamente llevando el espantoso dragón del pecado, o cuando exponía en extravagantes símbolos su miseria, como en la fiesta de los locos. Véase a Du Cange, en las palabras *Kalendk, Cervulus, Abbas cornardorum.*

¡ Epoca de maternal ternura ! Nadie reía en Alemania, cuando el nuevo sacerdote en medio de su primera misa, iba a tomar de la mano a su madre, y danzaba con ella. Si había muerto, su hijo le abría el cielo, *poniendo sobre el candelero el alma de su madre.* El amor de la madre y del hijo, de Jesús y de María, era una fuente de sentimientos patrióticos.

Aún hoy, en Mesina, el día de la Asunción, la Virgen conducida por toda la ciudad, busca a su hijo, hasta que, al entrar en la plaza mayor, se le presenta la imagen del Salvador. María tiembla y retrocede sorprendida, y doce pájaros que vuelan de su seno llevan a Dios la efusión de la alegría maternal.

El teatro colosal del drama sagrado, después de la larga fiesta de la edad media, ha entrado en el silencio y la sombra, sin la voz tumultuosa que llenaba sus bóvedas, sin el profundo simbolismo que llora perdido el corazón, y que la ignorancia audaz censura. El edificio mismo era un cuerpo vivo.

"La nave, extendiendo ambos brazos, es el hombre sobre la cruz; la *crypte,* la iglesia subterránea, es el hombre también, de pié, subiendo al cielo. En el coro inclinado respecto a la nave, véis su cabeza inclinada en la agonía; y reconocéis su sangre en la púrpura ardiente de los vidrios". (1)

La iglesia cristiana fué primitivamente la basílica del tribunal romano; ella se apoderó del pretorio mismo en que la condenó Roma, y ciudad divina invadió la ciudad jurídica. Aspiró al misterio, y amando las tinieblas de las catacumbas donde había nacido, abrió vastos subterráneos que le recordaban su cuna. El bautisterio estaba más allá del cementerio; la torre, órgano y voz de la iglesia, aún se levantaba al lado.

Pero pasado el año mil y cuando hubo conquistado al mundo, la iglesia sacude su estrecha vestidura y

(1) Michelet.

se dilata para abrazarlo. Ella sube y levanta sus bóvedas, pone pirámides, amontona ojivas y rocas, flechas y tabernáculos, iglesias sobre iglesias, que parecen la obra prodigiosa de los Titanes.

El arte antiguo, adorador de la materia, se clasificaba por el apoyo material del templo, por la columna, toscana, dórica, jónica: el arte gótico, hijo del alma y del espíritu, tiene por principio, no la forma, sino la fisonomía, el ojo; no la plenitud, sino el vacío.

En los siglos XII y XIII, el cruzado, sumergido en las profundidades de los muros, como el solitario de la Tebaida, en su gruta de granito, vive en sí, medita y sueña. Pero poco a poco, se avanza y llega a la superficie exterior del muro y radia en bellas rosas místicas, triunfantes con gloria celestial. Pasado el siglo XIV, las rosas se alteran, cambiándose en figuras relucientes, llamas, corazones y lágrimas, todo a un tiempo.

A la belleza severa y pura de la virginidad, breve y adorable momento, en que nada permanece bajo la luna, había sucedido la segunda juventud, cuando la vida pesa, se revela la ciencia del bien y del mal, en una triste sonrisa y no hay fiestas que calmen las turbulencias del corazón: tiempo de afeites y ricos adornos. Tal fué la iglesia gótica en su segunda edad. Ricos cruceros adornados de triángulos imponentes; encantadores tabernáculos suspendidos a las torres, como engarces de diamantes, fino y transparente encaje de piedras, hilado en el huso de las hadas.

El milagro es que el vuelo apasionado del espíritu supo someterse al ritmo de una geometría divina. La geometría es el arte por excelencia, y en ella se encontró lo verdadero y lo bello. Se ha calculado por eso en los últimos tiempos que la curva más propia para hacer una bóveda sólida era precisamente la que Miguel Angel había escogido como más bella para el templo de San Pedro.

Admírase esta geometría divina en el tipo de la arquitectura gótica, en la catedral de Colonia, cuerpo regular que se desarrolló en la proporción que le era propia, con la regularidad de un cristal. Dedúcese la cruz de la iglesia normal de la figura con que construyó Euclides el triángulo equilátero.

Los números diez y doce, con sus subdivisiones y múltiplos, dominan el edificio. Diez es el número humano, el de los dedos; doce, el número divino, el astronómico; a los que debe añadirse el siete, en honor de los siete planetas. En las torres y en todo el edificio, las partes derivan del cuadrado y se dividen en octógonos; las superiores, dominadas por el triángulo, se exfolian en exágonos, en dodecágonos.

La columna, en las relaciones del diámetro con la altura, tiene las proporciones del orden dórico. Conforme a los principios de Vitruvio y Plinio, la altura iguala a lo largo de la arcada; subsistiendo de este modo en el tipo de la arquitectura gótica las tradiciones de la antigüedad. La ciencia de los números, esa matemática sublime, pertenece exclusivamente a la Iglesia.

¡Qué de hombres y siglos para levantar esos monumentos! Cien mil hombres trabajaban a un tiempo en la iglesia de Estraburgo, y con tal celo, que cuando la noche venía a interrumpir el trabajo, lo continuaban a la luz de antorchas. ¡Y cuánta abnegación! Si nos elevamos a esos desiertos aéreos, a las últimas puntas de las flechas en que el pizarrero no se aventuraba sino temblando, hallaremos con frecuencia, solitaria bajo la mirada de Dios, expuesta a un viento eterno, alguna obra delicada, en que un piadoso trabajador consumió su vida.

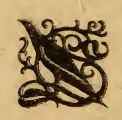
Ni un nombre, ni un signo, ni una letra: habríase creído robar a Dios su gloria; él había trabajado únicamente por Dios, *para el remedio de su alma*. Por una graciosa preferencia se ha conservado un nombre, el de una virgen que trabajó para Nuestra Señora de Estrasburgo; parte de la prodigiosa flecha fué levantada por

su débil mano. Por esto, en la leyenda, una roca que no había podido mover el esfuerzo de multitud de hombres, rodó a los piés de una niña.

La arquitectura reposa sobre dos ideas: la idea natural, de orden, y la idea sobrenatural o del infinito. En el arte gótico, el orden domina la idea natural y racional. El arte gótico es sobrenatural, sobrehumano, nacido de la creencia en lo maravilloso, en lo poético, en lo absurdo. La casa divina, por lo mismo que es divina, no necesita de fuertes columnas, ni acepta sino por condescendencia, un apoyo material; le basta el soplo de Dios.

Ella gusta colocar masas enormes sobre delicadas columnas; es la arquitectura del milagro; pero es esto cabalmente su principio de muerte. En las artes góticas, escultura, arquitectura, había algo tan completo y viejo, que llenaba de pesar el alma.

La masa enorme de la iglesia se apoya sobre innumerables contrafuertes levantada y sostenida con trabajo, como el Cristo sobre la cruz. Fatiga verla rodeada de innumerables estáis, que dan la idea de una casa vieja que amenaza, o de un edificio inacabado. Aún hoy, en otros pueblos, los templos góticos, levantan al cielo sus torres suplicantes, lloran sus vidrios y sus santos esperan nuevas épocas de fé en sus nichos de piedra.



# DANTE

(Cap. XCV).

La edad media, que había tenido trovadores y troveros, carecía de un Homero. Hé aquí que llega, sin haber sacudido del todo el polvo de los tiempos, con todas las virtudes poéticas, el acento del drama y el de la sátira, el de la poesía lírica y el del entusiasmo. El llamará *Comedia* su obra inmensa, confusa, turbulenta, como la edad media.

Tendrá en su lenguaje extractado hábilmente de los dialectos vulgares de Italia, la energía popular y la sublimidad o la dulzura mística; tomará sin cesar de la rica naturaleza que le rodea, del espectáculo de los campos, del recuerdo de su fuga a través de todos los lugares y entre todas las condiciones humanas, de sus combates, de sus sufrimientos, mil imágenes de la vida real y de las costumbres de su tiempo.

El más ideal y recogido de los poetas religiosos, a ciertas horas de su inspiración, él, que lleva en sus manos la maldición de los profetas y la lanza, según su odio o su justicia, hallará los más puros acentos que han resonado sobre la lira, en ese viaje milagroso por entre las visiones del infierno, la dulce luz del Purgatorio y las invisibles grandezas del Paraíso.

Dante es el poeta soberano de la edad media. Nació en Florencia en el mes de marzo de 1265, de Alighiero de los Alighieri y de su mujer Bella. Su verdadero

nombre era Durante, de que Dante es la abreviación. Aún estaba en la infancia cuando perdió a su padre. Su genio vino de otra parte.

Casi al salir de la infancia, Dante sintió el amor, un amor puro, verdadero, profundo; él ha expresado sus ilusiones y dolor con una fuerza que aleja toda poesía artificial y el lenguaje afectado del siglo; él guardó el indeleble recuerdo como un sello de Dios, poeta consagrado en adelante por la religión y el amor. A esta originalidad primera del Dante, a este duelo, a este culto de Beatriz a quien inmortalizó, inmortalizándose a sí mismo, debe añadirse otra inspiración: la antigüedad.

El carácter del Dante, este gran innovador, fué adorar a Virgilio, maestro de un lenguaje clásico y puro; y él no le admiró como Stacio, imitándole mal, exagerando su elegancia, destruyendo su sencillez, alterando su pasión sino que encantado de aquella poesía, reflejó sus rayos en un idioma naciente que él acomodaba al poderoso modelo.

Continuaré rápidamente su vida: era imposible en los agitados tiempos en que vivía Dante, que no tomase parte en los negocios públicos. De una familia güelfa, él combatió en Campaldino contra los Gibelinos, con los cuales se unió después proscrito por los Güelfos. Estaba entonces dividida Florencia en dos poderosas familias, ambas güelfas, los Donati y los Cherchi, cuya mutua animosidad llenaba la ciudad de desórdenes y de riñas sangrientas.

Aumentóse la discordia todavía más por los Negros y los Blancos de Pistoya, que fueron a someter sus diferencias al arbitramento del Senado. Los Blancos se aliaron con los Cerchi, los Negros con los Donati; y en una asamblea secreta de los Negros en la iglesia de la Trinidad, resolvieron suplicar a Bonifacio VIII invitase a Carlos de Valois, hermano de Felipe el Hermoso, a marchar a Florencia para apaciguar las turbaciones y reformar el estado.

Irritados justamente los Blancos, se presentaron armados ante los priores y acusaron a sus adversarios de conspirar contra la libertad pública. En la conmoción y conflicto que se siguió, Dante aconsejó a sus colegas que desterrasen a los jefes de ambas facciones.

El mal se acrecentó: las diversas facciones alternaron en el poder; la intervención del extranjero exacerbó los odios; los Negros, llamados por Carlos de Valois, entraron en Florencia como triunfadores, y saquearon las casas de sus enemigos. Dante, condenado primero a una multa y a dos años de destierro, fué condenado el año siguiente a ser quemado vivo.

El Dante amaba a su patria apasionadamente, como se ve por las mismas maldiciones que lanza contra ella, en medio de su destierro. El no pudo olvidar nunca a esa Florencia, que había defendido con su espada, servido en los consejos, y que debía ilustrar con su genio. Pero era un alma de fuego, generosa, implacable; güelfo, proscrito por los Güelfos, se hizo gibelino. No apruebo su conducta; pero los espíritus elevados y ardientes, se precipitan por los extremos: su inconstancia viene de su energía.

La vida del Dante fué una serie de peregrinaciones. Ibase el pobre desterrado donde le conducían las circunstancias, la necesidad urgente, la inquietud de su espíritu, la incurable tristeza de su alma. Se le ve en Padua, en 1306, casa del marqués Malespina, después con su amigo Bozzone de Gubbio, luégo en Verona, cerca de las Escalígeras, pasa los Alpes y va a París a buscar en el estudio alimento a su espíritu, ávido de saber, y alguna distración a sus amargos desengaños.

Errante así y desgraciado terminó Dante su poema que había comenzado en el destierro. Este trabajo fué su venganza y su arma. Dueño del infierno, del purgatorio y del paraíso, y poseyéndolos por derecho de talento, él tenía puestos que dar a sus enemigos y a sus amigos. Este extranjero, este proscrito, que habéis

arrojado de Florencia, cuya sentencia de muerte habéis redactado, apenas tenía un asilo, estaba obligado a saber *lo amargo que es al gusto el pan del extranjero, y cuán duro es subir y descender la escalera de otro.*

El era, sin embargo, más poderoso que vosotros, proscriptores: en medio de su fuga, de su destierro, él pensaba, escribía, castigaba a sus enemigos. Había tres hombres que se habían declarado sus perseguidores; él no los mataba aún, los dejaba en Florencia; pero estos hombres perversos que él había designado, no osando darse muerte por el espanto que les inspiraban las pinturas del poeta, arrastraban una vida miserable bajo el anatema de sus remordimientos, en la soledad que hacía a su lado el justo horror de sus conciudadanos.

Algo hay de lúgubre en ese libro que resume toda la edad media; hay gritos de desolación, lágrimas indecibles, melancolías, y hasta la alegría es triste. En el aniversario del 27 de enero de 1302, cerca del altar en que se celebra aquella *fiesta de sangre*, su musa asiste como a una pompa fúnebre, y cambia los cánticos alegres por los que se entonan alrededor de un sepulcro en el servicio de difuntos, en medio de una vieja catedral enlutada: el Te-Deum en el Dies irae.

Los primeros cantos de la Divina Comedia, repetidos de boca en boca, había herido de tal suerte la imaginación de los contemporáneos, que en Verona, pasando cerca de una puerta en que estaban sentadas muchas mujeres, oyó a una que decía en voz baja: "Mira ese hombre; es el que va al infierno y vuelve cuando quiere; y trae noticias de los que hay allá"; y a otro que respondió: "En verdad; mira qué crespa la barba y qué ennegrecida la tez; es el fuego y el humo del infierno".

Dante era un hombre de genio, confundido con sus contemporáneos y solitario en medio de ellos, profundamente ulcerado, güelfo por patriotismo, gibelino por venganza, que no lisonjea a emperadores ni a papas, que amontona en las hornallas que enciende a los

poderes de la tierra; inquieto y orgulloso; teólogo para los sabios; intermediario para el pueblo entre el hombre y el demonio; vate y profeta sublime!

Ningún poeta, desde Homero, ha tenido tanta invención y verdad. Hombres que nos pintan las cosas de la tierra y nos prometen la imagen fiel de la vida, o la ignoran o la disfrazan con su lenguaje; y el que habita los cielos, cuando sale del infierno o por lo menos del purgatorio, y está rodeado de ángeles de blancas alas, el poeta místico e ideal, que sube de estrella en estrella, por la fuerza atractiva de la fe y del amor, nos hablará de la vida del campo o del pastor de Italia, con una sencillez que éste comprenderá.

La Divina Comedia, bajo sus numerosos aspectos, político, histórico, filosófico, teológico, ofrece el cuadro completo de una época, sus doctrinas, su ciencia, el movimiento de los espíritus, las pasiones, las costumbres, la vida en todas las clases sociales, las guerras implacables entre las ciudades, las tiranías, las proscripciones, que desolaron la bella Italia.

La poesía del terrible Dante, del implacable vengador, cuyo rostro altivo y sombría tristeza marcaban a los ojos del pueblo su misterioso comercio con el infierno, renovó y excedió en la edad media uno de los caracteres de la poesía griega, la voz de la pasión ayudada de la armonía. Ella fué el himno religioso de Píndaro, el canto guerrero de Tirteo, el yambo vengador de Arquíloco.

Ella nos representa, no sólo el coro antiguo, este himno sagrado de la tragedia griega, sino que renueva el épodo rápido y sangriento, este anatema severo del genio que lanzaba la musa irritada y que se asemejaba a la marcha guerrera de los Cretenses, al sonido de la lira. Las mayores bellezas de la Divina Comedia se deben a ese carácter militante del entusiasmo poético; la poesía antigua había sido a veces homicida.

La Divina Comedia se divide en tres cantos, el Infierno, el Purgatorio y el Paraíso. El Infierno es sobre

todo una sátira gigantesca, épica, en que Dante excede a cuanto concibió nunca la venganza, y donde, cansado de esperar la última hora de sus enemigos, los condena vivos, arranca de su cuerpo el alma maldita y la precipita en el abismo, colocando en su lugar un demonio. El Purgatorio es una aspiración hacia el cielo; el Paraíso, el himno de reconocimiento de la imaginación, por una felicidad infinita como la esperanza.



# IV

# Hombres de la Independencia de Venezuela

C[LÁUSULAS] *rompidas a la grandiosa manera de Cornelio Tácito", las de D. Rafael María Baralt. No era su prosa castellana, limpia de galimatías la mejor para ser marco de estos desmesurados hombres de la Independencia, que no sé si fué Lugones quien dijo; que eran la encarnación del galicismo. Hizo el excelso marabino en un Castellano digno del siglo XVII una pintura de los hombres de nuestra Independencia, con la majestad y gallardía de un Mariana, de un Solís. Queda su "Historia de Venezuela" como la más apuesta hija de tan esclarecido ingenio, como modelo de idioma numeroso, como el más dilecto tributo que ofrecimos al decoro y pureza de la Lengua española. Pero el ánima contorsionada de los formadores de nuestra democracia, acaso encajaba mejor en la prosa vehemente de González. Escribió este la* Biografía de José Félix Ribas, *y esa centena escasa de páginas equivalen en nuestra historia intelectual a lo que el* Facundo *en las letras argentinas: la más brillante genésis del nacionalismo literario. No importa para tal fin que la Historia en la "Biografía" se haya adulterado, que no tenga la precisión en el dato histórico como en Baralt, ni la severa imparcialidad de Yanes. Culmina este libro en el detalle pintoresco: en torno de la figura central de Ribas agrupa la sensibilidad y pensamientos de toda una sociedad en los primeros días de la guerra: 1810-1814. Mientras que los demás historiadores escriben la historia pública, la que se resuelve en batallas, documentos oficiales o sesiones del Congreso, González nos lleva a las tertulias de las casas: divulga el epigrama y la canción popular, hace el retrato de los personajes; por él sabemos como hablaba Coto Paúl, donde*

*se reunía el grupo de los sin-camisa, que de leyendas forjadas por el fanatismo y el asombro rodeaba al nombre de los Ribas....*

*Cuando se quiera escribir una historia social de Venezuela; a la biografía de personajes y a la narración de sucesos culminantes se supla la historia del pueblo, se intente saber al través de las revoluciones y regímenes políticos los diversos estados de nuestro espíritu colectivo, para darnos cuenta de las pasiones e ideas de la sociedad venezolana en esa jornada dantesca de nuestra revolución que va de los entusiasmos demagógicos de la Junta Patriótica al apocalipsis de la Guerra a Muerte; habrá que acudir a la* Biografía de José Félix Ribas...



## BOLIVAR EN CASACOIMA

Era una de las noches más bellas y apacibles. La luna de mayo asomaba por el Oriente ceñida de púrpura y de nieve. Prolongados palmares, la fecunda javia, el coco marítimo se mecían dulcemente al suave impulso de los aires. El majestuoso Orinoco paseaba en un inmenso lecho sus turbias y caudalosas aguas; ningún acento, ningún ruído, sino el sordo que arrojaban las aves nocturnas, o el del centinela que, con el arma al hombro y fija la vista en el bosque, hollaba las hojas secas.

Allá distante, a la sombra de un árbol que los naturales llaman Castaño del Marañón, muchas personas platican al rededor de una hamaca colgada de fuertes ramas. Tristes los unos el más profundo abatimiento se pinta sobre sus frentes; los otros parecen no pensar sino en lo que les habla desde la hamaca un personaje ardiente y lleno de confianza.

—Buena, dijo un hombre pequeño de estatura, de ojo sagáz y penetrante, de carácter pronto y arrebatado, buena ha sido la tarde: una oí silbar tan cerca que si hubiera bajado un palmo, no tenían que pensar más en mí los margariteños: varias anduvieron cerca de Ud., General; y a fé que si no nos lanzamos en esa laguna, que tiene más olor de sepultura de cocodrilos que de ensenada del Oriente, hubiéramos sido las víctimas.

—En verdad que es un trabajo de Hércules haberla atravesado, contestó uno de aquellos señores, alto, de

nariz perfilada, de vista intelectual y segura, de aire cortés y en extremo reservado; mucho temieron los enemigos el tal lago, que a vista del hombre que les valdría más que la victoria, con sólo dos al lado y desarmados, no se atrevieron a seguirnos. No deja de decir mi cuerpo que tuvieron razón. ¿Les parece a ustedes que debíamos ser más cautos en esto de separarnos del Ejército para ir a comer frutas?

—¿Qué dice Ud., General? El peligro está pasado, y todavía me acuerdo de las dulces piñas que hemos comido: excelentes son las piñas de la Esmeralda. ¿Y qué nos sucedió? Nos persiguió un mayor número de hombres armados; fuimos más valerosos y hénos aquí salvados. ¿No es nuestra vida una serie de asechanzas, riesgos y triunfos? Esto contestó sentándose precipitadamente en la hamaca un hombre que, si bien quemado por el sol, endurecido por la fatiga, manifestaba en su cabello castaño y en sus ágiles movimientos tener seis lustros apenas de edad. En su aire grandioso e imponente, en sus miradas, ya melancólicas como la luz de la luna que las alumbraba, ya ardientes como el fuego de un meteoro, bien se advertía ser el caudillo de la escasa tropa que le rodeaba.

—Pero esto no es prudente, General, ni lo aprueban sus soldados que saben depende la existencia de la patria de la de Ud., exclamó un oficial calvo, de modales apacibles, de insinuante aspecto, en quien el juicio aventajaba a los años. Nuestra posición es lamentable, estamos más escasos de tropas y municiones que de vestuario y ya Uds. ven qué uniforme trae nuestro General en Jefe, el Jefe del Estado Mayor y el General margariteño.

—No tan malo, gritó el de la hamaca. Perdí mi uniforme, pero me hallo mejor con esta bata que me han regalado, mucho mejor que con las heridas de los piés; mañana estreno la hermosa camisa de corteza de marima, que me regaló un cacique: galanos sí que están los

dos generales que me acompañaron, el de camisa de listas sobre todo... y arrojaba grandes risotadas viendo al que primero rompió el diálogo, envuelto en una ancha camisa de listado.

Ya habrán conocido los lectores que era el Libertador quien hablaba desde su hamaca con los generales Arismendi y Soublette, el coronel Briceño y varios oficiales del ejército.

La luna estaba ya en la mitad del cielo, y Bolívar les animaba todavía, hablándoles de sus proyectos y esperanzas.

—No sé lo que tiene dispuesto la Providencia, decía, pero ella me inspira una confianza sin límites. Salí de los Cayos, solo, en medio de algunos oficiales, sin más recursos que la esperanza, prometiéndome atravesar un país enemigo y conquistarlo. Se ha realizado la mitad de mis planes; nos hemos sobrepuesto a todos los obstáculos hasta llegar a Guayana. Dentro de pocos días rendiremos a Angostura, y entonces.... Iremos a libertar a Nueva Granada, y, arrojando a los enemigos del resto de Venezuela, constituiremos a Colombia... Enarbolaremos después el pabellón tricolor sobre el Chimborazo, e iremos a completar nuestra obra de libertar a la América del Sur y a asegurar nuestra independencia, llevando nuestros pendones victoriosos al Perú: el Perú será libre....

Sorprendidos, atónitos, se miraban unos a otros los oficiales que le cercaban: nadie osaba pronunciar una palabra. Los ojos de Bolívar arrojaban fuego, y al hablar de España, de su ruina, tormentas eléctricas parecían ceñir su cabeza, como la cumbre del Duida, cuya sangrienta y encapotada cima alcanzaban apenas a divisar...

Un oficial llamó aparte al coronel Briceño y le dijo llorando: "Todo está perdido, amigo mío: lo que era toda nuestra confianza, hélo aquí loco; está delirando... En la situación en que le vemos, sin más vestido que una

bata, soñando en el Perú. . . !" Confortóle Briceño, asegurándole que el Libertador se chanceaba para hacer olvidar el mal rato que él y todos habían pasado aquella tarde... A los dos meses Bolívar había tomado a Angostura; dos años después la Nueva Granada le aclamaba vencedor en Bogotá; cuatro años más tarde destruye en Carabobo el ejército de Morillo; a los cinco da libertad a Quito y al cabo de los siete años sus victoriosas banderas ondeaban sobre las altas torres del Cuzco.

(De la "Biblioteca de Escritores Venezolano", por Don José María de Rojas, 1875).



## LA RAZA DE RIBAS

Era una raza fuerte y amarga, activa, indómita, fruto de los antiguos Raibs (Ribas), en quien se cruzaban bretones y normandos, recalentada al sol de las Andalucías y al de la africana Tenerife, templada al clima equinoccial de Venezuela. ¿Descienden los Ribas, como se cuenta, de los bretones que acompañaron a Guillermo a la conquista de Inglaterra? Por largo tiempo no degeneraron ciertamente de los primitivos habitantes de las *rocas rojas,* de la bahía de los asesinatos, de la isla de Sein, poblada de hadas y demonios, donde piedras esparcidas son una boda petrificada, y una piedra aislada, un pastor tragado por la luna.

Los Ribas se esparcieron por España; hay Ribas en Centro América; y el viajero Clarke habla de un almirante Ribas que, bajo el mando de Catalina II, libertó a Odesa de los turcos y se propuso hermosearla y dotarla de un magnífico puerto.

En la primera mitad del siglo XVIII los Ribas, venidos de las islas Canarias, se habían multiplicado en Caracas en su originaria fuerza: independientes en medio de sus posesiones agrestes, sin mayor trato con sus vecinos, indiferentes a los rumores que esparcía por su cuenta el vulgo supersticioso y crédulo. Y es que en aquellos tiempos pacíficos de obediencia voluntaria y religiosa piedad, los hombres de costumbres suaves y san-

gre dulce veían con natural desvío una fiereza y arrogancia que alimentaban el poder y la riqueza; no comprendiendo la fuerte savia de otras naturalezas, la atribuían a misteriosas relaciones con malos espíritus, llegando a suponer que en la muerte de uno de los caballeros de esta familia, el demonio había arrebatado su cadáver, entre la pompa de los funerales.

Sólo a la raza de Bolívar, desdeñosa también, dura y abstraída, dió el pueblo sencillo y manso esa reputación odiosa. Insistimos en estas circunstancias, porque no importa poco a las futuras convicciones y conducta haber nacido de una raza sólida, firme y decidida, o de naturalezas vagas e inciertas; por más que una y otras tengan cualidades y vicios que son su condición indispensable.

(De la "Biografía del General José Félix Ribas". Editorial América, Madrid).



## MIRANDA

La celebridad de este caraqueño exige que nos detengamos ante él. Tendría sesenta años. Era una figura distinguida, de facciones regulares y animadas, de presencia autorizada y gallarda, de voz enfática y sonora. No era uno de los viejos risueños de Fenelón pero resaltaba en su vejez fresca gran parte de la flor de la juventud. El coleto de nuestros padres, la cabellera empolvada, el sobretodo blanco que lo cubría, el tahalí vacío bajo la casaca militar y no sé qué nuevo y extraño esparcido por toda su persona, realzaban su nombre y le conciliaban admiración y respeto. Pocos notaban el pequeño arete de los revolucionarios franceses que habría dañado a su dignidad.

El ojo de Ribas se detuvo con gusto delante de aquel hombre de tan varias fortunas, con quien se había correspondido sin conocerle en los años de 8 y 9. *Con la faz morena española, Miranda tenía el aire altanero y sombrío, el aspecto trágico de un hombre llamado al martirio, más bien que a la gloria; había nacido desgraciado* (1). Sus padres, que se habían enriquecido con el trabajo y la industria, aspiraron a que sirviese con un grado en el batallón de blancos de Caracas pero los nobles, presididos por el conde de San Javier, jefe de aquel

(1) Michelet: *Révolution Française;* t. V.

cuerpo, rehusaron presentarle a España para su nombramiento.

Resentida su familia, le envió a la Metrópoli, donde compró una charretera de capitán. Cuando una política generosa, pero prudente, determinó a la Península a auxiliar en su revolución a los Estados Unidos de América, Miranda sirvió en la guerra con inteligencia y celo, y tuvo ocasión de contraer estrecha amistad con Broglie, Segur, Lauzun, Lafayette, preparándose en Francia nuevos destinos. El deseo de instruirse y el gusto por los viajes y aventuras, le hizo recorrer entonces los principales pueblos de Europa. El visitó con el mapa en la mano, estudiando y divirtiéndose, a Italia, Austria, Prusia, Constantinopla, Inglaterra. Se dice que en Rusia tuvo el honor de ser *premiado* con la *predilección* de Catalina II, alemana cubierta de la sangre de Pedro III y de la de Ismail y Praga, *predilección y premios* vergonzosos, que un escritor ha celebrado con escogidas frases (2), como si fuese una fortuna el capricho pasajero de la *Parsifae del Norte, vieja de cabellos blancos levantados al cielo, de ojo lúbrico y duro* (3). Miranda, con sus aventuras, sirvió acaso de modelo al Don Juan de Byron; mas al sonar el año de 89, dejando aventuras romancescas, o más bien buscándolas más graves y peligrosas, voló a entregarse a la Francia.

La desgracia parecía unida a sus pasos; si se triunfa en las famosas Termópilas del Argonne, a Miranda toca el destino de huir rápida y confusamente hacia Sainte-Menchould. A él se le atribuye el mal éxito del bloqueo de Maestricht. En el desastre de Neerwende, en que mandaba el ala izquierda, frente al príncipe Don Carlos, Dumouriez le destina a la derrota y al sacrificio, en honor y gloria del duque de Chartres (4). Para col-

(2) Baralt y Díaz: Historia de Venezuela.

(3) Michelet: Révolution Française; t. III.

(4) Luis Felipe.

mo de infortunio, Jominí acepta las explicaciones de Dumouriez contra el general caraqueño y las propaga en el mundo militar (5).

Denunciado al Tribunal revolucionario como cómplice en la traición de Dumouriez, aunque del partido de la Gironda y amigo personal de los proscriptos Brissot y Petión, él confundió las acusaciones de sus enemigos en once sesiones consecutivas, alcanzando con su facundia y destreza que le absolviesen el sacerdote sangriento de la nueva Táuride, Antonelle; el excecrable Fouqier-Tinville, Jordeuil *el Septembrista,* los asesinos de la Francia. Mas a pesar de la elocuente defensa de Chaubeau-Lagarde, y de la opinión motivada del primer jurado, fué preso después en virtud del decreto contra los sospechosos, sin lograr la libertad sino después de diez y ocho meses de cárceles y persecuciones.

Miranda llega al país con la fama de capitán ilustre, y activo jefe de la revolución. Brissot había dicho: "Dumouriez no puede convenirnos; siempre hé desconfiado de él; Miranda es el general de las circunstancias; él comprende el poder revolucionario; está lleno de talentos y conocimientos". Michelet acaba de llamarle general *entusiasta y convencido,* que prescindía de los medios materiales y creía en los milagros de la fé, un noble Don Quijote de la revolución. (6).

. . . . . . . . . . . . . . .

Por lo mismo que la Junta Suprema se había opuesto a que Miranda volviese a la patria, Ribas le vió como

---

(5) Es curioso leer lo que escribe M. Louis Blanc en su *Historia de la Revolución Francesa* sobre el general Miranda: "Nacido en el Perú, se le había desterrado por haber aspirado a su libertad. Errante sobre los caminos de Europa, había desdeñado el favor de los reyes y buscado la amistad de los grandes hombres.

En San Petersburgo había rehusado noblemente los ofrecimientos de una Emperatriz, etc".

(6) Historia de la Revolución, t. V.

un amigo de la libertad y le reconoció como el que había levantado su destierro. Bien nceesitaba el antiguo girondino del influjo poderoso y militante de estos amigos de la independencia. Llamados a la barra del Congreso, con gusto juraron sostener la soberanía nacional, representada en un Cuerpo que presidía un general de la Revolución francesa.

Había llegado Miranda, ciego como todos los que han estado largos años ausentes de su patria, descontentadizo y desdeñoso con cuanto veía, como los que han visitado cortes y vivido en palacios. Cuando la Junta nombró una Comisión que redactase un proyecto de Constitución que someter al Congreso, mientras D. Francisco Javier Uztáriz y los doctores Felipe Fermín Paúl y Juan Germán Roscio convinieron en un plan de confederación provisoria, Miranda volvió a la Comisión el que habría presentado a la América española, a haber triunfado en 1806. Ambos proyectos eran inoportunos y fatales; pero el de Miranda, que difería poco del gobierno colonial de España, disgustó a todos y atrajo a su autor poderosas enemistades. (7).

Se temió tanto su ambición, y tal desconfianza excitó su conducta, que a pesar del obstinado empeño y de los esfuerzos de los principales revolucionarios, no fué al Congreso sino por los votos del insignificante pueblo del Pao de Barcelona.

. . . . . . . . . . . . . . . .

Al insular Monteverde, en el día de su fortuna opuso la República el hombre de la desgracia. Desde fines de abril de 1812, al saberse los rápidos progresos de Monteverde, el Poder Ejecutivo Federal, que residía en Valencia, dió a Miranda, con el título de *Generalísimo,* una autoridad ilimitada, bajo la condición única de convocar el Congreso inmediatamente. A poco le parecieron estrechas estas facultades, y quiso se las amplia-

---

(7) *Esquisse de la Révolution de l'Amérique Espagnole,* obra que se atribuye a D. Manuel Palacio, páginas 106-108.

ra, o que fuesen consagradas con nuevas formas y exterioridades. Tres comisionados, uno por el Gobierno general, que fué D. Juan Germán Roscio; otro por el Gobierno provincial de Caracas, D. Francisco Talavera, y don Juan Vicente Mercader, por la Legislatura provincial, declarando suspenso el régimen constitucional, pusieron en sus manos el terrible poder de la dictadura. Nada le faltó al generalísimo: el entusiasmo animó de nuevo los corazones espantados y la ciudad brotó guerreros de entre sus ruinas. Partieron al punto diez batallones de Infantería y dos escuadrones de Caballería, a los que debían seguir compañías sueltas de paisanos y de extranjeros. Marcha Miranda al frente de 7.000 hombres, ejército suficiente para escarmentar la contrarevolución y afirmar la República; pero cuando debía buscar al enemigo y perseguirle, redúcese a la guerra defensiva, contemporizadora y tímida: vence en la Cabrera y en Guacara y abandona estos puntos fortificados para retirarse a Maracay; pudiendo resistir aquí, va a encerrarse en La Victoria: se fortifica en esta villa, triunfa de Monteverde y desordena sus huestes, y se niega a completar la victoria, persiguiéndolas en su desordenada fuga.

Tantos errores en quien se imaginaba la gente el salvador de la República, excitaron la murmuración primero, y luégo el desdén y el desprecio. Recordó la población que se le había anatematizado en los templos; el clero se ensañó en el impío; y cuando el mal genio de Miranda, coronel Juan Paz del Castillo le presentó a los presbíteros doctor Martín González y N. López, a quienes hizo ejecutar después de un aparente juicio, irregular y violento; del odio que abrasó al pueblo escandalizado volaron chispas hasta el ejército y hasta el Estado Mayor del Generalísimo. Corría entonces el rumor de que tramaba contra la causa americana por órdenes del Gabinete inglés. La desgracia que inspira sospechas y el odio que las convierte en evidencia, acreditaron los temores, y vinieron a corroborarlos la comisión secreta

de D. Tomás Molini, secretario íntimo de Miranda, a la Gran Bretaña, y sus relaciones misteriosas con las colonias inglesas. Tales susurros encendieron en algunos de sus jefes vivos deseos de deponerle.

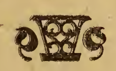
Cuando supo Miranda estas novedades, su orgullo irritado, junto con temores de una traición, exacerbaron su carácter duro y terco, que se desahogó en palabras amargas y aspiró a venganzas sangrientas. Pero impotente y ridículo en medio de su tropa, sin confianza en sus edecanes que dieron libertad a uno de sus mayores enemigos, fatigado de luchas estériles que iban a prolongarse por la sublevación del Castillo de San Carlos en Puerto Cabello y el levantamiento de los negros de Barlovento, a la primera indicación de un arreglo pacífico el pobre viejo se despojó con gusto de la impopular e insoportable dictadura.

Antes de la última campaña, no bien fué nombrado gobernador militar de Caracas José Félix Ribas, Miranda le relevó, nombrando en su lugar al coronel Juan Nepomuceno Quero (8), en correspondencia con Monte-

(8) No consta el día de su nombramiento. La guerra perdonó pocos documentos importantes de la época que describimos; y los que se refieren a tiempos anteriores van desapareciendo igualmente, con lamentable rapidez. Más cruel la mano de los hombres que la del tiempo, después del espantoso temblor de 1641, D. José de Oviedo y Baños halló materia para escribir su historia hasta en los archivos municipales que pertenecieron a la ciudad de Caraballeda, y hasta en los del Cabildo de Guaicamacuto. Ningún mal grave ocasionó a los de Caracas el temblor del año 12, y, sin embargo, perecen diariamente, sin que caiga nadie en que ese polvo es nuestra historia, y que esos papeles, que arrojados de su casa, van mendigando un asilo, encierran los fastos de la Patria. Un ciudadano inteligente y laborioso, el doctor Francisco J. Yanes que asistió al nacimiento de la Independencia suramericana, y siguió en los combates con la espada y con la pluma, consagró los últimos veinticinco años de su larga vida a reunir comprobantes, compulsar documentos, interrogar a los contemporáneos, a meditar y escribir. Con viva solicitud le enviaba documentos el Libertador, animándole a la gloriosa empresa. Los diez años que exigió Yanes para la pu-

verde. Ya en campaña, después del infructuoso ataque de los españoles al Portachuelo de Guaica (19 de mayo), conoció Miranda la importancia de aquel punto, y dispuso que lo fortificase el coronel Ribas, con el batallón de Barlovento. A poco ordenó se abandonase, sin conocida causa. Parece que conociendo la fatalidad de las circunstancias se resignó orgullosamente a la situación desdeñando el silencio al dictador obstinado, no cuidando de indagar si era traidor o víctima, viendo con indiferencia el calor estéril de Bolívar y sus amigos, atento únicamente a buscar en el destierro su propia libertad y otro porvenir a la República.

De los patriotas marcharon unos para España bajo una barra de grillos; fueron amontonados otros en las bóvedas, donde perecieron algunos; pocos lograron el beneficio de la proscripción. El viejo dictador, honrado con la saña del isleño pérfido, y arrastrado de prisión en prisión, fué a morir con lenta agonía en los calabobos de la Carraca. La suerte, que había mezclado en su vida el agenjo con la miel, continuó a su lado la misma misión dándole una muerte dolorosa, pero que salvaba su nombre y rescataba su memoria, que sin esas horas de martirio, viviría manchada en la posteridad.



---

blicación de su historia han corrido. Sucédense los gobiernos, y ninguno pregunta por la obra patria, preocupados todos con cosas más lucrativas. Persuadidos nosotros de que ninguna autoridad pensará jamás en tan frívolo objeto, estamos tentados a excitar a la Nueva Granada y al Ecuador, a venir en auxilio de la historia de la República, que es la suya, a redimir y a publicar la Relación documentada de los hechos de Venezuela y las historias particulares de Margarita, Cumaná y Guayana. ¡Los grandes hechos de los mayores inspiran a sus hijos!

## EL PRIMER CONGRESO DE VENEZUELA Y LA JUNTA PATRIÓTICA

Interesante espectáculo presenta el primer Congreso de Venezuela; hijo de la Revolución, fruto de elecciones libres y tranquilas, en vez de una asamblea tumultuosa, agitada de populares pasiones, aunque única y aunque con un Ejecutivo que creó débil en tributo a las doctrinas de entonces, él se concilió la estimación y el respeto público, sin excitar la admiración pero tampoco las resistencias y ataques en el seno de los republicanos. Bien que entre los cuarenta y cuatro miembros que lo constituían, no faltasen quienes, confundiendo la obstinación con la firmeza, opusiesen sus preocupaciones a toda reforma saludable; y bien que se precipitasen otros en novedades peligrosas, tal era la situación y benevolencia de los espíritus, tan poco la inflamación (que no sobreviene sino en los cuerpos numerosos), que todos marchaban aparentemente a una, sin enconados odios, luchas ni escándalos.

Nada allí de centro, izquierda ni derecha; sentábanse todos confundidos y amigos, con la alegre esperanza sobre los ojos. Uztáriz, Tovar, Roscio, Yanes, Ponte, Peñalver, con la frente cargada de cuidados, Maya, Quintana, Ramírez, Méndez, Castro. Nada precipitó los pasos de aquellos varones ilustres, prudentes y circunspectos en medio de sus interiores recelos o de la

impaciencia de sus esperanzas: ni la facilidad de ostentar sin peligro un liberalismo vidente, ni la ambición inmoderada de aplausos y popularidad, ni los estímulos de la imprenta, ni el favor que acompaña a las opiniones exageradas. Cuando, caída toda autoridad, podían sin obstáculos ni sinsabores lanzarse por el fácil camino de la demagogia, destruyendo y creando a su capricho, prefirieron el enojoso cuidado de moderar los excesos de la libertad, a riesgo de pasar por enemigos del pueblo y por retrógrados.

¿Qué detenía a esos hombres y los embarazaba en su marcha? Veían el porvenir cargado de sangrientas nubes y retrocedían; habían querido regenerar, conservando; repugnaba a su conciencia quitar el freno a las pasiones para triunfar. En su seno no hubo propiamente vida parlamentaria. Si se encendía, era al viento de la plaza pública; arrastrábalo la impetuosa vigilancia, las advertencias en forma de agitaciones de la capital. Todos anhelaban por la tierra prometida, sin pasar por el Mar Rojo.

Recordemos de paso algunas de esas figuras. Juan Germán Roscio era el pensador convencido del partido republicano; su frente que parecía inclinada por la meditación hacía que se le atribuyese un poder lleno de misterio; sus palabras eran recogidas como aforismos patrióticos. Si callaba, mirábase su silencio como desdén de la sabiduría, o esquivez del pudor; inteligencia honrada sin audacia, pluma fácil, vulgar y sin brillo, político de intratable energía en medio de la timidez de sus opiniones. (1). Fuertes estudios y el amor a la medita-

(1) El doctor Juan Germán Roscio, de padres italianos, falleció el 9 de marzo de 1821 (tres meses y quince días antes de la batalla de Carabobo), siendo vicepresidente de Colombia. El Sr. Zea decía de él (*Correo de Orinoco,* número 102): "Desde el año de 1810, en que Venezuela derrocó al despotismo, hasta el día en que, después de un viaje penoso y dilatado, llegó a principios de este año a la nueva capital del Estado, mil gra-

ción habían madurado la grave juventud del español Francisco Javier Yanes: Francisco Javier Uztáriz,

*alma incontaminada, noble, pura,*
*de elevados espíritus modelo,*

no hablaba nunca en la tribuna pero todos se agolpaban solícitos para oir sus discretas y finas observaciones, y se contaba con su silencio, lleno de pensamientos.

Bussi y Sata era un tribuno elegante y fácil. Manuel Palacio, hombre de talento y elocuencia, adivinaba el porvenir y lo esperaba sonreído. A don Martín Tovar y Ponte no le dió la Naturaleza la elegancia ni las gracias de la juventud, ni menos el deseo de adquirirlas y de suplir su falta; prefirió dedicar este tiempo a cosas serias. Aunque por la educación perteneciese a su época, por sus compromisos y recuerdos él fué toda su vida del 19 de Abril. En los tiempos turbados y movibles que atravesó conservóse siempre fiel a las primeras ideas en que se había formado y que encantaron su espíritu, a los sentimientos que hicieron latir su corazón, a las convicciones que se consagró. Cuando vengan las pasiones en vez de las leyes, los combates en vez de la justicia, y en vez de la libertad la dictadura, él se envolverá en su manto, silencioso y triste, animando contra la violencia y cubriendo con su nombre a los defensores del orden. Ese viejo tosco, de corazón patriota, supo merecer el recuerdo reconocido de sus contemporáneos y la estimación de la posteridad.

---

ves y difíciles empleos ocuparon de tal suerte su vida, que puede decirse con verdad, que ni un momento respiró sino en servicio de la patria. Su constancia en la adversidad excede a todo encarecimiento: ni las cadenas y mazmorras, ni las miserias y trabajos llegaron a abatir jamás su impávida firmeza o a desviarle un punto de la senda del honor, y aun los déspotas mismos que le oprimían se vieron obligados a admirar la grandeza de su alma, y la superioridad de su virtud".

El doctor Manuel Vicente Maya era un sacerdote célebre ya por la rectitud de su alma y sus dulces virtudes. Extraño al odio, su corazón santo se difundía en una expresión de sonrisa angelical, que inspiraba amor y pensamientos buenos; y en el gobierno de la Diócesis, sus adversarios le preferían a sus amigos, porque de nadie podían esperar tanta indulgencia en la justicia. Horrorizado con los excesos de la Revolución Francesa y temeroso del obscuro porvenir, su espíritu se detenía inquieto a las puertas de la revolución, por amor a los hombres y por horror a los desastres que preveía. La debilidad por temer del mal es una virtud divina; y la energía, cuando no impone sacrificios heroicos, con frecuencia no es otra que la ambición y el egoísmo. Maya sólo protestó contra la declaratoria de la independencia el 5 de Julio, engrandeciendo con su noble libertad aquel majestuoso espectáculo. Porque no fué mediano valer arrostrar la indignación de una multitud ansiosa, y defender contra el entusiasmo general sus creencias desesperadas. Opuso a todos el voto de los habitantes de La Grita, sus comitentes. Y el Congreso ordenó se escribiese su protesta al pié del acta de la independencia, tributando así un homenaje a los derechos de la conciencia, tomando una venganza digna de la libertad.

El doctor Juan Nepomuceno Quintana era uno de aquellos jóvenes virtuosos e instruidos que las primeras familias daban entonces a la Iglesia. Escritor elocuente y fecundo orador, aquel clérigo era un filósofo a su manera, enemigo del sofisma y del instinto destructor y revolucionario de los demagogos de su tiempo. A presencia de Miranda y Roscio, y de los otros jefes de la revolución, con tono acenttuado de desdén él los acusaba de agoreros falsos y de engañarse con frívolas esperanzas. Los que no se turbaban al escucharle, respetaban su buena fe.

Al abogado Antonio Nicolás Briceño, filósofo sombrío, republicano cartaginés, hombre frío y violento, ge-

nio inquieto y rudo, teníasele por capaz de lanzarse en un transporte de cólera, en los abismos del crimen.

El Congreso tuvo un doble carácter: se aprisionó en un círculo estrecho, en que parecía hacer penitencia de su importunidad, y se elevó sobre sublimes altares; hizo una Constitución federal efímera, y problemó verdades inmortales; contenido y arrebatado alternativamente por fuerzas contrarias: el sentimiento que le venía de sí mismo y el movimiento que le venía de la revolución. ¡Cincuenta y cuatro años han corrido desde aquel tiempo! ¡Un Congreso acabà de cerrar sus sesiones! ¿Qué hemos adelantado, oh Dios?

Es preciso confesar, sin embargo, que sin una fuerza encontrada de asociación el movimiento revolucionario habría perecido, y sus inocentes e incautos parciales que confundían a amigos y enemigos en el ciego vuelo de su generosidad, habrían caído en la red inmensa que se les tendía por todas partes. Urgía la creación de un Cuerpo político organizado fuertemente, depositario de todas las necesidades e instintos de la revolución, que velase inquieto sobre las autoridades débiles, sobre sus agentes confiados, sobre los enemigos todos, por temor o por odio. Miranda había traído la idea de París, tierra clásica de tumultuarias asociaciones; Bolívar la fundó, llevando a su seno los amigos de la independencia, Ribas la popularizó, le dió sus varoniles pasiones y tendencias, la hizo inflamar y hervir como el Etna. Nacida en medio de los peligros de una conspiración inmensa, que negaba los conspiradores, la Sociedad Patriótica constituyó una legión activa, de desconfianza suma, de rencilloso espíritu, que de todo se alarmaba. Fué su destino ensayar al pueblo en la República y también en la demagogia, ser estímulo de los Poderes públicos y la palanca de la revolución.

Penetremos en su interior y sorprendámolo el 19 de Abril de 1811, pocos días antes del célebre 5 de Julio, en su primitiva naturaleza y audacia anárquica. "Los

regocijos fueron universales ese día. Después del *Te-Deum*, los habitantes se esparcieron por las calles, con sus vestidos de fiesta, adornados sus sombreros con escarapelas de cintas rojas, azules y amarillas. Grupos de músicos y danzantes recorrían la ciudad, cantando himnos entusiastas; la atravesaron en procesión los miembros de la Sociedad Patriótica con banderas en la mano. Personajes respetables se unieron al concurso, y se vieron grupos de indios de las cercanías, tocando y danzando de una manera más sencilla que graciosa; pintábase la alegría en todos los rostros felicitándose cada uno por la felicidad que creía asegurada. La noche trajo otro género de placeres; la ciudad de Caracas se iluminó toda, y los edificios públicos y muchas casas particulares se cubrieron de inscripciones y emblemas, ejecutados con tanto gusto como talento. Teatros pequeños levantados en diferentes partes de la ciudad proporcionaron nuevos placeres al pueblo, ebrio de entusiasmo". Contemplemos esas sombras tan risueñas y alegres, antes que pasen arrebatadas por un torrente de sangre; mañana será tarde. Penetremos, como extranjeros, en esa sala, en esos corredores suntuosamente adornados, donde Guevara Vasconcellos dictaba sus órdenes, donde la revolución en delirio tiene su trípode y su oráculo.

¡Qué tempestad de gritos, de aplausos y exclamaciones! ¡Es la voz unísona del océano, formada del ruido de todas las ondas! Miranda preside; notad su figura dramática, imponente. Enciende aquí la llama que agita en el Congreso. Pero, ¿quién es ese joven de admirable madurez, de tan militar apostura, que se adivina al mirarle su osadía y valor? Ojos azules y color blanco que ennegrecerán los rayos de la guerra, músculos de acero, mirada soberbia y terrible, las formas elegantes y varoniles del dios de las batallas. Le llaman Simón Bolívar; sólo José Félix Ribas parece más arrogante y espléndido.

Se habla. Es Antonio Muñoz Tébar: cautivóle el

amor de la República desde sus primeros años. A la nueva de la revolución del 19 de Abril se le vió dejar el presbiterio de los Neristas donde asistía de acólito, inocente levita, y arrodillarse y decir adiós al altar que había perfumado con el incienso, para irse tras la revolución hasta la muerte. Su figura endeble y delicada, su tez blanca y pura, su rostro franco, sombreado apenas por naciente bozo, revelan sus pocos años, como revela su talento la frente espaciosa y cándida, y anuncian la ternura de su alma quimérica y su fin prematuro y trágico, la melancólica sonrisa y los ojos fijos, grandes y tristes. ¿Quién enseñó el arte de conmover y persuadir a ese niño, que aún no ha dejado las aulas? ¿Quién ha dado a sus rosados labios el acento patético, la invectiva acerada, todos los tonos de la sátira, los pensamientos y los colores de Tácito? ¿Cómo ha caído esa abeja de Helicón en el cáliz de ajenjo de los partidos?

"Señores—dijo:—hoy es el natalicio de la revolución. Termina un año perdido en sueños de amor por el esclavo de Bonaparte. ¡Qué principie ya el año primero de la independencia y la libertad! Confederación de Estados o Gobierno central, una Asamblea o muchas; por todo podemos comenzar, como comencemos por la Independencia. ¡Que la República siga su marcha triunfal, derramando placeres que enolquecen, bendiciones que santifican! Pero desde ahora adivino que mañana habrá de estar por una República poderosa y central, que represente la nacionalidad y la fuerza, y no por pequeños Estados, tanto más débiles y turbulentos cuando más pequeños, inútiles el día del peligro, enojosos al buen sentido, expresión del egoísmo y arena de la ambición. Si en vez de la Asamblea que nos representa, única e imponente, eco de mil voces, punto donde convergen todos los radios, faro centelleante encendido para el uso de Venezuela, hubiese ocho o más Congresos esparcidos, obscuros, deliberando en su rincón, sin debates entre unos y otros, sin cambio posible entre ellos y el movimiento exterior, yo no vería sino tronos para la anar-

quía, un caos sangriento y el naufragio y vergüenza de nuestros planes. Pongámonos en el camino de la independencia, y yo voy a estar por el orden y la regularidad, sin temer que el Gobierno se cambie en tirano: Teseo en Procuste. El problema será entonces dar al Gobierno la energía suficiente para someter los individuos a la voluntad general ganándoles por el amor y el temor y neutralizando en sus manos los medios de rebelarse. Escapados de la tiranía, su vuelta nos preocupa únicamente; pero la anarquía es también la tiranía, complicada con el desorden. . .".

Un hombre se levanta y usurpa la palabra pero no es un hombre ese cíclope con dos agujeros por ojos, afeado por la viruela, de cabeza enorme cubierta de erizadas cerdas, de ideas febriles servidas por una voz de trueno. El desorden preside su espíritu, que se exhala en gritos de cólera y exclamaciones súbitas.

"¡La anarquía! Esa es la libertad, cuando para huir de la tiranía desata el cinto y desanuda la cabellera undosa. ¡La anarquía! Cuando los dioses de los débiles, la desconfianza y el pavor la maldicen, yo caigo de rodillas a su presencia. Señores: Que la anarquía, con la antorchas de las furias en la mano, nos guíe al Congreso, para que su humo embriague a los facciosos del orden, y la sigan por calles y plazas gritando: ¡Libertad! Para reanimar el mar muerto del Congreso estamos aquí, estamos aquí en la alta montaña de la santa demagogia. Cuando ésta haya destruído lo presente, y espectros sangrientos hayan venido por nosotros, sobre el campo que haya labrado la guerra se alzará la libertad. . .". (1)

Sólo un momento sobrecogieron estas palabras siniestras a la entusiasta reunión. Aplausos y gritos siguieron largo tiempo a esta improvisación infernal.

Era Coto Paúl, orador fácil, sin freno ni moderación, hermano del doctor Felipe Fermín Paúl, que ha-

(1) *El Publicista Venezolano,* Núm. 177.

bía concurrido esa noche a la Sociedad. Mientras aquél se desahogaba, impetuoso y frenético, sin orden, proclamando y ultrajando la justicia, éste, envuelto en su prudencia, en la visión del porvenir, atento a las medidas benévolas, extraño a las resoluciones violentas, si bien no carecía de talentos oratorios, prefería emplear la actividad y flexibilidad de su espíritu y su carácter insinuante, en inspirar moderación y calma, pareciendo seguir las opiniones que sugería.

Habló esa noche Espejo (D. Francisco), alma de la Sociedad, abogado audaz e instruído, ensimismado y fecundo, cuyos modales graves, voz sonora y estilo abundante y enfático, gustaban a la multitud. Lleno de Mably y Rousseau, Espejo se complacía en doctrinas metafísicas y generales. Y habló también García de Sena, amado de las Musas y de la guerra; y Vicente Salias, gracioso autor de la *Medicomaquia;* y Vicente Tejera, de boca desairada, de helados y salidos dientes, violento y tímido, que cultivaba las letras, y que debía perecer en el mar, insidioso y pérfido como él. La discusión se anima; alguno dijo que tenían ya dos Congresos, el Nacional y la Sociedad Patriótica; y Bolívar se levanta, y grita:

"No es que hay dos Congresos. ¿Cómo fomentarán el cisma los que conocen más la necesidad de la unión? Lo que queremos es que esa unión sea efectiva para animarnos a la gloriosa empresa de nuestra libertad; unirnos para reposar, para dormir en los brazos de la apatía, ayer fué una mengua, hoy es una traición. Se discute en el Congreso nacional lo que debiera estar decidido. Y ¿qué dicen? Que debemos comenzar por una confederación, como si todos no estuviésemos confederados contra la tiranía extranjera. Que debemos atender a los resultados de la política de España? ¿Qué nos importa que España venda a Bonaparte sus esclavos, o que los conserve, si estamos resueltos a ser libres? Esas dudas son tristes efectos de las antiguas cadenas. ¡Que

los grandes proyectos deben prepararse en calma! Trescientos años de calma no bastan? La Junta Patriótica respeta, como debe, al Congreso de la nación; pero el Congreso debe oir a la Junta Patriótica, centro de luces y de todos los intereses revolucionarios. Pongamos sin temor la piedra fundamental de la libertad suramericana: *Vacilar es perdernos.*

"Que una Comisión del seno de este Cuerpo lleve al Soberano Congreso estos sentimientos".

¿Quiénes forman aquella trinidad extática? Coto Paúl ha ido a colocarse entre las caras apocalípticas de Francisco Carabaño y del vizcaíno Francisco Javier Yanes. Los unos hablan y ríen al verlos; los otros parecen distraídos o escuchan la voz misteriosa de sus corazones. Las mujeres platican también, saludan y sonríen, porque la Sociedad Patriótica las recibe con distinción en su seno, como medios de activa propaganda y como adorno e incentivo.

El poder de las tempestades flotaba en las manos de Miranda....

D. Andrés Moreno, que con D. Rafael Jugo y don Vicente Tejera, fueron enviados a Coro y Maracaibo para extender la revolución, acababa de abrir un teatro más democrático a sus violencias. Llegaba de Puerto Rico, donde había arrastrado prisiones, y llevaba al cuello la cadena con que le había honrado el Congreso, hecha de eslabones, en que se leía: "La sufrí por la Patria"; y aunque de carácter apacible y de costumbres dulces, ofreció los amplios salones de su casa a un club más demagógico que la Sociedad Patriótica, el Club de los *Sincamisa*, donde se bailaba, extraña y grotescamente, al són de esta canción, compuesta por los Landaetas:

(1) Calle de Zea, núm. 75.

*Aunque pobre y sin camisa,*
*un baile tengo que dar,*
y en lugar de la guitarra,
*cañones resonarán.*
*Que bailen los* Sincamisa,
*¡y viva el són del cañón!*

¡Caracas se precipitaba por los abismos de Francia! Era el *ça ira* de sus revolucionarios.

(De la "Biografía del General José Félix Ribas". Editorial América, Madrid).



## ANTONIO NICOLAS BRICEÑO

La pluma se detiene espantada, como si oyese lamentos de otro siglo, o la disputasen manos de fantasmas. Es el pórtico sombrío de la *Guerra a Muerte.* ¡Comienza aquí una carrera fúnebre! Sentémonos un momento sobre la piedra de dolor que marca la horrorosa entrada: la puerta del infierno.

Entre los venezolanos que, no confiados en la capitulación de Monteverde, huyeron a Cartagena, uno de los más distinguidos por su ilustración y los altos destinos que había desempeñado, fué el doctor Antonio Nicolás Briceño. El mismo Domingo Díaz, calumniador de la revolución este hombre que había nacido furioso y llevaba en el aliento y en la sangre la semilla de inextinguibles odios, confiesa que le juzgaban todos hombre prudente y *moderado* (1). Había ocupado una silla en el primer Congreso de la República, desempeñado su Secretaría con expedición y aplausos, y había sido miembro de la Alta Corte de Justicia y del Poder Ejecutivo. Las primeras reacciones le hallaron tranquilo y confiado; poco a poco su carácter fué exaltándose, hasta dis-

---

(1) Antonio Nicolás Briceño era, poco tiempo hacía abogado del Colegio de Caracas, cuando acontecieron los sediciosos movimientos del 19 de Abril de 1810. En los primeros meses de aquella época vergonzosa, manifestó un carácter de moderación con que generalmente se le creía revestido.—*Recuerdos sobre la Rebelión,* etc., pág. 132).

tinguirse, en fin, por la osadía de sus provocaciones y las medidas violentas que sugería; uno de esos hombres que vivirían contentos en una época de paz, pero que ocultan una misteriosa pólvora, a que dan fuego las revoluciones. Para la época de Monteverde, la opinión pública le haba conferido el diploma de *El Diablo.* (2).

Briceño llegó a los Estados de la Unión granadina en el acceso de una sombría cólera, respirando sangre y venganza. Hombre trágico y fatal de esos a quienes una violencia innata consagra a la furias, su rostro no llevaba el signo innoble de la barbarie. Su cuerpo era gentil, su cabeza bella como la de las Euménidas. Todo contribuyó a exaltarle, los tiempos sobre todo, que eran malos e inspiraban vértigos. El mismo, D. Vicente Tejera y D. Miguel Carabaño decían el 2 de Noviembre: "Cerremos para siempre la puerta a la conciliación y a la armonía: que no se oiga otra voz que la de la indignación. Venguemos tres siglos de ignonimia que nuestra criminal bondad ha perdonado; y sobre todo venguemos condignamente los asesinatos, robos y violencias que los vándalos de España están cometiendo en la desastrada e ilustre Caracas... ¿Podrá existir un americano que merezca ese glorioso nombre, que no prorrumpa en un grito de muerte contra todo español, al contemplar el sacrificio de tantas víctimas inmoladas en toda la extensión de Venezuela? No, no, no". (3) El Congreso de la Nueva Granada animaba también a una guerra de exterminio por medio de su filantrópico Presidente: "Reuníos —decía—bajo las banderas de la Nueva Granada, que tremolan ya en vuestros campos y que deben llenar de terror a los enemigos del nombre americano. Sacrificad a cuantos se opongan a la libertad que ha proclamado

(2) Parece que un patriota de aquella época, Isnardi, distribuyó entre los miembros del Congreso los papeles del *Auto* llamado *Nacimiento,* dándole a Briceño el del *Diablo,* que le quedó.

(3) Cartagena, proclama de 2 de Noviembre de 1812.

Venezuela, y que ha jurado defender con los demás pueblos que habitan el universo de Colón". (4).

Briceño comenzó por publicar en Cartagena, a principios del año de 13 (16 de Enero), un plan sobre el modo de hacer la guerra a los españoles, al que convidaba a extranjeros y americanos. Al leer el bárbaro documento, la sangre se hiela en el corazón: "Como esta guerra—dice su segunda proposición—se dirige en su primer y principal fin a destruir en Venezuela la raza maldita de los españoles europeos, en que van inclusos los isleños, quedan, por consiguiente, excluídos de ser admitidos en la expedición, por patriotas y buenos que parezcan, puesto que no debe quedar uno solo vivo...". Por la proposición tercera "las propiedades de todos los españoles y europeos que se encuentran en el territorio rescatado, se dividían precisamente en cuatro partes... La novena proposición parece escrita por un caníbal: "Se considera ser un mérito suficiente para ser premiado y obtener grado en el ejército, el presentar un número de cabezas de españoles europeos, inclusos los isleños; y así el soldado que presentare veinte cabezas de dichos españoles, será ascendido a alférez vivo y efectivo; el que presentare treinta, a teniente; el que cincuenta, a capitán", etc.

Ocho asesinos encontró Briceño que firmasen el feroz tratado, entre los que sólo figuran dos venezolanos: Juan Silvestre Chaquea y Francisco de Paula Navas; los otros seis, aventureros de Europa. Si tal crimen produjo una generación espantosa de crímenes, él mismo fué engendrado por el recuerdo de los de otra nación; es en francés que se escribió el compromiso sacrílego:

"Nous soussignés, ayant lu les dites propositions, acceptons, et signons le présent, pour s'y conformer en tout, selon ci-dessus écrit; en foi de quoi nous mettons de propre volonté, et de notre main nos signatures: Antonio Rodrigo, capitaine de Caraoiniers; Joseph De-

(4) *Vida pública del Libertador*, página 6.

braine, Louis Marquis, lieutenant de Cavalierie; George H. Delon, B. Henriquez, L. Caz, Juan Silvestre Chaquea, Francisco de Paula Navas".

Se cuenta que los asesinos de la *Glacier* de Aviñón instruyeron a los septembristas de París. ¡Como quiso esa hez de asesinos extender al ejército, que manchaban con su presencia, la infamia que éllos solos merecían!

Con este bárbaro documento se presentó Briceño en Cúcuta cuando aun vivían en aparente amistad Bolívar y Castillo, exigiendo que lo aprobasen éstos y lo tomasen por regla de conducta. La epidemia del asesinato era tal, que aquellos dos jefes lo aceptaron con dos notas de poca importancia y con la cláusula siguiente: "Como jefes primero y segundo de las fuerzas de la Unión, y también de las de Venezuela que se hallan unidas a aquella, aprobamos las precedentes proposiciones, exceptuando únicamente el artículo 2º, en cuanto se dirige a matar a todos los españoles europeos, pues, *por ahora,* sólo se hará con aquellos que se encuentren con las armas en la mano, y los demás que parezcan inocentes seguirán con el ejército, para vigilar sus operaciones, mientras que el Congreso general de la Nueva Granada, a quien se remitirán estos documentos, aprueba o no la guerra a muerte a los nominados españoles, quedando, por consiguiente, el artículo 9º sujeto a la misma disposición, con las notas que están en los artículos 7º y 11º, en cuya virtud lo firmamos en el cuartel general de Cúcuta, a 20 de Marzo de 1815, 3º de la Independencia colombiana".

Creyeron, sin duda, Bolívar y Castillo que aquel plan era una fanfarronada de crueldad, sin otro objeto que espantar a los españoles e inspirarles respeto hacia los americanos. De su sorpresa al saber que Briceño pensaba seriamente en el exterminio general de nuestros antiguos padres, la Historia nos conserva un documento precioso: "Hallábase Castillo en marcha y acampado en Laura—dice Restrepo,—cuando supo con asom-

bro que el titulado comandante de la Caballería, Briceño, había publicado un bando en que declaraba la guerra a muerte a los españoles europeos y a los isleños de Canarias, conforme a las bases de su plan de Cartagena, y añadiendo otra aún más inicua: Ofrecía la libertad de los esclavos que matasen a sus amos españoles y canarios. Su objeto era, según decía, aterrarlos, a fin de que abandonasen el territorio de Venezuela. Para cumplir sus amenazas quitó la vida a dos españoles pacíficos que hallara en San Cristóbal (Abril 9), y remitió las cabezas, una a Bolívar y otra a Castillo, con cartas cuya primera línea estaba escrita con sangre de las víctimas".

¡ Santa y querida sea la memoria de Castillo, por la noble cólera que inflamó su corazón, y la de los patriotas granadinos, que consideraron unánimemente aquella ejecución inhumana y el sangriento bando de San Cristóbal! ¡ Glorioso sea el recuerdo del sabio Torices y del Gobierno filantrópico, que ordenó a Bolívar sujetase a Briceño bajo formal juramento o le separase de las tropas de la Unión! ¡ Vuestro virtuoso furor, hijo de la Nueva Granada, hará preciosos vuestros restos e inmortalizará la infamia del bárbaro que os inmoló!

Castillo devolvió la cabeza fría y ascosa del anciano español, con una carta llena de noble cólera. El mismo 9 de abril, a las seis y media de la noche en que acababa de recibir el feroz presente, le dice el general granadino: "Me ha estremecido el acto violento que usted ha ejecutado hoy en San Cristóbal; pero me ha horrorizado más el que, deponiendo todo sentimiento de humanidad, haya usted comenzado a escribir su carta con la misma sangre que injudicialmente ha derramado, y que me haya remitido la cabeza de una de las víctimas: "El castigo de los reos y culpados se hace usando de todos los trámites que la ley, la justicia y la razón y la misma religión cristiana prescriben, y no asesinando indistintamente a todo europeo, sin autoridad y sin jui-

cio".—"Le juro a usted por lo más sagrado que encierra el cielo y la tierra, que a la menor noticia que tenga de haberse cometido un exceso igual marcho en retirada, abandonando la suerte de Venezuela, para informar a la Nueva Granada entera de las aflicciones y excesos con que se agobia a la Humanidad y los pueblos que se trata de libertar". "Devuelvo la cabeza, que se me remitía. Complázcase usted en verla, y diríjala a quien tenga placer de contemplar las víctimas que ha sacrificado la desesperación".

Bolívar, por su parte, envió inmediatamente al oficial Pedro Briceño Pumar a reemplazar a Briceño en San Cristóbal, y cuando supo que desde el 4 de Mayo había huído furtivamente, disgustado de sí tal vez y en busca de la muerte, habló de él al Gobierno de la Unión como de un *militar intruso, sin armas de fuego, sin municiones, sin cartuchos y aun sin valor.*

El asesinato de los ancianos pacíficos que se habían merecido el amor de los vecinos de San Cristóbal en ochenta años de una vida laboriosa y benéfica, es uno de esos misterios llenos de horror por donde deja entrever el corazón humano la profundidad de sus abismos. El fanático sombrío, energúmeno sincero, no se contentó con darles muerte, sino que saboreó su sangre, escribió con ella y envió, como regalo, sus cabezas desnudadas y macilentas. Tales refinamientos de crueldad, la venganza gustada así en unos inocentes, la impaciencia de tener en sus manos sus cabezas, ese ardor por verlas sangrientas y sucias, son delirios de tiranos, que manchan eternamente al que los goza. La libertad proscribe a quien la sirve así.

Receloso Briceño de las intenciones de Bolívar, toma hacia Guasdualito por la montaña de San Camilo: de paso se detiene en el hato de un D. Francisco Antonio Fortoul, y al salir a la llanura, se halla cercado por las tropas de Yánez, (15 de mayo). D. Francisco Olmedilla y los guerreros que mandaba, acostumbrados a

la vida del llano, se salvaron sobre sus caballos; de la gente de Briceño, muchos perecieron en el combate; él, con 13 compañeros, fueron presos y conducidos a Barinas, para ser juzgados.

Si el coronel Manuel del Castillo y Rada seguía a Briceño con furiosas miradas, unas había inquietas, solícitas, que no le abandonaban en la espantosa aventura. Habíale acompañado al destierro, detenídose con él en Curaçao, permaneciendo con él en Cartagena, ocasión de desesperados temores y cuidados, una esposa joven y bella, doña Dolores Jerez, hermana de doña María de la Luz Jerez de Hurtado, y de doña Concepción de la Madriz. Habíase detenido la valerosa joven en San Antonio de Cúcuta; pero desde allí dirigía a su sombrío esposo cartas llenas de esperanza y de deseos, y de pavor también y de tristes presentimientos. Hé aquí la que recibió Briceño en el camino a Guasdualito el 14 de mayo: "Mi amado Nicolás: Con sumo gusto he recibido la tuya. ¿Quién fuera tan dichosa que respirara el aire libre de Venezuela? Sobre lo que me dices de los desgraciados españoles, quiero que Dios ponga tiento en tus justicias y que sin faltar a la razón, cumplas con la caridad, que es lo primero. Me dices que lo participe a los padres de Pedro, y me parece mejor reservárselo, porque como que no son aquí muy adictos al sistema que observas. Aquí se ha dicho que venía Porras, el gobernador de Maracaibo con 100 hombres, por el camino de Limoncito, con el ánimo de cortarles la retirada. Como estamos todavía en este mar inmenso y no sabemos por quién se decide la suerte, será mejor no cantar victoria hasta el fin; el silencio es muy bueno en todos casos, obrando al mismo tiempo según lo dicte la prudencia, máxime los que tienen familia regada, como estamos nosotros. Algunas letras van borradas, porque estoy triste y te escribo llorando. Ignacita te manda tantas cosas que no caben en la pluma. Tú, manda a tu invariable y muy constante, Dolores Jerez".

Pobres mujeres! Nos dan su corazón, su vida; nos siguen, ciegas, por donde las arrastra nuestro destino; nos acompañan con su amor; nos dictan los oráculos infalibles de su pecho, y al cabo, por premio a sus sacrificios, un dolor eterno devorará las víctimas de nuestra temeridad. ¡Cómo conmueven los recuerdos de la hija que no verá más, esos cariños infantiles que no caben en la pluma!

Pero si Briceño fué cruel, inflexible con sus contrarios, él no fué bajo, ni pretendió desarmar su cólera con súplicas, ni comprar la vida con promesas. Desde el principio, sin temor, sin jactancia, había tomado el partido de morir. Él fiscal de la causa, D. José Martí, se trasladó a la cárcel, y llamado a responder, Briceño apareció con un par de grillos y esposas en las manos, tan tranquilo y sereno que llenó de admiración. Preguntado por su edad, ocupación y por el lugar de su nacimiento: "Tengo treinta y un años, dijo (*Nel mezzo del cammin di nostra vita*), soy abogado, pero en el día soy coronel por el Gobierno subvertido de Cartagena; nací en el pueblo de Mendoza, jurisdicción de Trujillo, Venezuela". Sin sutiles rodeos, él confesó francamente su pacto de Cartagena: la muerte de los españoles en San Cristóbal; su resolución de exterminarlos en Venezuela. Cuando (5ª pregunta) se le examinó acerca de la expedición que capitaneaba Bolívar, Briceño no pudo contenerse y se entrega al placer de intimidar: "Simón Bolívar—dije—se halla de general en jefe del referido ejército; el bravo José Félix Ribas, declarado coronel por el Congreso, manda ahora 200 hombres con que auxilió Nariño a dicho ejército, así como con igual número de fusiles, 25 artilleros, 4 piezas de cañón, algunas municiones y dinero; Miguel Carabaño, con el grado que tenía en Caracas, disciplina un batallón dentro de la plaza de Cartagena, y Fernando Carabaño se halla en el ejército que estaba en Sabanilla para atacar a Santa Marta, al mando del coronel Chatillo, con el número de 800 hombres poco más o menos; Pedro Arévalo y Cor-

tés son coroneles en Cartagena; Francisco y Marcos Ribas, oficiales todos animados con la esperanza del triunfo".

A la décima pregunta: "¿Qué motivos tiene para proceder con tanta fiereza, persiguiendo con el mayor encono el gobierno monárquico español, matando a los españoles europeos, por sólo haber nacido de la otra parte del Océano?" Briceño contesta: "Que a pesar de los sentimientos que ha tenido siempre en favor de los buenos españoles, defendiéndolos en el Congreso cada vez que fué necesario, alabando las virtudes de los que lo merecían y haciendo se les declarase en la Constitución iguales en derecho a los hijos del país, después de haber tenido gran parte en la salvación de los cómplices en la revolución de Valencia; viendo que en compensación, después de la capitulación con Monteverde, y de la ruina y desolación en que estaba Caracas a causa del temblor del 26 de marzo, se habían violado los pactos, arrojando en terribles prisiones a sus principales habitantes, donde habían perecido algunos por el tratamiento que se les daba, y sabiendo además por las gacetas inglesas que llegaron a Cartagena la ejecución de 1.000 americanos, ordenada por el Sr. Venegas en una ciudad de Méjico, sin otro delito que haber nacido allí, empleó la práctica que conforme al derecho de gentes se hacía en Cartagena a los europeos que se cogían de Santa Marta. Mi plan fué un ardid militar, creyendo que con una proposición de esta naturaleza publicada en términos que llegase a noticia de los españoles, abandonasen el país sin gran efusión de sangre. Tal fué el motivo que tuve para estampar dichas proposiciones, menos con ánimos de cumplirlas, que con el de concluir la guerra a poca costa, como lo pueden decir los oficiales que me acompañaban y la orden comunicada claramente en Teteo para no matar sino los que se resistiesen en la acción de guerra".

Entre sus doce compañeros los hubo de todos los países y de todas las edades. Hubo un suizo de sesenta años; un niño de diez y seis. Y todos se mostraron dig-

nos en aquellos momentos; a Buenaventura Izarra, que se mostró tímido, enamorado de su vida, Briceño y Bacenet le acusaron de ebrio y le echaron en rostro su debilidad. Todos fueron valientes aquel día, sin que ninguno diese a sus jueces el orgulloso placer de verlos suplicantes, humillados. Cuando se comparece delante de la victoria, el papel del hombre de valor es envolverse en su manto y morir.

La sentencia del Consejo de guerra de 12 de junio no sorprendió a nadie: "El Consejo—dice—ha condenado y condena a Antonio Nicolás Briceño a que sufra la pena de muerte, y le sea cortada la cabeza y mano derecha, que se pondrán en los parajes más públicos a extramuros de esta ciudad: a Pedro Baconet, a Nicolás Leroux, a Antonio Rodrigó, a Marcelo Solaga, a Ramón Mena, a José Antonio Montedeoca, y a Toribio Rodríguez, a ser pasados también por las armas; a Bernardo Paner y Buenaventura Izarra a que sean destinados a presidio por diez años; a Pedro Briceño y Gregorio Herrera que se les destine, en calidad de soldados, a uno de los cuerpos o compañías que el señor Capitán general tenga por conveniente, y a Eugenie Ruiz que se le ponga en libertad".

El 15 de junio, a las dos de la mañana, después de haber recibido el viático el coronel Briceño, suplicó al comandante de la real cárcel le llamase a Buenaventura Izarra; y conducido éste a su presencia le pidió perdón de rodillas diciendo en alta voz a los oficiales presentes: "Señores, Izarra está inocente, soy la causa de que padezca, pues desde San Cristóbal a San Pedro se desertó tres veces y otras tantas fué preso por mi orden, intimándole le pasaría por las armas como volviese a reincidir; lo declaro por el terrible momento en que me hallo y para descargo de mi conciencia". Desde la capilla, Briceño salvó del presidio al desgraciado Izarra.

Ejecutóse la sentencia a las ocho de la mañana. Briceño iba adelante de sus compañeros, al són de un tambor y acompañado de un sacerdote; y así atravesó el

camino que conducía de la prisión al lugar del suplicio. Marchaba con paso firme, como si no le esperase la muerte. Cayó a la primera descarga; su cabeza fué colocada fuera de la ciudad, en dirección a la villa de San Cristóbal; su mano derecha se guardó "para exponerla a su tiempo en el pueblo de La Victoria, en el paraje donde por su orden fueron ajusticiados dos sacerdotes". Su cadáver mutilado y los cadáveres de sus compañeros fueron conducidos al cementerio de la iglesia parroquial, *donde quedaron sepultados.*

¡Oh días que no se olvidarán nunca! ¡Oh revolución! ¡Oh, República!

(De la "Biografía del General José Félix Ribas".—Editorial América, Madrid).



## RETRATO DE JUAN BAUTISTA ARISMENDI

¿No véis esa cosa verde-amarilla, de ojos parduzcos, surcado el ceñudo rostro de duras líneas que se chocan, su habla una jerigonza bárbara y sanguinaria? Observémosle bien: es pequeño de cuerpo; la parte posterior del cerebro está desarrollada ampliamente, como la del tigre; su acento imita el acento español como remedan algunos animales carnívoros los gritos de sus víctimas. ¿De qué laguna ha salido ese batracio? Ese es hombre o es una máquina de tormento? Ninguna piedad en su alma de bronce; la hermosura y el dolor le hallaron siempre el mismo: como la guillotina del 93, jamás se sació de víctimas su corazón cruel. Madruga para amanecer en los lugares de las ejecuciones, y el cigarro en la mano, respira alegremente con el humo la sangre de los patíbulos. Si falta la ración de los diez y nueve banquillos de la plaza pública, o a los de la Trinidad, o a los de San Pablo, que tiemble el español o isleño que crea cubrirse. Ni basta a su rabia que mueran los que odia; le es preciso asistir a sus últimos momentos, verlos sentarse pálidos en la fatal silla, oir las descargas, escuchar el último quejido; y ni esto le bastaba, ya que seguía después, por largo rato, a través de las calles silenciosas, los fríos cadáveres, desangrándose, llenando el camino con sus despojos, saltando y saliéndose del duro cuero en que se les arrastraba al sepulcro. ¡Sér excep-

cional y desgraciado, que no probó nunca la dulzura de una lágrima de compasión, que no supo nunca sentir y perdonar! Ribas encapota sus azules ojos y espanta con sus furores aparentes, llenos de generosa hipocresía; para salvar las víctimas, aparenta ir a devorarlas, entre terribles rugidos: se ostentaba bárbaro para ser humano. El amor conyugal y las sonrisas filiales turbaban a veces la mirada fija del inflexible Mendoza, que se fingía engañado, para no parecer débil, dejando ocultar en su propia casa a los que la espada perseguía. Cuando don Francisco Talavera desempeñaba interinamente el Gobierno político de Caracas, su linda esposa, hija de un español proscrito, árbitro del corazón humano de su marido, cubría con sus dulces e imperiosas miradas a los compatriotas de su padre. Sólo quedó inaccesible, entre cadalsos y espectros, el corazón de hiena de Juan Bautista Arismendi.

(De la "Biografía del General José Félix Ribas",.--Editorial América, Madrid).



## BOVES

José Tomás Rodríguez tenía cuanto era necesario para el terrible papel a que estaba destinado: ágil, intrépido, temerario, de decisión tal que reparaba sus imprevisiones; hambriento de poder, aún más de independencia, impaciente de toda autoridad hasta de sus iguales, astuto, por otra parte insidioso, pérfido, feroz como el pirata, sin ningún sentimiento humano. Nacido en Gijón, empeñóse desde temprano en buques que hacían un comercio equívoco, lleno además de riesgos por la Marina inglesa, que dominaba el océano. Gustábale, mozo, atravesar sus azules llanuras, como preparándose a cruzar las áridas llanuras de Venezuela. La fatiga, los peligros, la lucha con los elementos fortificaron su cuerpo; endurecieron su alma lo imprevisto, la vida entre aventuras, el aspecto constante de la muerte.

El héroe y el bandolero se confundieron tanto en él, que hubiera sido difícil arrojar una línea divisoria.

La tradición, espantada, conserva el retrato de este bárbaro: de cuerpo mediano y ancha espalda, de cabeza enorme, de ojos azules y turbios como el mar, tenía la frente espaciosa y chata, la barba escasa y roja, la nariz y la boca como las del ave de rapiña. Su cuello que tiraba hacia atrás, y sus miradas, que concentraba a veces y a veces paseaba con inquieta curiosidad, daban a sus movimientos aquel imperio y fiereza de que no le fué dado eximirse a sus mismos superiores. Distraído

en medio de sus pensamientos lúgubres, volvía en sí por una sonrisa feroz o por miradas de fuego, que precedían a sus silenciosos furores. El no tenía de esas palabras enfáticas de calculado efecto, que usan sus semejantes, ni tronaba en una tempestad de amenazas crueles; frío como el acero, alevoso como el halcón, hería inesperadamente, revelándose su rabia en pueblos desconsolados y en cenizas, en millares de cadáveres insepultos.

El año de 8 fué envuelto en una causa de contrabando entre Curaçao, la aleve vecina, y su antigua plaza, Puerto Cabello. La causa se prolongó; en su curso resultaron nuevos cargos contra el contrabandista y se le condenó a ocho años de presidio; fué preciso ocurrir a los empeños; y Roscio y los Joves lograron que se le confinase en castigo, a la ciudad de Calabozo.

Dedicóse allí al trabajo el indómito asturiano, y habiendo puesto primero una tienda de mercería, buscó luégo ocupación más análoga con su carácter, y se entregó al tráfico de bestias con los pueblos de Occidente. En este ejercicio le halló la revolución del año de 10, a la que se sintió inclinado, y a la que habría servido, sin duda, sin la imprudencia de los patriotas de Calabozo. En Abril del año de 12, después de una expedición hasta San Carlos, llegó Boves (porque para esa fecha había cambiado de apellido, en homenaje a los Joves de Puerto Cabello, sus protectores) a Calabozo y contó a cuantos quisieron oirle los sucesos de Coro, los cambios sobrevenidos en Carora y Barquisimeto y sus temores sobre San Carlos. Sus discretos avisos, que debieron aprovecharse, se convirtieron en pruebas de su mala voluntad y se hicieron figurar en su plan de sedición. Boves fué puesto en la cárcel y se le siguió precipitadamente un sumario. De dos letrados que fueron por acaso a aquellos lugares, uno informó que merecía la muerte; fué preciso que intercediera de nuevo el doctor Roscio para que no se le condenase injustamente. Permanecía en la cárcel cuando entró Antoñanzas a la que es capital del Guárico, y allegó cuanta gente pudo

para seguir a Caracas. Tras él, simple teniente, iba José Tomás Boves, sombrío, mudo, lleno de pensamientos de venganza. Qué parte tuviera en los asesinatos que ejecutó Antoñanzas en San Juan de los Morros, la Historia no lo cuenta. Ella le deja olvidado hasta el año 13 (abril 5), en que ocupada Barcelona por el general Mariño, Boves suplicó a Cajigal, que huía hacia Guayana, le permitiese quedar en las llanuras, para hacer la guerra por su cuenta.

La vida de Boves va a escribirse con sangre en las ciudades y en los campos de la desolada Venezuela.

La patria del año de 13 va a caer al bote de su lanza y sus caballos correrán impetuosos sobre las glorias de Bolívar, sobre la naciente República, sobre su civilización y sus esperanzas. Seis meses más, y cadáveres esparcidos servirán para seguir el itinerario del bárbaro; seis meses más, y habrá pueblos donde no respire un sér, desiertos como los que funda la peste, en las ciudades de la India; seis meses, y se verán campos cuyas exhalaciones de sangre infecta ahuyentarán al pasajero, donde correrán solamente animales carnívoros, donde resonarán sus aullidos junto con el balido de los rebaños inciertos. El humo obscurecerá el cielo, anunciando el furor y la venganza; el reflejo de los incendios guiará los pasos en la soledad de la noche.

Si la resistencia le irrita, aún le enfurece más la adulación y la bajeza. En su entrada primera a Calabozo mata con propia mano al isleño que sale a victorearle, celebrador de todos los triunfadores. Los hermanos Medinas, de San Carlos, se pasan a sus filas en el último sitio de Valencia, y la Caballería de Boves los rodea en círculo, se les ajustan cuernos a la frente, se les lancea entre salvajes gritos, y caballos furiosos los llevan a rastras, tirados de sus colas.

¡Aborto infernal! En la toma de Barcelona (15 de octubre), el oficial Pedro Rondón (1) persigue a Car-

(1) Alias Maruto.

men Marcié, asilada en la capilla de su nombre, la arranca al sacerdote que la protege y la despedaza a la vista de Boves sonreído. Por la noche, en medio de espesas tinieblas, contra las que lucha débilmente la funeraria luz de una lámpara, comienza una música triste, que se hace pronto bulliciosa y alegre: en un momento la sala aparece iluminada, y señoras, de Caracas muchas, engalanadas por fuerza, aparecen, desoladas y llorosas, entre aquellos bandidos, empapados con la sangre de sus hijos y esposos. Ya en las altas horas la música iba debilitándose más y más: a poco un violín sonaba únicamente; después, todo era silencio en el iluminado salón. ¡Treinta músicos de Caracas, uno a uno, dejaban su instrumento para ser degollados!

Para pintar a este vándalo, los contemporáneos ocurrieron, en su asombro, a las regiones infernales. Para Bolívar, Boves es *la cólera del Cielo que fulmina rayos contra la Patria* (2), o más bien, *un demonio en carne humana, que sumerge a Venezuela en la sangre, en el luto y la servidumbre* (3). Y esta leyenda de Boves *Demonio*, vivió largo tiempo después de su muerte. Un fraile, Márquez, contó una vez desde el púlpito cómo fué engendrado en un súcubo, cómo lo creó Dios en una isla apartada y cómo llegó a ser el azote de los pueblos que habían pecado.

Más feliz Arismendi, logró transformarse en los épicos combates contra Morillo, y ayudar poderosamente, el año de 35, al breve reinado del Poder civil. Dios dilató su vida hasta los últimos tiempos, llena de recompensas y consideraciones!

Otro fué el destino de Boves. Desprendido, él no tenía sino su caballo y su espada; en el testamento que había hecho, sólo pudo disponer, con quien había contraído esponsales (porque Boves amó!!!), de 300 pesos

(2) Proclama de 2 de octubre de 1918.

(3) Reglamento, etc. *Correo de Orinoco,* núm. 14.

que le debía D. Juan Vicente Delgado. De resto, su gloria militar quedó como un reflejo sangriento, horror de realistas y patriotas. Sobre su tumba renació la República: Cajigal, a quien llevaba tras sí, entre el botín, vino al Poder; la Audiencia, que no osó contradecirle, escarnece su nombre; Morillo ve de reojo su memoria y afecta despreciar sus huestes; el rey lo llama *insubordinado* y le insulta con el despacho, la *Gaceta de Caracas* ofrece dar cuenta de sus funerales, y se le impone silencio.

El primer jefe de la democracia venezolana cubre el año de 14, y a Morillo, y a su expedición, y a cuanto le rodeaba, como cubre la lava de los volcanes las ciudades y los campos!

(De la "Biografía del General José Félix Ribas".—Editorial América, Madrid).



# V

# ALGUNOS PENSAMIENTOS

*A veces—cuña para una página de la* Revista Literaria *en que había un claro, Juan Vicente González escribía un pensamiento. No eran leyes históricas o sociales ni graves "aforismos" al modo contemporáneo de Gustavo Le Bon. Eran pensamientos sencillos sobre la educación a la manera de Joubert, sobre el amor y la mujer al modo de Michelet, sobre el patriotismo, la religión, el arte. No se crea por eso que eran los trillados pensamientos de todos los libros de máximas y moral. Hasta en esas breves sentencias está la intención partidaria: "todo lo que se corrompe fermenta; cuando inmundos insectos turban y oscurecen el aire es que hay mucho lodo en el fondo de la sociedad". "El castigo de los malos gobiernos es que se les cree peores de lo que son". A los caudillos de su tiempo les recuerda que "la debilidad que conserva vale más que la fuerza que destruye". Así—proteico batallador tiene para herir a sus enemigos políticos ora la ballesta maciza y resonante de un editorial de* El Heraldo, *o el áspid de una crónica epigramática, o la flechecilla hiriente y breve de estos pensamientos que aprendían todos, que se decían en la esquina, que se recordaban en la tertulia de familia, tal como entraría en su época, en Florencia, a la casa del güelfo y al palacio del gibelino un terceto de Dante Alighieri....*



## ALGUNOS PENSAMIENTOS DE JUAN VICENTE GONZALEZ

—Cuando veo las caídas, contradicciones, demencia y abyección de hombres distinguidos después de los treinta y cinco años, suelo decirme: es la juventud la que a pesar de su fogosidad y violencia, es seria y sensata; es la segunda parte de la vida la que se extravía.

—Dos veces se nos presenta la naturaleza, excitándonos al himeneo: la primera vez, en la primera juventud, puede decírsele, volved. Pero la segunda vez, en el límite extremo, cuando reaparece con su última sonrisa, guardaos de despedirla, porque no volverá más y se vengará, arrojándoos al corazón la ironía y la aridez.

A cierta edad de la vida, si vuestra casa no se puebla de hijos, se puebla de manías y de vicios.

—Palabra encantadora de Mme. Valmore: "Es necesario vivir como se cose, puntada a puntada".

—Se cuenta de Pisistrato, tirano de Atenas, el siguiente rasgo: uno de sus convidados, ebrio una vez, le dirigió palabras injuriosas y como no faltase quienes le animaron a la cólera y la venganza, Pisistrato respondió que no se le daba más de aquel hombre, que de uno que con los ojos vendados, cayese sobre él.

—Todo lo que se corrompe, fermenta: cuando inmundos insectos turban y oscurecen el aire, es que hay mucho lodo en el fondo de la sociedad.

—Mantenerse y reparar es la más bella divisa de un gobierno prudente que sale de en medio de revoluciones.

—No elevéis lo que es frágil.

—Me gusta que el lenguaje y el estilo de los grandes escritores sea como el caballo de los grandes capitanes: nadie lo monta después de ellos.

—En la deliciosa Oda donde enumera Horacio todo lo que nos será precioso dejar bien pronto, a la hora de la muerte, (*linquenda tellus et domus et placens uxor*...) él olvida una de las más profundas dulzuras, de las más durables y gratas a la vida que declina, la de leer a Horacio y a los antiguos: un día vendrá bien pronto, encantador poeta, en que nosotros no te leeremos.

—¡Feliz quien haga su regla de este bello concpto de Vinet: "Estar contento es estar contenido, según la etimología de la palabra; es decir, contener sus votos en los límites que Dios ha trazado y porque es él quien los ha trazado. Estamos todos en este mundo como Mme. de La Valiére, para estar contentos, no para estar satisfechos, largo tiempo; y el contento, término relativo, es el que merece el nombre de felicidad!".

—El castigo de los malos gobiernos es que se les cree peores de lo que son.

—La debilidad que conserva vale más que la fuerza que destruye.

—La dulzura que sucede a la fuerza es una dulzura que se resiente de la fuerza pasada: *robur pritinum redolet.*

—La indulgencia es una parte de la justicia.

—La pena del talión no es siempre equitativa, aun cuando iguala; pero ella es atroz, cuando excede. "Es la justicia de los injustos", decía San Agustín, y podríamos añadir, de los ignorantes y de los bárbaros".

—Pocos hombres son dignos de la experiencia: ella corrompe a la mayor parte.

—Hay opiniones que vienen del corazón, y el que no tiene ninguna fija tampoco tiene sentimientos constantes.

—La voz del pueblo no tiene autoridad, sino cuando es la de un pueblo contenido.

—Todo lujo corrompe las costumbres o el gusto.

—Es preciso amar en las mujeres aun la vejez.

—Las revoluciones son malos tiempos en que el pobre no está seguro de su probidad, el rico de su fortuna, el inocente de su vida.

—Ser capaz de respeto es hoy casi tan raro como ser digno.

—Recordémoslo bien: la educación no consiste solamente en adornar la memoria e ilustrar el entendimiento, ella debe sobre todo dirigir la voluntad.

—*Everse suecurrese seclo,* debiera ser la divisa de los colegios.

—Para enseñar la virtud de que se habla tanto en Platón no hay sino un medio: enseñar la piedad.

—Sucede con las revoluciones lo que con los grandes temblores; las oscilaciones que los siguen, afirman y reparan.

—El buen juicio en literatura es una facultad muy lenta, que no alcanza sino tarde el último punto de su acrecentamiento.

—Nada que no transporte es poesía; la lira es un instrumento alado.

—Aun cuando el poeta hable de objetos que quiera hcaer odiosos, su estilo debe ser tranquilo, moderados sus términos; y aun hablando de un enemigo conserve

la dignidad que viene de la paz de una alma superior a todas las cosas.

—La religión es la poesía del corazón; ella da encantos útiles a nuestras costumbres; ella nos da la felicidad y la virtud.

—La piedad no es una religión, aunque sea el alma de todas. No se tiene una religión por solo que se tengan piadosas inclinaciones, como no se tiene pàtria, por sólo que se tenga filantropía. Un hombre tiene patria y es ciudadano de un país, cuando se decide a observar y defender ciertas leyes, a obedecer a ciertos magistrados, a adoptar ciertas maneras de ser y de obrar.

—Debe sumarse la religión como una especie de patria y de nodriza: es ella quien nutre las virtudes, nos muestra el cielo, y nos enseña a andar por el camino de los deberes.

—Para unos la religión es su literatura y su ciencia; para otros, sus delicias y su deber.

—Oh religión! Tú das una luz a la ignorancia, una virtud a la debilidad, una aptitud a la inepcia, hasta un talento a la incapacidad.

—El que cede al cielo es el que resiste a los hombres.

—Es necesario amar de Dios lo que da y lo que niega, lo que quiere y lo que no quiere.

—Dios ama al alma, y así como hay un atractivo que lleva el alma a Dios, así hay otro, si puede hablarse así, que lleva a Dios hacia el alma. El hace del alma sus delicias.

—Todo es cambiamiento y movilidad: cada pueblo, cada hombre da il grido, como decía Dante, y pasa: así la antigua Nínive no es más que ruinas y bajos relieves incomprensibles; por esto cuando el almirante Wrangel visita la alta Siberia, encuentra silencio de

muerte en las regiones, que, según Buffon, fueron las primeras en florecer y la cuna frondosa de los antiguos colosos. Región, imperio, individuo o mundo, cada uno tiene su época; y que haya constado de millares de años o millares de días o de millares de minutos, pasó para no volver: y pasado, no es bien pronto sino un punto imperceptible en la duración infinita.

—¿Queréis conocer el mecanismo del pensamiento y sus efectos? Leed a los poetas. ¿Queréis conocer la moral, la política? Leed los poetas. Cuanto os agrade en ellos, profundizadlo; es la verdad. Ellos deben ser el grande estudio del filósofo que quiere conocer al hombre.

—La poesía consiste sobre todo en la espiritualidad de las ideas.

—Para que las palabras sean poéticas es preciso calentarlas al soplo del alma, humedecerlas con su aliento.

(De la *Revista Literaria*, páginas 48, 63, 128, 458).

FIN

# INDICE



I

## ALGUNAS MESENIANAS



II

## EL CRITICO

## III

## EL HISTORIADOR



## IV

## HOMBRES DE LA INDEPENDENCIA DE VENEZUELA



## V

## ALGUNOS PENSAMIENTOS

ANTOLOGIAS "VICTORIA"

BOLIVARES 4,50, EJEMPLAR

